

A woman with long dark hair, wearing a vibrant red, long-sleeved dress with ruffled detailing at the neckline and cuffs, is partially visible. She is holding a heavy, textured red curtain with her right hand, which features a large, dark, oval-shaped ring. The background is dark and moody.

# NIEVES HIDALGO

Apuesta un beso,  
si te atreves

*Selecta*



Apuesta un beso, si te atreves

*Nieves Hidalgo*

*Selecta*

*A Silvia Soliño*

*Por el cariño que me demuestras cada día,  
por tus preciosos montajes y tus maravillosas reseñas  
Conocerte ha sido un regalo*

## Prólogo

*1838. Londres. Inglaterra*

*Los chispeantes ojos de la niña quedaron prendados de los labios de su hermana mientras la escuchaba con sumo interés, próximo el final del cuento.*

*—Bella y el príncipe se casaron y, junto a su padre, fueron felices por siempre en el castillo y comieron ganso asado.*

*—Serían perdices —estalló la pequeña en carcajadas a la vez que depositaba entre las páginas del libro una violeta.*

*—Ganso asado —coreó su risa. Cada vez que le contaba el cuento cambiaba algo para hacerla reír.*

*—Ania, ¿crees que nosotras también encontraremos a un príncipe a pesar de ser imperfectas? —preguntó la pequeña sacando las piernas de debajo de las mantas para mostrar la marca de nacimiento en forma de media luna que tenía en el tobillo, señalando de paso la que su hermana mostraba en la flexura del codo.*

*—Eres muy pequeña para pensar en esas cosas, Olena, solo tienes cinco años. Y estas pequeñas marcas —volvió a taparla— no son imperfecciones, sino una señal de que la luna nos protege.*

*—Calina dice que lo son, que una dama no debe tener ni una mácula en la piel.*

*—Mácula —rectificó—. Así que eso dice tu amiga Calina, ¿eh? Pues que lo sepas: ella tiene un lunar en... —se inclinó para susurrarle algo al oído.*

*La cría se echó a reír y ambas acabaron retorciéndose divertidas sobre la cama.*

*—Cuando sea tan vieja como tú quiero ser también igual de sabia para poder conseguir lo que quiera.*

*—¡Olena! Apenas hace unos meses que cumplí los dieciséis.*

*—Pues eso: vieja.*

*La mayor, sonriendo, cerró la edición traducida al inglés de la versión de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont y pasó la yema de un dedo por la cubierta.*

*—Vitam regit fortuna, non sapientia —musitó.*

*—¿Qué quiere decir?*

*—El destino dirige la vida, no la sabiduría. Y no es mío, lo dijo Cicerón.*

*—¿Quién es ese señor?*

*—Te hablaré de él en otro momento, cariño, ahora a dormir y soñar con cosas bonitas.*

Ania abandonó los recuerdos al escuchar la llamada a la puerta, enjuagó la lágrima que se le escapaba, apretó entre sus dedos el colgante de cuarzo rosa antes de dejarlo resbalar entre sus pechos, y volvió a guardar en el cajón el ajado ejemplar de *La Bella y la Bestia* que tantas veces leyese a su hermana. A pesar de los años transcurridos seguía viendo su carita de porcelana y su sonrisa. Se le encogió el corazón al pensar que, de no haber muerto, se habría convertido en una preciosa muchacha, despierta e inteligente.

—Adelante.

—Se marcha —indicó la joven que se asomó al despacho.

—¿Cuánto ha perdido esta noche?

—Cien libras.

—Una miseria. Sírvele el mejor brandy que tengamos de parte de la casa y entreténlo para que continúe jugando.

La chica asintió y volvió a cerrar.

La dueña de Hades recogió los papeles esparcidos sobre la mesa dejándolos en un montoncito. El anillo que representaba un perro de tres cabezas brilló bajo la luz de la lámpara antes de que la apagase. Se lo quitó, se puso los guantes y volvió a colocárselo en la mano derecha. Salió del despacho, recorrió el pasillo y se paró junto a la barandilla desde la que podía observar el salón. Localizó de inmediato al sujeto que le interesaba.

Viendo que Lizzy ya estaba cumpliendo su mandato, se permitió un momento de relajo escuchando el murmullo de las conversaciones que llegaban desde abajo, salpicadas a veces por alguna risa varonil. Sus ojos, oscuros y algo rasgados, se pasearon por el salón: suelos de mármol blanco y negro, paredes recubiertas de paneles de madera unas y de caras telas otras, sillones y sofás de exquisita tapicería, arañas en el techo, figuras de dioses griegos distribuidas acá y allá... Un lugar selecto donde imperaba el lujo y solo se entraba con invitación o acompañado por uno de los socios.

El local había abierto sus puertas tres meses atrás con un éxito arrollador, haciendo sombra de inmediato a los que ya funcionaban en Londres. Los caballeros con cierto poder adquisitivo y algunas damas más atrevidas que el resto se disputaban el honor de pertenecer a Hades. Allí se podía jugar, beber o charlar, como en cualquier otro club, en eso no tenía nada de especial. La diferencia era que aquel lo dirigía ella. Y tanto su nombre extranjero como el misterio con el que se había rodeado eran una atracción para los aburridos londinenses, sobre todo para los varones. Había recibido más de una oferta, que por supuesto desestimó, para convertirse en la amante de uno de ellos.

Regresó la mirada hacia el individuo: Yerik Záitsev. Estatura media, cabello claro encanecido en las sienes, y mano izquierda, que ella sabía deformada, cubierta por un guante negro de piel. Parecía un dandi con sus caras ropas, sus ostentosos anillos y aquel ridículo monóculo. Podría engañar a cualquiera. Pero ella sabía que no era otra cosa más que un perro rabioso.

El perro que acusó falsamente a su padre de traidor.

El intrigante por el que hubieron de escapar de San Petersburgo dejando todo atrás, destrozados tras la desaparición de su hermana pequeña, de la que solo hallaron un cuerpo apenas reconocible, a la que solo pudieron identificar por su colgante. El mismo que ella llevaba siempre junto a su corazón.

El desgraciado por el que sus padres habían muerto lejos de la madre patria.

Y ella solo tenía un objetivo en la vida: acabar con él.

## Capítulo 1

### *Seymour House*

—Deberías buscar una buena mujer y casarte.

—Deberías buscarla.

—Deberías.

Justin Benedict Wean Wallston, marqués de Seymour, resopló de espaldas a las trillizas, con la mirada fija en los surtidores de la fuente del jardín. De modo inconsciente se agachó para acariciar la cabeza de Bronco, su cocker spaniel, que se acercó a él como si intuyese su estado de ánimo. El adelanto de la primavera había convertido el paisaje en un estallido de colores, y reconocía haber echado de menos las tardes en las que se perdía con un libro por cualquiera de sus paseos, con el animal siguiendo sus pasos.

Pero, si hubiera sido posible, no habría regresado tan pronto a Inglaterra. De vivir su padre no se habría acercado a cien millas de Seymour House, era una promesa que se había hecho al partir, una vez rotos los lazos con él. Sin embargo, recibió la noticia de su muerte el día antes de Navidad y eso dio un giro a sus planes. De todos modos, había necesitado tiempo para hacerse a la idea de que ostentaba el título. El maldito título que nunca deseó pero que se le imponía. Cuando le llegó la carta, conminándole a volver para hacerse cargo del marquesado, buscó una excusa y envió poderes para que sus abogados hiciesen y deshiciesen a su antojo en su ausencia. Confiaba en ellos, la firma Becker & Sullivan llevaba los asuntos de su familia desde que él recordara.

Intentar dilatar su regreso, de todos modos, fue solo un espejismo que no duró más allá de un par de meses, hasta que tuvo en sus manos lo más parecido a una orden escrita y rubricada por el mismísimo Elliot Becker, recordándole sus obligaciones. Bronco y él no pudieron hacer otra cosa más que despedirse de París y regresar, aunque cada rincón de Seymour House le recordara al hombre que acabó por despreciar.

Además, desde su vuelta, se aburría soberanamente; no había hecho más que reunirse con sus abogados y revisar un montón de papeles con los que debería familiarizarse.

Sus hermanas continuaban con su cháchara, y Bronco, al parecer tan cansado como él mismo de escucharlas, se escabulló de la sala. Lo cierto era que no les estaba haciendo demasiado caso. No al menos hasta que le llegó la palabra matrimonio. Entonces sí, se volvió hacia ellas para decir:

—Ese tema quedó vetado anteayer.

Había traspasado la barrera de los treinta, sabía que no le quedaba otro remedio que casarse y

engendrar un heredero que perpetuara el título, pero tenía intención de que fuese más tarde que pronto, por mucho que sus hermanas se empeñaran en lo contrario.

—Ni mucho menos, hermanito.

—Solo hablaste tú.

—Y ahora debes atenerte a razones.

—Lady Ofelia, la hija del conde de Preston, está en su primera temporada y es una criatura adorable —volvió a la carga Jade. Era la que primero había nacido y quien solía llevar la voz cantante cuando decidían acosarlo, como en ese momento.

—Cierto, es una muchacha adorable —apoyó Jasmine, la segunda.

—Por completo adorable —apuntilló Jessa, la tercera.

Una a una, las miró con un gesto severo que hubiera hecho salir por piernas al más pintado, aunque sabía que a ellas no las amilanaba.

Eran tres bellezas que habían heredado el cutis inmaculado, el cabello dorado y los ojos azules de su madre. Tres reproducciones exactas entre sí; tanto, que hasta él era a veces incapaz de distinguirlas y, en más de una ocasión, habían engañado al servicio cambiándose las diademas de distinto color que usaban de pequeñas. Cualquiera, de no haber conocido a su padre, hubiera dudado de sus lazos de sangre, porque él era la viva imagen del antiguo marqués y tenía el cabello moreno y los ojos verde musgo.

—Ya verás que la vida de casado no es tan mala —aseguró una de ellas.

—No es mala en absoluto —dijo el eco primero.

—En absoluto —remachó el eco segundo.

Sí, también suponían tres auténticos incordios si se ponían de acuerdo para fastidiarle, era así desde que habían empezado a hablar.

«Por fortuna, o por desgracia —rectificó el pensamiento al instante, porque las echaba de menos cuando no las veía—, no están a mi cuidado».

Jade se había convertido en la baronesa Cherilight, Jasmine era la marquesa de Sutton; ambas con el beneplácito del cabeza de familia. Jessa, sin embargo, enamorada de un profesor de Oxford, se hacía llamar con orgullo solo señora Dudley, aunque su fuga a Gretna Green acarreo que su padre le retirase el saludo hasta su muerte.

Daría la vida por ellas una y mil veces si fuera necesario. No solo eran sus hermanas, sino que habían supuesto la única razón a la que aferrarse para no perder la cordura bajo el implacable y despiadado control que su padre ejerció sobre él desde que era una criatura, los castigos y los golpes. Según él, porque quería hacerle un hombre fuerte, digno de ser su heredero.

Sí, aquellas tres preciosidades fueron lo único que le dolió dejar atrás cuando decidió que ya no soportaba vivir ni un segundo más bajo el techo de aquel tirano.

—Otra candidata a tener en cuenta es la honorable señorita Harriet, la hija del barón Osmond. Una muchacha educada, sencilla y muy bonita —continuó Jade, dejando su taza de té sobre el platillo.

—Muy educada y sencilla —volvió a secundar Jasmine, haciéndose con un pastelillo de limón.

—Y bonita —remató Jessa, tomando otro dulce.

—¿Cuándo dejaréis esa odiosa manía de hablar como si fuerais un eco?

Recibió tres exclamaciones al unísono, como no podía ser de otro modo.

—Solo intentamos ayudarte, Justin, pero no nos escuchas.

—Solo intentamos...

—Basta ya, por el amor de Dios, me estáis levantando dolor de cabeza.

—Pero...

—Una palabra más y regreso a Francia.

—¿Te parece poco haber estado meses ausente, dejando tus obligaciones a un lado? —le recriminó la baronesa, levantándose de la elegante butaca forrada de raso verde claro en la que estaba sentada.

De inmediato las otras dos la imitaron y comenzaron a colocarse los guantes.

—Necesitaba ese tiempo y confiaba en Becker.

—Un abogado, por muy bueno y amigo que sea de la familia, no es el marqués.

—No deja de ser un abogado.

—Aunque también lo estimemos.

—Os quiero, pero a veces me gustaría estrangularos.

Otras tres exclamaciones unánimes.

El bendito Ronet Duggan, su mayordomo y valet, porque se había negado contratar a uno, el hombre que lo conocía desde que era un crío, quien había ejercido más de padre que el propio, apareció para anunciar:

—Lord Rowley, milord.

—¿A quién vas a estrangular? —preguntó el recién llegado al entrar—. Lo lamento, pero no he podido evitar escucharte, Justin. Miladies, qué placer volver a ver juntos a los tres diamantes más fascinantes de Londres.

Tomó por turno la mano que cada una le tendió junto a una deslumbrante sonrisa, se inclinó ante ellas y depositó un ligero beso sobre los nudillos.

—El placer es nuestro, lord Rowley —contestaron a coro, haciendo que Justin pusiera los ojos en blanco.

—Se vende muy caro, hace tiempo que no sabíamos de usted.

—Bastante tiempo.

—Demasiado. ¿Acaso está rondando...

—... a alguna dama...

—... con el fin de comprometerse?

Seymour aguantó la risa al ver que su amigo acababa de convertirse en el nuevo centro de atención de las trillizas.

Ethan Anderson sonrió a su vez, conquistándolas; no le costaba trabajo ayudado por su físico atlético, su cabello cobrizo y una mirada cobalto que enamoraba a cualquier mujer.

—De momento no hay ninguna dama a la que le haya robado el corazón. De todos modos, en cuanto eso suceda, serán las primeras en saberlo —aseguró, dejándolas sin respuesta—. Lamento tener que llevarme a su hermano, pero el asunto que me trae a Seymour House es importante.

—¿Ya tienes esos documentos? —disimuló Justin de inmediato, viendo que le facilitaba una escapada.

—Llegaron esta misma mañana.

—Vamos entonces. Princesas, siento tener que ausentarme.

—Acudirás al menos a la cena del viernes en mi casa, ¿verdad? —preguntó Jade.

—No faltaré —prometió despidiéndose de ellas con un beso en la mejilla.

—Por supuesto, lord Rowley, le esperamos también.

—Será un honor, milady.

Justin no perdió ni un segundo y salió de la sala. Adivinando sus pasos, Duggan, que ya tenía

preparado su sombrero, los guantes y su bastón, se los entregó y les abrió la puerta.

—Gracias —le sonrió el joven.

—Siempre a su servicio, milord.

Al salir vio el coche de Ethan y aceleró el paso.

—Tú sí que eres un amigo, muchacho.

—Pasaba de largo, pero he visto los carruajes de tus hermanas y he previsto que necesitabas ayuda. —Se echó a reír, e indicó al cochero que arrancase en cuanto subieron al carruaje.

—Te debo una.

—Yo diría que me debes tres.

—Que así sea. ¿Dónde vamos?

—Al club Hades, más conocido como La antesala del infierno. —Justin arqueó sus oscuras cejas—. Un nuevo local, hace tres meses que todos los que tienen un título se disputan la entrada. Buena bebida, juego sin límite de apuestas, ambiente elegante y muchachas bonitas.

—Un burdel de lujo, vamos.

—Nada de eso, se admite también a damas.

—¿Entonces?

—Juzga tú mismo cuando lo veas. —No quiso explicar más.

—Preferiría ir a tomar una copa a White's; lo he echado de menos.

—Confía en mí, este nuevo club te gustará. Y la dueña, Ania Markova.

—¿Una rusa?

—Nadie lo sabe con seguridad. —Se encogió de hombros—. Eso se dice de ella, pero habla francés con acento parisino, e inglés mejor que tú y yo. Sea de dónde sea, es un misterio.

## Capítulo 2

El edificio constaba de dos plantas. Rodeado de un pequeño jardín delimitado por una valla de hierro forjado de puntas doradas y construido en ladrillo rojizo y tejado oscuro, podía haberse tratado de la residencia de cualquier noble.

Se apearon del carruaje, recorrieron el corto espacio que les separaba de una puerta grande y maciza y Anderson hizo sonar la aldaba de bronce, un perro de tres cabezas. No hubieron de esperar más que unos segundos antes de que les abriera un gigante de dos metros de altura, hombros anchísimos y brazos de cargador portuario que amenazaban hacer estallar la tela de su correctísima chaqueta.

—Buenas tardes, Jones —saludó el conde—. El caballero que me acompaña es mi invitado, el marqués de Seymour.

—Sean bienvenidos, milores. —Tomó sombreros y bastones, haciéndose a un lado.

Justin se encontró entonces en una antesala de paredes forradas de tela roja de dos tonos, una alfombra del mismo color y un par de sillones a juego. Al fondo, una pesada cortina color sangre le hizo elevar una ceja.

—Desde luego, parece la entrada al inframundo —musitó en voz baja.

Tras la cortina, otra puerta. Pero, un instante después, el llamado Jones aplicó los nudillos a la madera, a Justin le pareció una señal convenida, y otro individuo de similar complexión, pero más joven, abrió.

El completo silencio que se respiraba en la antesala desapareció, dando paso al controlado y agradable bullicio de un espacioso salón, en una de cuyas esquinas se erguía la estatua en bronce del rey de la morada de los muertos. Solo le hizo falta dar un vistazo para catalogar el lugar y admitir que le gustaba. Resultaba un tanto extravagante, eso sí, pero le gustó de veras. De paso, descubrió algunas caras conocidas entre las que se encontraban un par de damas.

—Así que está permitida la entrada a mujeres.

—Ya te lo dije. Siempre que estén dispuestas a gastar su dinero, son bienvenidas —asintió su amigo.

—¡Seymour! —Un muchacho barbilampiño de cabello trigueño se acercó a ellos con la mano extendida, que él estrechó con fuerza, dándole luego un abrazo—. Dichosos los ojos. Pensábamos que te habías olvidado de Londres. ¿Qué tal, Rowley?

—Vamos tirando, Cotton.

—James —saludó Justin—, ¿cómo se encuentra tu madre?

—Ya la conoces. Sigue tan controladora como siempre y buscándome novia. —Se echó a reír

—. ¿Cuándo has regresado?

—No hace mucho.

—Me alegra tenerte de nuevo con nosotros. Mi madre ha preparado un baile de máscaras para finales del próximo mes, por su cumpleaños, aunque le fastidia cumplir más de los que ya tiene. Os haré llegar una invitación, y no admito excusas.

—Será agradable volver a asistir a una de sus celebraciones, siempre han sido las mejores.

—¿Os apuntáis a una partida de whist?

—Antes voy a enseñarle algo del local —intervino Ethan tomando a su amigo del brazo—. Más tarde, tal vez.

Cottón asintió y se alejó de ellos para unirse a otros caballeros, pero ellos se vieron obligados a intercambiar saludos con algunos conocido más antes de encontrarse libres.

Con Rowley de cicerone Justin paseó por distintas salas donde se jugaba a las cartas, ruleta, dados y a las damas o, simplemente, se tomaba una copa en animada charla.

—Para las partidas de ajedrez hay un salón más tranquilo en la otra planta —indicó Ethan.

—Y, por lo que veo, las chicas son bonitas —comentó al ver que se les acercaba una rubia menuda de cara angelical, ataviada con una túnica blanca y flores en el cabello, en una clara imitación a Perséfone. La puesta en escena del club resultaba teatral, pero la elegancia que lo rodeaba paliaba el efecto.

La joven les ofreció una de las copas de champán que portaba en una bandeja de plata, y él siguió el contoneo de las caderas femeninas mientras ascendía las escaleras alfombradas de rojo hacia el piso superior.

Hubo de parpadear varias veces al descubrir a la mujer que, apoyada con ambas manos en la balaustrada, los observaba desde arriba. Una hermosa y exótica dama que acaparó toda su atención.

—La Markova —le susurró Ethan.

Así que aquella era la dueña del local, se dijo. Desde su posición le pareció alta. Su cabello, muy oscuro, lejos de estar recogido como era habitual, se retiraba de su rostro con un par de horquillas de pedrería, cayendo luego sobre sus hombros como una cascada brillante que, a la luz de las lámparas, lanzaba destellos azules.

Ella hizo una inclinación de cabeza hacia Rowley, que fue correspondida con una exagerada y graciosa reverencia, y centró su atención en él. Luego, empezó a bajar despacio, una mano acariciando el pasamanos, otra recogiendo un poco el vuelo de la falda, sin desviar la mirada.

Justin achicó la suya al apreciar su figura en todo su esplendor. Sus ojos, profundos y rasgados, eran como una noche tormentosa. Desde luego, aquella mujer no se ajustaba a los dictados de la moda, seguía la suya propia. El vestido de tafetán rojo oscuro, con un escote que dejaba ver la cinta de terciopelo que se perdía entre sus pechos, le aceleró la sangre. La tela se ceñía a una cintura estrecha que muy bien podría abarcar con las dos manos, para ampliarse luego en el vuelo de una falda que ondeaba según avanzaba. Completaba su indumentaria con guantes de raso del mismo color que el vestido.

Los movimientos de aquella mujer, sutiles y elegantes, hacían que pareciera etérea, como si se deslizase sobre los escalones.

A llegar a su altura, Justin comprobó que, en efecto, él apenas le sacaba media cabeza. Ofreció ella la mano a Ethan, junto a una sonrisa que le quitó el aliento.

—Hacía días que no lo veíamos, lord Rowley.

Su voz provocó un ramalazo de placer en Justin. Aterciopelada, algo ronca, susurrante,

hipnótica.

—Juro que no ha sido por falta de ganas, *madame*.

—Veo que ha traído a un invitado.

—Mis disculpas. Le presento al marqués de Seymour. Justin, ella es la señora Ania Markova.

Él se apresuró a tomar entre sus dedos las puntas de los de ella para inclinarse y depositar un ligero beso en los nudillos, aunque aquel «señora» le fastidió sin saber el motivo. No pudo remediar fijarse en el anillo que lucía sobre el raso: la misma figura que la aldaba de la entrada.

—Un placer —musitó mirándola a los ojos, reteniendo su mano. Sí, eran rasgados como los de una gata... o una diablesa.

—Siempre es agradable conocer a nuevos miembros del club, si es que está pensando en adquirir la tarjeta dorada de Hades —dijo ella, tratando de disimular el estremecimiento que le provocó aquella voz profunda y varonil.

—Es un nombre interesante para un club. ¿Tiene relación con su anillo?

Ania liberó sus dedos con un pequeño tirón, censurándose por no haberlo hecho antes y permitir así que él los hubiese retenido más de lo que aconsejaba el decoro.

—Es en honor a mi madre; le encantaba la mitología griega.

—Ha utilizado un tiempo pasado. Lamento su pérdida.

—El dolor no desaparece, pero el tiempo lo amortigua. Le agradezco su deferencia, lord Seymour.

—Llámeme Justin, por favor. ¿Puedo a mi vez llamarla Ania?

La sagaz mirada femenina se clavó en el rostro del marqués y aquellos labios gruesos, jugosos, deseables se estiraron en una sonrisa irónica.

—No sé qué ha podido contarle lord Rowley, milord, pero en esta casa existen ciertas normas, y una de ellas es no tomar más confianzas de las necesarias con los clientes.

—Y ¿qué más normas, que yo deba saber, existen en este local?

—No se permiten las disputas, no se permiten las trampas no se permite intimar con mis empleados.

—¿Empleados o... empleadas?

—Con ambos sexos.

La palabra, puesta en sus labios, tomó otras connotaciones para Justin, provocándole una incómoda tensión en la entrepierna.

—¿Y con la dueña? ¿O debo temer las iras de un esposo celoso? —preguntó con una sonrisa canalla.

—No creo que mi estado civil sea de su incumbencia, su señoría —contestó hosca, masticando el tratamiento dado, pero sintiendo a su pesar que se le aceleraban las pulsaciones.

Ethan miraba a su amigo como si le hubiesen salido cuernos de repente.

—Lo lamento —se excusó Justin al instante—. En mi defensa, he de decir que me ha dejado usted fascinado y no he medido mis palabras. No me ofenderé si cree que he sido atrevido.

—Insolente sería más apropiado —repuso sin amilanarse, haciéndole fruncir el ceño porque le sonó a solapado insulto—. Si desea ser socio de este club, la señora Weston cumplimentará su ficha con mucho gusto —le cortó cuando iba a responder—. Es la primera puerta del piso superior. Que se diviertan, caballeros.

Les dio la espalda y se alejó con un andar enérgico y, al mismo tiempo, aristocrático y distinguido.

—¿Me ha llamado insolente o he escuchado mal?

—Con todas las letras, amigo mío —gruñó Ethan—. ¿Se puede saber qué diablos te ha pasado para faltarle al respeto?

—¿Lo he hecho?

—Lo has hecho.

Cabeceó, admitiendo que sus palabras no habían sido las adecuadas. Jamás había perdido los papeles con una mujer, pero acababa de comportarse como un auténtico asno. No quiso, sin embargo, cargar con toda la culpa. Dueña del local o no, hermosa o no, casada o viuda, Ania Markova no era más que una mujer un tanto engreída que regentaba un club de juego.

«¡Pero me ha excitado su cercanía, por todos los infiernos!», admitió para sí.

## Capítulo 3

Gabriela Ruivo sirvió las copas de brandy y vino dulce y las repartió entre los presentes antes de tomar asiento.

Como cada madrugada, después de que cerrasen el local, el grupo en pleno solía reunirse en uno de los salones para comentar la jornada, y Ania aprovechó para dar un vistazo a tan variopintos empleados.

Daylon Jones y el joven Isaac Wood se encargaban de la seguridad; el primero había sido estibador hasta entrar a su servicio, el segundo se había ganado la vida con trabajos esporádicos o apropiándose de lo ajeno.

Lizzy, una joven rubia y delicada, estuvo a punto de ser comprada por algún viejo baboso en una aberrante subasta, lo que ella impidió adelantándose a cualquiera de ellos.

Bonnie era una pelirroja de rotundas formas que, por suerte, pudo escapar de los abusos de su tío y emplearse en el Hades.

A Daphne la encontró Lizzy en la calle, malherida tras una paliza recibida al salir de prisión, donde había pasado dos meses, acusada de un hurto no cometido.

La prostitución acogió a Gabriela tras ser despedida de la mansión donde trabajaba, para poder sacar adelante al hijo engendrado por la violación de su señor. Aquella portuguesa morena de ojos oscuros se había convertido en su amiga y confidente, era bastante buena para dirigir el negocio cuando ella no estaba y, en lugar de admitir un sobresueldo o un porcentaje sobre las ganancias, permitía que la ayudara con los gastos del colegio interno donde estaba el pequeño Jimmy.

Por último, estaba Miriam Weston: trigueña, ojos azules, cincuenta años y con el rostro marcado por una cuchillada de la que nunca quiso explicar dónde se la hicieron. Ni su edad ni su cara eran adecuadas para atender a los clientes, pero era inmejorable con las cuentas y llevaba tanto las de Hades como las de su otro negocio; era lo más parecido a una madre para todos, y cada uno la estimaba a su manera.

Personas, en fin, todas ellas, con un pasado tan doloroso como el suyo propio, que habían llegado a convertirse en su familia.

—¿Qué opináis del sujeto que ha invitado esta noche lord Rowley? —preguntó como de pasada tras saborear un trago de brandy.

—Un tipo orgulloso —aseguró Jones.

—Un tipo peligroso para sus enemigos —apuntilló Isaac.

—Para comérselo con los dedos —opinó Gabriela, provocando la carcajada de las otras

mujeres.

—¿Por qué dices que es peligroso, Isaac?

El joven hizo un gesto vago antes de contestar.

—Llamémoslo intuición, señora. Tengo la impresión de que es un hombre al que el título que ostenta no se le ha subido a la cabeza, pero de los que es mejor mantenerse a distancia si estás en su contra.

A ella le había parecido temerario. Aquellos ojos verdes con un brillo de fiereza cuando se clavaron en ella habían hecho que se pusiera en guardia. Demasiado atractivo, demasiado altanero y demasiado directo. ¡Se había atrevido a coquetear con ella con total descaro, por todos los demonios! ¡Quién se creía que era! ¡Qué pensaba que era ella! Con seguridad se había hecho a la idea de que, por dirigir un club, podía venderse a cualquier hombre. Insolente, le había llamado. Era poco insulto para su insinuación.

Pero, hasta aquella noche, ningún hombre le había provocado mariposas en el estómago.

—¿Alguna otra cosa que comentar de la jornada? —quiso saber para olvidar el atractivo rostro de aquel pedante.

—Nada por nuestra parte —tomó Daphne la palabra—, excepto que su compatriota ha terminado perdiendo doscientas libras con lord Ballington.

Los labios de Ania Markova se estiraron en una sonrisa de complacencia, se terminó la bebida y dijo:

—Invita al vizconde a mi despacho en cuanto vuelva al club, Gabriela; he de hablar con él de negocios. —Pensaba, como siempre hacía con los acreedores de Yerik, comprarle los pagarés—. Y vosotras, Lizzy y Daphne, procurad que la siguiente vez que el señor Záitsev nos honre con su presencia pierda otra cantidad semejante, más a ser posible. Ahora, todos a descansar, la noche ha sido agotadora.

Uno a uno se despidieron al marcharse, los hombres a sus casas, las mujeres a las habitaciones que tenían asignadas en el piso alto del establecimiento. Solo la portuguesa se quedó a recoger las copas. Con la botella en la mano elevó las cejas en muda pregunta hacia su empleadora y ya amiga.

—Un dedo —aceptó Ania.

Sirvió la joven para ambas y tomó asiento de nuevo a su lado.

—¿Qué pasa con ese pájaro? El marqués. Porque es un ejemplar de los que te hacen volver la cabeza. A mí no me importaría hacerle un favor, incluso gratuito.

Ania se echó a reír. Gabriela era como una brújula que siempre apuntaba a los hombres atractivos. Por suerte, hablaba en broma, no había vuelto a dedicarse a su antiguo oficio desde que trabajaba para ella.

—¿Te ha parecido atractivo?

—Soberbio —alabó después de acabarse su copa—. Un hombre capaz de hacer perder la virtud a una monja.

—Mira que eres exagerada.

—¿A ti no te ha parecido que tiene un no sé qué...?

—No voy a negar que tiene buena planta.

—He creído descubrir un cierto interés hacia ti.

—Es posible, pero no voy a entablar relación con hombre alguno, por muy interesante o guapo que sea. Zoya. —Hizo un gesto con la mano y la gata negra, que había permanecido mirándolas con interés desde un rincón, se apresuró a saltar sobre sus rodillas.

Gabriela hizo chascar la lengua, se levantó, guardó la botella, colocó las copas usadas en una bandeja y fue hacia la puerta.

—Tu obsesión por ese condenado ruso acabará por volverte loca y amargarte la vida. Acaba con Záitsev, pero no cierres los ojos ante una aventura amorosa, querida, no todo en este mundo gira alrededor de la venganza. Me voy a la cama, que descanses.

—Mañana hazte cargo de todo, quiero pasarme a ver cómo van las alumnas de esgrima.

—Sin problemas. Buenas noches.

El club de esgrima, abierto antes que Hades, era lo que los estirados londinenses habían dado en llamar «las excentricidades de la rusa». Había supuesto un escándalo y hasta aparecido la noticia en los diarios porque solo los caballeros tenían derecho a ese tipo de ejercicio. Las mujeres, entretanto, solo podían optar por entretenerse con sus bastidores o hacer obras de caridad. Las críticas fueron tales que permaneció vacío durante varias semanas, a punto había estado de cerrarlo. Sin embargo, tras la sorpresiva inscripción de la marquesa de Sutton, una joven con la que congenió de inmediato, otras damas se atrevieron a apuntarse. En esos momentos contaba ya con doce alumnas a las que daba clases un esgrimista francés y entrenaba ella misma cuando sus ocupaciones se lo permitían.

Markova se quedó mirando la puerta que acababa de cerrarse. Gabriela era la única del grupo que estaba al tanto de sus pasos. Tal vez llevaba razón, estaba ofuscada con hundir a Záitsev. Pero ella lo había perdido todo por su culpa y él vivía tranquilamente junto a su mujer y su hija, según había averiguado. Con la fortuna en joyas que había logrado sacar de Rusia hubiera sido muy fácil, al localizarlo en Londres, contratar a un sicario para que matara a aquel engendro del diablo.

«Pero es mucho más divertido, y más placentero, ir adquiriendo los pagarés de tus deudas para, de vez en cuando, exprimerte exigiendo el pago de unos cuantos por medio de un intermediario. Mucho más grato, sí, irte ahogando poco a poco, que siempre tengas la espada de Damocles sobre tu cabeza. Y cuando se me presente la ocasión, en el momento propicio, requerir de golpe que abones el restante y arruinarte. Voy a disfrutar viendo cómo te arrastras, Yerik».

## Capítulo 4

Cheriligh House no había estado tan animada desde hacía tiempo.

La velada podría haber sido agradable para Justin, que disfrutó de sus pequeños sobrinos, tres chicos y dos chicas, antes de que se los llevasen las institutrices.

Sí, podría haber sido una noche agradable, de no haberse encontrado en una ratonera cuando comenzaron a llegar los asistentes a la fiesta. Porque lo que las trillizas entendían por una reunión familiar y algún amigo cercano contaba con casi treinta personas. Entre ellas, desde luego, las dos jóvenes casaderas de quien le hablaran y sus correspondientes progenitores.

Como colofón, Jade había elegido los lugares en la mesa, y a él le tocó lady «no sabía qué» a la derecha y la honorable señorita «no recordaba su nombre» a la izquierda. De buena gana hubiera abroncado a su hermana, pero hubo de conformarse con lanzarle una mirada airada, en tanto ella le correspondía con una sonrisa inocente desde el otro lado.

—Esta lengua está deliciosa —comentó en un momento dado de la cena, por ver si alguna de las dos cazaba la indirecta; no habían parado de hablar desde que se sentaran, sin dejarle meter baza. ¡Aunque maldito fuese si a él le interesaba meterla y charlar sobre los cotilleos a los que hicieron referencia!

—No es lengua de ternera, lord Seymour —rio una de ellas.

—Es pavo, su señoría —le corrigió la otra, que aprovechó para posar una mano en su brazo, retirándola de inmediato y poniéndose convenientemente encarnada.

«Es pavo, insolente», imaginó Justin que le habría dicho la dueña de Hades, y se le formó una sonrisa en la boca.

No había podido dejar de pensar en Ania Markova desde que la conociese noches atrás. Una y otra vez evocaba sus ojos oscuros y rasgados de largas y espesas pestañas, su inmaculado rostro, el espeso cabello, su esbelta figura... Quería volver a verla. Lo haría aquella misma noche, en cuanto pudiese librarse de las dos soporíferas muchachas que sus hermanas le habían endilgado. Hacía mucho tiempo que una mujer no acaparaba su atención de un modo tan completo como lo había hecho aquella orgullosa rusa. Ni siquiera la dulce Margot, con quien pasó una deliciosa temporada mientras estaba en París. Por otro lado, después de haber colaborado con el brigadier Phillipe Morel en un par de casos de asesinatos en los barrios periféricos de la capital francesa, le aburría no tener otra cosa que hacer que ir de fiesta en fiesta o jugar en los clubes. De modo que intentar seducir a *madame* Markova le parecía un entretenimiento de lo más interesante.

Sin embargo, sus esperanzas de que, al terminar la cena, compartiesen unos momentos de conversación y los invitados se fueran despidiendo, se esfumaron. Jade, Jasmine y Jessa se

habían confabulado contra él y se vio arrastrado al salón de baile donde, de inmediato, un cuarteto de cuerda empezó a desgranar una melodía.

—Dame el visto bueno y asesino a una de tus encandiladas damiselas —oyó a su lado.

Disimuló con un golpe de tos la carcajada y aceptó la copa de champán que le tendía Ethan.

—¿No podría ser un doble asesinato? —bromeó a su vez.

—La rubia es bonita.

—Toda tuya, amigo mío.

Muy a su pesar hubo de bailar con ambas jóvenes y la noche se alargó más de lo deseado.

—Bueno, dinos por cuál de las dos muchachas te interesas, Justin —atacó Jade de frente, sin andarse por las ramas, en cuanto los asistentes se despidieron tras agradecer la invitación.

—Anda, dinos cuál te interesa —secundó Jasmine.

—¿Cuál? —le alentó Jessa.

—Chicos —se dirigió él a sus cuñados—, si no queréis quedaros viudos antes de tiempo, quitadme a estas tres intrigantes de la vista.

—¡Justin!

—¡Serás desagradecido!

—¡Un desconsiderado!

—¿Qué pasa, queridas hermanas? ¿Habéis bebido tanto champán que ya no habláis en eco?

—Eres un...

—Un...

—Un...

—Ya me extrañaba —suspiró ruidosamente.

Ethan no pudo remediar echarse a reír, en tanto sus cuñados disimulaban su diversión mirando hacia otro lado. Ellas, ofendidísimas, se marcharon juntas, cogidas por los brazos.

—No se lo tengas en cuenta —pidió el marqués de Sutton—, solo quieren verte feliz.

—Soy feliz tal como estoy: libre.

—En algún momento tendrás que buscar una marquesa, Justin —advirtió el barón Cherilight—, y ellas quieren facilitarte la labor.

—Me basto y sobro para buscar compañía femenina.

—No se trata de eso, y lo sabes —dijo Dudley, el marido de Jessa—. Las has ofendido, hombre.

—Y lo peor es que seremos nosotros quienes pagaremos los platos rotos por no haberte increpado. —Elevó una queja el esposo de Jade—. Hasta que a mi esposa no se le pase el enfado, voy a tener que dormir en una de las habitaciones de invitados.

—Les pediré disculpas mañana. —Sonrió Seymour, conocedor de que esa incómoda situación ya la había sufrido más de una vez—. Deberíais agradecerme libraros de ellas, aunque sea por una noche.

—Pues a mí me hace poca gracia ocupar otra cama que no sea la de mi mujer —protestó el barón.

—Yo tampoco tengo ganas de dormir sin mi esposa —declaró el profesor.

—Y yo estoy pensando en romperte las narices solo por insinuarlo, Justin —apuntilló Sutton.

—Caballeros —terció Rowley, tratando de apaciguar los ánimos alterados, con su sombrero y el de su amigo ya en la mano—, creo que lo mejor es que nosotros nos despidamos también. Cherilight, da las gracias a tu esposa por la invitación. Ha sido un placer volver a ver a todos.

—Vuelve a visitarnos cuando quieras, Rowley. Solo, a ser posible —gruñó el dueño de la

casa.

Minutos después los dos amigos montaban en un carruaje y salían de la propiedad. Solo entonces Ethan se echó a reír, palmeándose las rodillas.

—Eres un auténtico borrico, amigo.

—Y tú, alguien capaz de levantar el ánimo con tus tonterías —rezongó. Golpeó la ventanilla del techo y pidió al cochero que los llevase al club regentado por la Markova. Aun podían aprovechar unas horas antes de que cerrasen.

## Capítulo 5

Apenas accedieron al salón Ethan se unió a un grupo de amigos dispuestos a ganar unas manos a las cartas. Justin rechazó la invitación, tenía otras expectativas. Torció el gesto al no poder encontrar a la dueña del local, su prioridad aquella noche. Tras intercambiar saludos y algún comentario irrelevante con un par de conocidos enfiló hacia el piso superior; si Markova no se encontraba esa noche a la vista, bien podría intentar jugar alguna partida de ajedrez, hacía mucho tiempo que no practicaba.

La risotada del hombre que acababa de entrar hizo que se volviera para prestarle atención. Era un sujeto de estatura media, delgado, bien vestido, pero con un aire de bribón que le desagradó de inmediato. Perder unos segundos observando al recién llegado le facilitó advertir que la bonita rubia que trabajaba en el local palidecía, tratando de inmediato de pasar desapercibida para el individuo. No lo logró y él se le acercó con movimientos petulantes, le puso un dedo bajo la barbilla e hizo que alzara el rostro hacia él. Le dijo algo y luego dejó escapar una risa sibilina antes de alejarse hacia la ruleta. Acto seguido la joven, con el gesto descompuesto, recogió el ruedo de su vestido y subió las escaleras con premura; pasó a su lado tan aprisa que faltó poco para que lo arrollara, perdiéndose luego tras la segunda puerta del pasillo, que cerró a su espalda.

Seymour no soportaba que un hombre hostigase a una mujer y buscó con la mirada al tipejo que había alterado a la joven. No pudo localizarlo. Sin embargo, ella volvió a aparecer, bajó, buscó al muchacho que se encargaba junto con Jones del orden en el club y desapareció al fondo del local.

Intrigado, preguntándose quién sería el recién llegado y qué tenía que ver con la empleada de Markova, apoyó la cadera en la barandilla y se cruzó de brazos sin perder de vista el salón. Un momento después vio que Isaac, al que acompañaba el otro, le indicaba por señas que subiese. ¿Podía tratarse de un cliente con quien la chica había tenido una mala experiencia? Según Ethan y la propia Markova, una de las reglas era que no se podía intimar con sus empleadas. Él no había acabado de creerlo.

El fulano en cuestión abrió la puerta en la que entrase con anterioridad Lizzy. A punto estaba de olvidar el aparente incidente y buscar un contrincante para el ajedrez cuando escuchó la aterciopelada voz de la rusa.

—Wells. Espero que tengas una buena razón para haber venido a mi casa, antes de que mande a Isaac que te ponga de patitas en la calle.

Los asuntos de Ania Markova no eran cosa suya, pero no pudo remediar acercarse y echar un vistazo a través de la ranura de la puerta que había quedado entreabierta.

Vestida de nuevo de rojo, la dueña de Hades se recostaba en el respaldo del sillón que se encontraba tras una mesa maciza.

—He venido a comprarte a Lizzy —creyó escuchar decir al tal Wells.

Frunció el ceño y todo su cuerpo se tensó. ¿Había dicho comprar? ¿Qué tipo de negocios se traía aquella mujer con ese individuo? Se pegó a la pared y aguzó el oído para intentar escuchar mejor.

—Pagué cincuenta libras por ella, Tigre.

—Y yo estoy dispuesto a ofrecerte ahora cien. Te llevaste un guiñapo y la has convertido en toda una señorita. La quiero de vuelta.

Justin no pudo oír bien la respuesta femenina porque ella bajó la voz.

—Sal de aquí ahora mismo.

—Ciento diez libras —ofertó de nuevo él—. Ni una más.

Justin maldijo las risas que llegaron desde abajo y le impidió saber de qué hablaban, cuando escuchó un juramento.

—¡Joder! ¿Te has vuelto loca?

Atisbó por la rendija de la puerta. Ania Markova estaba de pie tras la mesa, empuñaba una pequeña pistola de cachas de madreperla y apuntaba a la cabeza de su invitado. Se quedó de una pieza.

—¡Maldita escoria! —La voz de la rusa le dijo que se estaba conteniendo para no disparar—. Debería haberte volado los sesos hace tiempo, cuando la subastaste.

—Solo se trata de negocios. No vas a hacerme creer que has levantado este club haciendo obras de caridad, lo que te ofrezco es una buena ganancia por una zorra que...

Justin dio un respingo al ver que ella rodeaba la mesa, se acercaba peligrosamente al tipo, que se puso de pie, y le colocaba el cañón del arma bajo la barbilla. Pero Ania, de nuevo, habló en susurros que le impidieron escuchar con claridad.

—Si te atreves a insultar de nuevo a una de mis chicas, voy a tener que mandar redecorar mi despacho, porque la basura que tienes por cerebro va a quedar esparcida por todos lados.

—Escucha...

—No. Escucha tú, pedazo de estiércol. Te hiciste con Elizabeth porque el degenerado de su padre, un asqueroso borracho, se deshizo de su hija a cambio de un par de botellas de ron. Trabajó para ti como una esclava y trataste de vender su honra en una subasta.

—¡Y tú la compraste! —protestó elevando la voz—. No me llames estiércol cuando tú misma...

La pistola hizo más presión y él enmudeció.

—La compré, sí. Como único modo de librarla de ti. Ahora es una mujer libre, con un trabajo honrado y una nueva vida. Una señorita, como bien dices. No voy a consentir que vuelvas a enterrarla en la inmundicia en la que te mueves. ¡¡Lárgate y no vuelvas!! —estalló—. Si lo haces, te mato. Es una promesa.

—N... no... serías ca... capaz.

—Ponme a prueba. Te juro por mis muertos que si vuelvo a ver tu fea cara tendrán que retirar tus despojos del Támesis.

Justin, descontento por no haber podido enterarse de todo lo que hablaron y asombrado por el coraje de aquella mujer, retrocedió justo a tiempo de evitar que Wells, ceniciento el rostro, se topase con él al salir del despacho como alma que llevase el diablo, colándose en la sala adjunta donde un par de clientes se enfrentaban ante un tablero de ajedrez. Un tercero que observaba de

pie le preguntó al verlo entrar:

—¿Una partida?

Negó con la cabeza y se marchó un momento después en busca de Ethan. Cuando dio con su amigo lo sacó casi a la fuerza del club. Acabaron en una taberna cercana que seguía abierta, ante dos vasos de vino aguado.

## Capítulo 6

Ethan arqueó las cejas y el vaso quedó a medio camino entre la mesa y sus labios.

—¿Para qué quieres saber si James Cork sigue en activo?

—Asuntos míos.

—Una respuesta que elimina cualquier duda —ironizó—. Si tienes algún problema sabes que puedes contar conmigo. No has querido saber nada de ese puñetero irlandés desde que atacaron a tu hermana Jade, te localizó al culpable y le quitaste las ganas de volver a molestar a ninguna mujer. ¿Qué sucede ahora?

—Solo pretendo aclarar un par de cosas, nada importante.

—Vale. O sea, que no piensas soltar prenda. He quedado para librarte de las trillizas y trasnochar contigo. Muchas gracias. —Dejó el vaso con demasiada fuerza y se levantó, dispuesto a irse—. Pagas tú.

Justin lo detuvo del brazo de inmediato.

—Es por Ania Markova.

Ethan silbó entre dientes, regresó a su lugar, se tomó la mitad de su bebida y afianzó luego los codos en la madera, echándose hacia adelante.

—Soy todo oídos.

—¿Qué me puedes decir tú de ella?

—No mucho. Ya te comenté, es un misterio. Llegó a Londres hace un año, puso en marcha el club de esgrima exclusivamente para mujeres y abrió Hades, mientras tú te encontrabas en París.

—¿De esgrima?

—Causó cierto revuelo. —Torció el gesto cuando, al fondo de la taberna, dos fulanos se enzarzaron en una acalorada discusión—. Podríamos haber elegido mejor lugar.

—¿Qué me estabas diciendo? —animó Justin, que hubo de aguardar a que los echasen del local antes de que volviera a reinar cierta tranquilidad.

—Fue la comidilla de la alta sociedad durante unas semanas y todos aseguraban que no acudiría nadie. ¿A qué dama que se precie iba a interesarle aprender a manejar un florete?, se preguntaron muchas y muchos. Pero acabó resultando. Si no estoy mal informado, ya tiene más de diez alumnas a las que ella misma entrena en ocasiones, supliendo al profesor francés, un tal *monsieur* Girard.

—Qué interesante. Me gustan las mujeres atrevidas.

—Pues tu hermana Jasmine es una de sus alumnas.

—¿Jasmine?

—Como lo oyes. De hecho, fue la primera en apuntarse, ya la conoces. Da gracias a que las otras dos no son tan osadas como ella, salvo en el físico.

—Solo me faltaría tener a tres locas persiguiéndome con un florete con el fin de verme comprometido. —Se carcajeó, íntimamente satisfecho de que una de las trillizas, nada menos que la marquesa de Sutton, se saltara las arcaicas normas que constreñían la libertad de las mujeres.

—Siguiendo con lo que sé de la Markova, parte de su personal tiene un pasado algo turbio. No te puedo dar muchos detalles, solo sé que el joven Isaac birlaba carteras y relojes, y que se rumorea que al menos una de las chicas ejercía un trabajo «nada grato» antes de emplearse en el club.

—Lizzy. La rubia.

El otro frunció el ceño y su rostro demostró desaprobación.

—¿Por qué ella? Lizzy parece una buena chica.

—Escuché una conversación entre Ania Markova y un individuo llamado Tigre Wells.

Ethan se echó hacia atrás. Se acabó su bebida de un trago y llamó por señas al tabernero, que no tardó ni un segundo en acercarse.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Tráiganos una botella de algo que no sea este matarratas. —Una vez se hubo alejado el hombre, reanudó la conversación—. ¿Tigre?

—¿Lo conoces?

—No en persona. Pero he oído hablar de él. Tigre es su apodo en los barrios bajos. Al parecer organiza fiestas privadas... especiales. No creo que haya sido admitido en Hades, seguro que ha venido como invitado de alguien que le debe un favor.

—Define especiales.

—No hace falta que te diga la cantidad de «honorables caballeros» que se muestran como intachables cuando, en privado, practican actividades denigrantes. Bazofia con título y dinero suficiente como para organizar veladas que te revolverían el estómago. ¿Qué es lo que escuchaste?

—Ese fulano se personó en el club para comprar a Lizzy. Más bien para recomprársela. No puede entender todo, a veces hablaban en susurros, pero sí que Ania había adquirido a la muchacha.

—La práctica es habitual, por mucho que nos fastidie.

—¿Estás seguro de que las chicas de Hades no atienden a los clientes?

—Si alguno se pone demasiado cariñoso con ellas, Jones e Isaac se encargan de echarlo del club, con muy buenos modales, eso sí. Las empleadas son simples camareras.

—Te aseguro que lo que pude captar de la conversación es suficiente para estar intrigado.

—Y ¿quieres decirme qué te importa lo que haga o deje de hacer Ania Markova?

—Siento curiosidad.

El dueño del establecimiento regresó, dejó una botella y dos vasos limpios sobre la mesa y fue a atender la llamada de otro parroquiano.

—Muy repentina, diría yo. ¿Acaso te has preguntado cómo tratan las distinguidas damas que dirigen Almack's a sus sirvientes? ¿Qué oscuros negocios tienen algunos de los socios de White's o Brooks's? No. Pero sientes curiosidad por las actividades de Markova. ¿Te ha calado hasta ese punto?

Justin podía haberlo negado. Sin embargo, habría faltado a la verdad porque, a pesar de haberla visto solo dos veces y hablado con ella apenas unos minutos, la dueña de Hades se había

convertido para él en todo un misterio que deseaba descifrar.

## Capítulo 7

—No, no, no, lady Agatha, debéis separar más los pies y flexionar la pierna derecha. —  
Acercándose a una de las alumnas le indicó el modo correcto.

—¿Cómo sabéis si los tengo juntos debajo de tanta falda?

—Por la posición de su espalda, milady, teníais la pose de una rana.

Un coro de risas inundó la sala.

—Sois terrible, *madame* Markova.

—Les sería a todas mucho más fácil aprender si usaran pantalones.

Otro coro, pero esta vez de exclamaciones de asombro, se extendió a su alrededor. Solo una voz entre las alumnas le dio la razón.

—Sin lugar a dudas, sería más práctico. Hasta es posible que me agencie unos para la siguiente clase.

—¿Habla en serio, lady Sutton? —preguntó una de ellas.

—Por completo. No entiendo el motivo por el que los hombres pueden vestir cómodos y nosotras tenemos que ir siempre embutidas en cien enaguas, corsé y ampulosos vestidos.

—¡Por el amor de Dios, Jasmine! —protestó otra—. Si tu esposo te escuchase...

—Me daría la razón, Florence. ¿Acaso tenemos tres piernas? No. Tenemos dos y podríamos perfectamente enfundarlas en pantalones, como ellos, aunque solo fuese en ocasiones como la presente.

—Pero ¿se está escuchando, marquesa?

En una esquina de la sala, con los brazos cruzados sobre el pecho, Maurice Girard asintió imperceptiblemente a las opiniones de la joven dama. Cuando su contratadora daba las clases en persona le gustaba quedarse y verla actuar porque, aparte de que disfrutaba observando su depurado estilo, siempre acababa surgiendo alguna conversación interesante entre ella y las alumnas.

—Vale ya, miladies —cortó Ania la discusión—. Céntrense en el ataque que acabo de enseñarles, por favor. Empecemos de nuevo.

Una finta en concreto efectuada por lady Sutton le hizo recordar a su maestro. Misha Gólubev, el primo de su difunta madre que los acogió en su casa cuando escaparon de San Petersburgo, había sido uno excepcional, y ella quería enseñar a su vez lo que había aprendido de él a aquellas damas que le otorgaban su confianza. No pretendía hacer de ellas otra Teresa Castellanos de Mesa, la española a la que ni su padre Manuel ni su hermano Cándido, ambos notables maestros, pusieron freno en su aprendizaje. Teresa había debutado como esgrimista cuatro años antes, en

1834, en la Fontana de Oro, conocida fonda madrileña, causando furor y marchando a París para acabar de perfeccionarse.

A ninguna de sus alumnas la veía capaz de competir con un hombre, de momento, pero sí empezaban a ser capaces de defenderse de un agresor si la ocasión lo requería. Con eso se daba por satisfecha, ya irían avanzando con el tiempo y la práctica.

Mientras las veía entrenar, rectificando la pose de un brazo aquí o allá, rememoró las agotadoras jornadas en las que Misha la obligaba a repetir una y otra vez, hasta caer rendida, cada ataque o desplazamiento. Viudo y sin hijos, había volcado en ella sus conocimientos de esgrima, así como los de cartas y ajedrez, encontrando en ella a una alumna que absorbía las explicaciones como una esponja.

Gracias a él había superado en parte el dolor por la pérdida de su hermana pequeña. Y también gracias a Misha le fue más fácil acoplarse a la sencilla vida del campo, olvidando pronto los lujos de los que había gozado hasta entonces; privilegios que nunca podrían volver a tener porque eran perseguidos por traidores.

Su padre, el barón Otkim, había sido consejero del emperador Alejandro I, y más tarde de su sucesor, Nicolás I. Reconocido y estimado por la mayoría, había tenido también sus detractores. Fue uno de ellos quien pagó a Záitsev para que lo acusara de haber tomado parte en la sublevación contra la Rusia Imperial el 26 de diciembre de 1825, viéndose obligados a abandonarlo todo para salvar la vida.

Nunca le habían obsesionado las fiestas o los bailes, prefería disfrutar de un buen libro o dar largos paseos al aire libre, de modo que cambiar el lujo de su mansión en la ciudad por la tranquilidad de la campiña rusa casi supuso un regalo. Penaba, sin embargo, por sus padres, quienes languidecían día a día.

Allí, a pocos kilómetros de la frontera, bajo la férrea mano del primo de su madre, había fortalecido su carácter, siempre un tanto reservado. Allí había conocido a Maksim Markov, un joven de aspecto agradable y más agradable trato con el que, aunque no estaba enamorada, se desposó. Sin embargo, el destino parecía querer darles la espalda porque, tres meses después de su boda, sus padres y su esposo contrajeron unas fiebres de las que no pudieron recuperarse.

Fue Misha, a través de sus contactos, quien se enteró del nombre del difamador, Yerik Záitsev, poniéndolo en su conocimiento y animándola a establecerse en Londres para llevar a cabo su venganza.

Distraída con sus recuerdos no captó el ataque de la alumna con la que entrenaba, y se encontró con el pomo que cubría a modo de protección la punta del florete en su pecho. Cabeceó, felicitó a la oponente e hizo una seña a Girard para que se acercara.

—Termine usted la clase, *monsieur*.

Una vez en su despacho, tras el biombo, se quitó la sencilla y cómoda ropa que llevaba, vertió agua en la palangana para refrescarse y volvió a vestirse, recolocando algunas hebras que se le habían soltado del recogido que llevaba aquel día.

Los huidizos rayos de sol que penetraban por los ventanales apenas iluminaban ya la estancia, de modo que descorrió del todo las cortinas. Al mirar hacia la calle, le llamó la atención el oscuro carruaje tirado por cuatro hermosos corceles negros y conducido por un cochero vestido de librea, que se paró justo delante de la puerta.

La animó pensar que podía tratarse de una nueva alumna, pero se quedó petrificada al ver descender de él a lord Seymour, que se dirigió hacia el edificio con paso elástico y seguro.

—¿Qué demonios hace aquí? —se preguntó en voz alta sin poner freno a su mirada, que se

deleitó con el porte orgulloso y atractivo del marqués.

Como si él hubiese adivinado que lo observaba, elevó los ojos hacia la ventana. Ania pudo ver la sonrisa irónica que hermoseó su cetrino rostro antes de cerrar las cortinas de golpe y dar un paso hacia atrás, con el corazón latiendo desbocado en su pecho.

Algunas noches atrás le había visto entrar en Hades acompañado de lord Rowley. Y como si ella tuviera algo que esconder, permaneció encerrada en su despacho hasta que cerraron el local. Era una actitud infantil y se recriminó por ello, máxime cuando, al quedar a solas, como cada noche, después de que todos se retirasen, Gabriela la había asaeteado a preguntas que no podía ni sabía contestar. Era consciente de que la presencia de lord Seymour la alteraba. Pero eso no lo reconocería ante nadie. Ni siquiera bajo tortura.

La llamada a la puerta hizo que diera un respingo.

—Adelante.

Una mujer bajita, regordeta y con pronunciadas bolsas debajo de unos ojos azules llenos de vida, que se encargaba de mantener el club limpio, anunció:

—Señora, un caballero solicita ser recibido.

—¿Su nombre? —quiso saber, a pesar de conocer de sobra de quién se trataba.

—Justin Wallston, señora.

«¿No marqués de Seymour?», se extrañó. Estuvo a un paso de decirle a la empleada que lo despachara, pero le intrigó el motivo por el que había llegado hasta allí.

—Recoja la ropa que hay tras el biombo, Molly, por favor. Luego, haga pasar al caballero, pero no se aleje hasta que se lo indique.

La mujer hizo lo ordenado y se fue, cerrando a su espalda. Ania dio una rápida mirada al cuarto y acabó sentándose —más bien refugiándose— tras la mesa de escritorio; abrió uno de los cajones y sacó los primeros papeles que vio, simulando repasarlos, aunque el nerviosismo le impedía precisar lo que ponía en ellos.

La llamada a la puerta se repitió. Inhaló aire con fuerza para recobrar el aplomo, clavando los ojos en uno de los documentos con el fin de dar a entender que estaba ocupada.

—Pase.

## Capítulo 8

Le oyó entrar. Luego hubo un silencio un tanto prolongado que comenzó a resultar incómodo, así que levantó la mirada para enfrentarse al culpable de haber dormido mal desde hacía días. Estaba impresionante con aquel traje gris que le quedaba como un guante, el chaleco adamascado y el immaculado pañuelo anudado al cuello que hacía destacar más el tostado de su rostro. Se preguntó cuánto tiempo se tardaba en hacer un intrincado nudo como aquel.

—Siéntese, por favor, lord Seymour —pidió. Se maldijo al darse cuenta de que le había salido la voz aflautada.

Justin así lo hizo, agradeciendo el ofrecimiento con un movimiento de cabeza. Consciente de que la criada continuaba haciendo guardia en la puerta, se le escapó una sonrisa. Dejó sombrero y bastón en el asiento contiguo, cruzó una pierna sobre la otra; la tela del pantalón se ajustó a su muslo, y Ania casi estrujó el papel que sujetaba en las manos.

Había conocido a hombres mucho más guapos que Seymour, pero el matrimonio de ángel y demonio que se daba en el marqués lo convertía en un seductor sin siquiera proponérselo. Sus ojos verdes rodeados de espesas y largas pestañas, su cabello negro y brillante, sus labios carnosos... Advirtió que tenía una pequeña cicatriz en la sien, apenas visible tras un mechón de pelo.

Dándose cuenta de que él la miraba con una ceja alzada, carraspeó y hasta trató de sonreír.

—¿En qué puedo ayudarle, milord?

—No parece sorprendida de verme aquí.

—¿Por qué habría de estarlo? Esto es un club de esgrima, constantemente vienen interesándose por él. Otra cosa es que os hayáis confundido, porque solo es para damas.

Las sombras se habían ido apoderando de la habitación, de modo que Ania se levantó para encender un par de lámparas, aprovechando así para desviar los ojos de él.

—Lo sé. En realidad, he venido a recoger a mi hermana, la marquesa de Sutton, no a pedir que se me admita, ya soy socio de uno para caballeros, aunque hace tiempo que no asisto a él.

Ella se volvió y lo miró con las cejas arqueadas. Desde que la joven marquesa se apuntase dando pauta para que lo hiciesen otras damas, habían congeniado debido a su modo de pensar y, además, su interés en aprender.

—Desconocía que les unieran lazos familiares. Si me permite decírselo, no se parecen en nada. Molly, por favor, avise a lady Sutton de que la aguardan. No, no cierre la puerta —indicó al ver las intenciones de la criada. A Justin se le escapó una risita que ella obvió—. Las alumnas estarán ya cambiándose, solo tendrá que aguardar un momento. ¿Puedo ofrecerle algo

entretanto? Un brandy, acaso.

—No es necesario, muchas gracias.

Ella tomó de nuevo asiento y cruzó las manos sobre la mesa, guardando silencio. Justin tampoco tenía intención en sacar un tema de conversación, con mirarla ya le era suficiente. Además, verla insegura, tan distinta a como se le presentó en Hades, le divertía. Aprovechó para observarla a placer: cabello recogido con tal pulcritud que ni un solo mechón escapaba del confinamiento y un vestido elegante pero sencillo. La encontraba tan distinta a como lucía en el club que parecía otra mujer. En aquella actitud modosa en que se mostraba en ese momento, hasta daba la impresión de ser una ingenua, lo que le desubicaba. ¿Cuál era la auténtica Ania Markova?

—Su hermana es mi mejor alumna —dijo ella al fin, rompiendo el embarazoso mutismo.

—Siempre ha sido la más atrevida de las trillizas.

—¿Cómo dice, milord?

—Que tengo tres exactamente iguales, como tres gotas de agua. Son mi debilidad y, a veces, también un dolor de cabeza.

Como un fogonazo le llegó a Ania el rostro de su hermana. Tragó saliva, agachó la cabeza y se concentró en el dibujo de la madera para evitar que se le escaparan las lágrimas.

—Sé a qué se refiere, tuve una hermana. Murió.

La intempestiva aparición de Jasmine evitó que ella se explayase o Seymour preguntase, y el tono entristecido de Ania le hizo sentir como si la pérdida hubiera sido suya.

—Justin. ¿Qué haces aquí? —interrogó Jasmine, dándole un beso en la mejilla antes incluso de que él se levantara—. Gracias por enviarme aviso, *madame*.

—Tienes que hacerme un favor.

Su hermana lo miró de arriba abajo en tanto se acababa de poner los guantes y colgaba su bolso en el brazo.

—Así que un favor, ¿eh? Cuando no te lo mereces.

—Pueden utilizar el despacho para conversar, yo ya me iba —intervino Ania recogiendo su propio bolso y los guantes, y yendo hacia la puerta al advertir que el asunto a tratar era particular—. Un placer haber coincidido de nuevo con usted, lord Seymour. Lady Sutton, la veré el martes.

—No será necesario que nos deje —cortó Jasmine—, aunque le agradecemos la deferencia. Voy con usted. Y tú pásate cuando quieras por casa, Justin, ahora me espera el cochero.

—He despedido a Peyton. Necesito hablar contigo, después te llevaré a casa en mi coche.

La joven suspiró ruidosamente, sin importarle si eso era o no elegante. Seguía bastante enojada con aquel pollino que le había tocado como hermano. Recordaba muy bien su desconsideración, cuando se habían tomado tantas molestias en buscarle una muchacha que le agradase. Reconocía, eso sí, que tal vez le estaban presionando un pelín, pero no era motivo para que se hubiese mostrado descortés con ellas. Si se encontraba a solas con él podían saltar chispas, así que, conocedora de que la profesora solía tomar un coche de punto, dijo:

—Está bien. Hablaremos mientras acercamos a *madame* Markova a su local, supongo que sabes dónde se encuentra. Allí tomaré un coche de alquiler.

Ania no supo qué decir, pero la mirada suplicante de su alumna hizo que asintiera con la cabeza, a pesar de que la idea de compartir coche con el marqués le secó la garganta.

Justin debería haberse enfadado por la hosca respuesta de su hermana. Sin embargo, hubo de reprimir el deseo de abrazarla; ni en sus mejores sueños habría podido imaginar la oportunidad

que acababa de brindarle. Disimulando, pues, su satisfacción las siguió hasta el exterior, donde las sombras se habían adueñado ya de las calles, sin apartar los ojos del sutil movimiento de las caderas de Ania que caminaba muy tiesa. No por eso, desde luego, le resultó menos seductora.

## Capítulo 9

Al otro extremo de la ciudad una muchacha vestida con sencillez, cubierta su cabeza por un amplio sombrero algo desgastado cuyo velo oscuro ocultaba su rostro, apretó contra sí su bolsito. Escuchaba el bombo del corazón como si fuese un tambor de guerra, le sudaban las manos y sus ojos claros miraban erráticos a todos lados.

—Deberíamos dar la vuelta, lady Aurore —se quejó una voz varonil y rasposa a su lado.

Ella apretó los labios. Lamentaba haber metido al mayordomo de su padre en aquello, pero no le quedó otro remedio: en aquella ocasión, dado el lugar, no se había atrevido a ir sola a la cita. Por otro lado, confiaba en Henry Lewis, al que conocía desde niña, un hombre fuerte, muy capaz de defenderla si era atacada, lo que esperaba no ocurriese. Lo miró de reojo y, de no haber sido por lo asustada que estaba, se le hubiera escapado una sonrisa. Nunca hasta ese momento le había visto sin su elegante y planchado traje de trabajo, tan estirado que a veces parecía el mismísimo conde; reconocía que aquellas ropas usadas no le sentaban bien.

—Es solo entregar un sobre y marcharnos —le dijo, más para tranquilizarse a sí misma que a él.

—Que podría haber entregado yo, milady. Con franqueza, y a pesar de saltarme el protocolo, creo que se le ha ido la cabeza.

—Estoy haciendo esto por una amiga, señor Lewis —mintió.

—Sí, ya me lo ha dicho. Pero este barrio no es seguro para que una dama se...

—Nadie va a confundirme con una dama. Ni a usted con un pulcro mayordomo. —Señaló con el mentón la indumentaria masculina, tan vulgar como la propia—. Todo lo más nos creerán rateros.

Como respuesta le llegó un gruñido de disconformidad.

Aurore Hunting se paró bajo el farolillo que se balanceaba sobre la entrada de una taberna y comprobó de nuevo las indicaciones recibidas. Justo en ese momento se abrió la puerta del local, un tufo agrio, mezcla de cerveza y sudor hizo que arrugara la nariz, y el paisano al que acababan de enviar a la calle de una patada en el trasero chocó contra ella. Hubiese caído de bruces de no haber sido porque Lewis la sujetó a tiempo, a la vez que empujaba al fulano para apartarlo.

—¡Oiga, hermano! —protestó el otro intentando recuperar el equilibrio.

—Largo de aquí.

—A Tim Botton no le dice nadie...

Lewis estrelló su puño derecho en su palma izquierda; la visión de aquella manaza y el sonido que produjo el golpe le provocó ganas de orinarse encima.

—Largo —repitió el mayordomo.

El borracho dio media vuelta y salió de allí todo lo aprisa que le permitía sus cortas piernas y el alcohol ingerido.

—Gracias —dijo la joven.

—Acabemos con esto de una vez, milady —rezongó, tomándola del codo—. ¿Hacia dónde?

—El plano indica esta calle. —Señaló la que se abría a la derecha de la taberna.

«A cualquier cosa llama calle mi señora», bufó él para sus adentros. Porque no era más que un callejón estrecho con una única luz más adelante. No se veía demasiado, pero no hacía falta hacerlo para adivinar que se trataba del rincón preferido de los borrachines para aligerar sus estómagos y otras partes de su anatomía. Por si fuera poco, le pareció descubrir un par de ojillos que se perdieron por detrás de unos barriles. Conteniendo el asco, las ganas de sacar de allí a la muchacha, y rezando para que ella no se pusiera a chillar si veía alguna rata, la instó a entrar en la calleja.

No dieron más de cuatro pasos cuando una voz los detuvo.

—¿Lo ha traído?

Aurore, temblando como una hoja, asintió.

—No la oigo, preciosidad.

—Tenemos lo que quiere —aseguró Lewis.

Durante un momento no escucharon nada, ni siquiera una respiración; hasta llegaron a pensar que el hombre al que debían hacer la entrega se había esfumado al escuchar el vozarrón.

—Se le dijo que viniera sola —oyeron por fin.

—Y los burros vuelan —replicó Henry.

—Está bien, déjenlo sobre ese barril.

Aurore sacó un sobre de su bolso para dejarlo donde le indicasen. Luego retrocedió, buscando la protección de su acompañante. Al segundo vio aproximarse al individuo, recogerlo y guardárselo. Era imposible saber de quién se trataba, no era sino una figura envuelta en un traje oscuro y sombrero calado que se fundía entre las sombras.

—He cumplido —aseguró la muchacha.

—No podía ser de otro modo. Ya tendrá nuevas noticias, milady.

Aurore soltó un gemido, se llevó la mano a la boca y se dejó caer contra la pared. Era lo que había temido: aquel pago no iba a ser el último, el hombre que la estaba chantajeando iba a exprimirla hasta el límite y ella no tenía modo de escapar de aquella complicada situación.

Lewis no tenía idea de qué iba aquello, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que se trataba de una extorsión. Y, por las palabras de despedida de aquel desgraciado, la presión continuaría. Sin pensarlo un segundo echó a correr tras el individuo que, al percatarse, se escabulló por otro callejón, tirando a su paso algunos barriles que a punto estuvieron de hacer caer a Henry. Maldiciendo en voz alta, hizo el camino a la inversa para regresar junto a la hija de su señor.

—¿Se encuentra bien, milady? —se interesó.

—Volvamos a casa, por favor —pidió, pálida como un cadáver.

—Espero que sea para hablar con milord y contarle en qué problema está metida.

—Es una amiga la que...

—Le ruego que no menosprecie mi inteligencia, milady.

La joven, agotada por la tensión y el miedo, ahogó un sollozo, aceptó el brazo que le tendía el criado y se apoyó en él para llegar hasta el coche que les esperaba a unas calles de allí. Una vez

dentro, mientras atravesaban la ciudad, dejó escapar el llanto.

—Prométame que no dirá nada de lo ocurrido.

—Pero milord debería saber...

—Se lo ruego —suplicó. Se arrancó el sombrero y lo tiró a un lado. Una mata de cabello dorado relució bajo la luz de la lamparilla de aceite, y unos ojos grises cuajados de lágrimas enfocaron al mayordomo—. Lleva años al servicio de mi padre y lo estima, lo sé. Un disgusto podría matarlo, sabe lo débil que tiene el corazón.

—Entonces cuénteme a mí en qué lío se ha metido, trataré de ayudarla. Dígame quién la está chantajeando.

—Ese es el problema: no sé quién es. Nunca se ha dejado ver, las notas me llegan en plena calle a través de chiquillos que desaparecen de inmediato.

—¿Le ha entregado dinero otras veces?

—Sí. Nunca en un lugar tan inhóspito, pero sí, dos más. Le suplico que me guarde el secreto, lo arreglaré de un modo u otro.

—Sea lo que sea que haya hecho usted para encontrarse en esta situación, estoy seguro de que podemos arreglarlo, nada puede ser tan grave.

Ella suspiró y se dejó caer sobre el respaldo del asiento.

—Lo es para la sociedad en la que nos movemos.

Henry se pellizcó el puente de la nariz. De sobra conocía él la falsedad que anidaba entre las clases altas. Un caballero podía tener varias amantes, las damas otros tantos, muchos vivían de prestado aparentando moverse en la abundancia. Hipocresía y doblez a los que casi todos hacían la vista gorda. Pero si una muchacha cometía una imprudencia, por leve que fuese, estaba perdida.

—¿Qué motivo tiene para coaccionarla, milady? Si es que quiere confiar en mí.

Una cansada sonrisa hermoseó el perfecto rostro de la joven, que suspiró. Sin atreverse a mirar a su acompañante a la cara se confesó.

—Hace meses me pasé por mi modista y me presté a recoger un traje de mi padre en su sastre. Allí conocí a un joven con la mirada más triste que había visto nunca. Acababa de perder a su madre. Lo consolé, hablamos, nos caímos bien... Sin pretenderlo, iniciamos una relación más personal. —Elevó los ojos hacia Lewis como si lo desafiara a decir algo en contra—. No sé si me entiende.

—Perfectamente, milady.

—Le escribí algunas cartas, puede que un tanto... apasionadas. Cartas que le fueron sustraídas tras ser atacado en su casa. Un par de semanas después recibí la primera nota de chantaje. Ya lo sabe todo, estoy en sus manos, señor Lewis.

—Puede que lo del robo haya sido un montaje de ese muchacho.

—¡Oh, no! Thomas es incapaz de algo así. Es alguien que me ha estado vigilando.

Henry debía lealtad al conde de Bilbury, estaba obligado a ponerle al corriente de lo sucedido aquella noche y del problema en el que se encontraba su hija. Pero conocía a la muchacha desde que naciese, la había hecho saltar sobre sus rodillas, la había reprendido, la quería como a una hija. No podía traicionar su confianza, de modo que asintió.

—No diré una palabra a milord —prometió—. Pero quiero que me avise si vuelve a tener noticias de ese degenerado.

Ella, en un gesto de cercanía, haciendo esfuerzos para no volver a echarse a llorar, se echó hacia adelante y apretó una de sus manos entre las suyas.

## Capítulo 10

—Bien, Justin, ya estás tardando en decir qué favor quieres de mí.

—Necesito que me aconsejes sobre qué le puedo regalar a Jade para desagraviarla por lo del otro día.

—Solo a ella, ¿eh? —Jasmine se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Vamos paso a paso, cariño, no me siento capaz de pedir perdón por partida triple. ¿Qué tal unas flores?

—Tiene un jardín que es la envidia de muchos.

—¿Bombones?

—Las flores y los dulces se quedan para los caballeros que pretenden cortejar a una dama —protestó—. Te recuerdo que Jade está felizmente casada.

Ania se mordió los labios para evitar una sonrisa divertida; la cara de Seymour era un poema, se veía a la legua que no estaba acostumbrado a pedir perdón o reconocer sus errores; le hubiese gustado saber qué había hecho para enfadar así a su hermana. Incómoda de todos modos por ser testigo obligado de una conversación familiar que no le atañía, descorrió la cortinilla y se centró en lo que pasaba en la calle que, a aquellas horas, no era mucho.

—Unas entradas para la ópera.

—Tiene palco, como todos nosotros.

—Un vestido nuevo —insinuó Justin.

—No te veo eligiendo un vestido, a decir verdad.

—Zapatos.

—Serías capaz de comprarle unas botas Hessian.

—¡Jasmine, por el amor de Dios, no me estás ayudando en nada!

—¿Qué tal un libro? —intervino entonces Ania para echarle una mano. Se le subió el sonrojo a las mejillas al ver que ganaba la atención de ambos—. Si le gusta leer, claro.

—Devora todo, desde novelas románticas hasta tratados de Medicina —aseguró Jasmine.

—Debería entonces pasarse por Hatchard's, milord.

—No tengo mucha idea de qué novelas románticas elegir, si le soy sincero. Otra cosa es si fuesen de misterio.

—Pues conmigo no cuentas —dijo la marquesa de inmediato, sacudiéndose la falda para evitar la mirada de su hermano—, tengo unos días muy ocupados.

Justin, con gesto irritado, sopló el mechón de cabello que se le caía sobre una sien y desvió sus ojos hacia Ania.

—Es posible que *madame* Markova quiera ayudarme entonces —insinuó con una sonrisa socarrona, retándola a que también ella pusiera una excusa.

Ania se dijo que aquel hombre no iba a conseguir burlarse de ella. A fin de cuentas, no era más que eso, un hombre, por mucho título que llevase a su espalda, y ella había aprendido a no temer a ninguno. Elevó pues el mentón y lo desafió a su vez.

—Quedemos, pues, mañana en la puerta de la librería. A las diez si le parece bien. Aunque tal vez a esas horas no se le hayan despegado las sábanas.

Jasmine dejó escapar un jadeo y entonces fue ella la que se dedicó a mirar por la ventanilla del carruaje, mordiéndose los carrillos para evitar que se le escapara una carcajada. Desde que ella recordase su hermano se levantaba al despuntar el alba, hiciese sol o lloviese. Miró a Justin por debajo de sus largas pestañas. Estaba muy serio, casi podría jurar que irritado por la mofa. Resultaba interesante ver que su querido hermano había encontrado la horma de su zapato.

—Dormiré sin sábanas para evitar que se me peguen, descuide.

Jasmine disimuló la risa con una repentina tos. Ania agradeció que dentro del vehículo hubiese solo un farolillo encendido porque el sonrojo le llegó hasta la raíz del cabello. Imaginarlo en su cama... Por fortuna llegaban a su destino. Algunos coches estaban estacionados en las cercanías en tanto un corrillo de cocheros charlaban a la espera de que sus señores volvieran a requerir sus servicios. Por lo visto, Hades estaría animado aquella noche.

—Pida a su cochero que vaya por la calle de atrás, milord —rogó.

Justin así lo hizo a través de la ventanilla del techo. Un momento más tarde se detenían, él bajaba del vehículo y le tendía una mano para ayudarla. Ania retiró su mano de la masculina apenas pisó el suelo, se volvió hacia su alumna y dijo:

—Gracias por su compañía, lady Sutton.

—Un día de estos tendré que entrar en su local, me intriga lo que he oído de él. Me han dicho que la decoración es espectacular.

Hizo intención de apearse también, pero su hermano la miró de tal modo que prefirió no enfadarlo; aceptaría que la llevase a casa en lugar de tomar un coche de punto.

—Me encantaría atenderla cualquier mañana —aseguro Ania.

—¿No por la noche? —preguntó la marquesa con cierto retintín.

—Es un club de juego, Jasmine —intervino Justin.

—Según tengo entendido admiten a damas.

—Cuando usted prefiera, milady —admitió Ania con una divertida sonrisa en los labios—. Buenas noches a los dos y, de nuevo, gracias por haberme acercado.

—Hasta mañana a la diez, *madame* —le recordó Justin.

Ella asintió, buscó la llave en su bolsito y llegó hasta la única puerta existente en aquella parte del edificio, sobre la que colgaba un farol de gas encendido.

Seymour hubiese querido que ella se volviera a mirarlo de nuevo, pero la fortuna no le sonrió en esa ocasión. Suspiró ruidosamente, indicó al cochero que se dirigiera a la mansión de su hermana y volvió a subirse al carruaje. Jasmine lo miraba con un gesto de guasa.

—¿Qué pasa?

—Nada, hermanito. Nada de nada.

## Capítulo 11

La librería, inaugurada en 1797 por John Hatchard, proveía de lectura a la familia real y no era extraño encontrarse con personajes importante en sus pasillos; lord Byron había sido uno de sus clientes habituales. En aquel santuario repleto de estanterías flotaba una mezcla de perfume a madera, cuero, cera y limón. Y a libros. Para Ania los libros siempre habían tenido un olor especial, solía encontrarse cómoda allí, acudía con cierta frecuencia y, a veces, se pasaba un buen rato sentada en una butaca ojeando lo que más tarde adquiriría. Reconocía que no tenía un gusto muy definido en lo que a lectura se refería, disfrutaba de igual modo de una novela románica de Jane Austen o de unos poemas de la holandesa Aagje Deken; tampoco le disgustaban las historias de misterio y, ya que estaba allí, tenía intención de llevarse algún ejemplar para engrosar su biblioteca.

El marqués de Seymour paseaba de un lado a otro de la acera con las manos cruzadas a la espalda, lo distinguió desde la ventanilla del carruaje. Parecía nervioso. Se le pasó por la cabeza ordenar al cochero que diera una vuelta a la manzana solo por el placer de hacerle esperar, pero fue un pensamiento que desapareció de inmediato; a ella no le gustaba aguardar y tampoco que la aguardasen, la puntualidad era una de sus virtudes. En cuanto el coche paró a la entrada de la librería abrió la puerta con intención de bajar. Respingó al segundo siguiente por la repentina aparición de Seymour, que acabó de abrir la puerta y le ofreció la mano para descender. De poco le sirvió que ambos las llevasen cubiertas por los guantes, el calor la recorrió de pies a cabeza cuando la encontró envuelta por unos dedos largos y fuertes.

—Llega usted con tres minutos de retraso —le oyó recriminar.

Ania abrió la boca. Y volvió a cerrarla. Su ceño se frunció y sus oscuros ojos relampaguearon enfrentados a otros verdes que brillaban de diversión. Bromeaba y casi la hizo sonreír.

«¡Condenado sea!».

—No imaginaba que fuese usted tan maniático con el tiempo —repuso a la vez que abría su bolso y se acercaba al pescante para abonar la carrera al cochero.

La mano masculina se posó en su brazo deteniéndola.

—No se preocupe, yo me encargo.

Ania lo miró con desdén desde el mechón que le caía sobre la sien a la punta de los brillantes zapatos. Como siempre, iba impecable. Y guapísimo. Con parsimonia, retiró su mano del brazo y sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Nunca he aceptado pago de ningún hombre, milord, y no voy a empezar ahora.

Él parpadeó, por completo confundido. No había sido su intención... Jamás hubiese

pretendido... Ella había creído que... Se mordió la punta de la lengua para no soltar el exabrupto que se le subió a los labios. Hinchó el pecho y soltó al aire de golpe buscando calmarse. Encontrarse con aquella mujer y salir trasquilado se estaba convirtiendo en una costumbre, y él no estaba habituado a que nadie pusiera sus palabras en tela de juicio.

—¿Entramos? —preguntó ella un momento después.

—¿Es usted así de arisca con todo el que se le acerca o solo conmigo?

Ania se quedó perpleja ante un tono áspero que confirmaba enfado. Con seguridad se había extralimitado, se dijo. Seymour había pretendido ser galante y ella, con su propensión a la independencia, bastante grosera.

—Lo siento. Es solo que, por norma, los hombres que intentan invitarme buscan algo más que ser amables. La vida me ha enseñado a ser precavida.

—Y esquivas.

—También eso.

—Vale. Olvidemos que no hemos empezado el día con buen pie —dijo, indicándole con la mano la puerta de la librería. Ella hasta le sonrió conciliadora, agradecida de que olvidase su agria respuesta—. Aunque debería decir que no empezamos bien desde que nos presentaron.

—Intentemos arreglarlo entonces, milord. ¿Alguna idea de qué comprar para su hermana?

—No creo que le guste un tratado de cetrería, ¿verdad? Pretendo adquirir uno para mí —pensó en voz alta con tono compungido haciéndola reír.

—No creo. Sígame, señoría, tenemos que encontrar el regalo adecuado que le haga quedar como un ángel.

Se arrepintió en cuanto lo dijo, escuchó una risita a su espalda y lo miró por encima del hombro. Justin la miraba a su vez de un modo tan intenso que se le espesó la sangre en las venas. Si la estuviese desnudando no se habría sentido tan vulnerable ni expuesta. Era tan atractivo que costaba trabajo apartar los ojos de él, pero de ángel tenía poco, se dijo; era un auténtico demonio.

Corroboró esa impresión mientras deambulaban por la librería. Justin le preguntaba si había leído uno u otro ejemplar, lo tomaba de la estantería para hojearlo y a ella se le iba la atención a aquellos dedos largos y elegantes sin poder remediarlo. En más de una ocasión sus manos se rozaron cuando intentaron tomar un libro al mismo tiempo y a Ania le costó entender qué le estaba diciendo. Justin se inclinaba hacia su oído para hacerle algún comentario sobre el contenido, más o menos escandaloso, de un libro en concreto, envolviéndola en su aroma varonil con un toque de cítrico.

Le quedó claro que el marqués era un hombre instruido.

También que, como dijese en su momento Isaac, constituía un peligro. No físico, pero sí mental. Al menos para ella. Porque cuando por fin encontraron el regalo adecuado para la hermana de Seymour, tenía todos los nervios en tensión y había deseado, más de una vez, encontrarse a millas de distancia.

Justin dejó sobre el mostrador los seis libros que habían comprado: uno para Jade, otro para él —como dijese, de cetrería— y cuatro para Ania. El que ella le recomendó al final era un libro de segunda mano, pero magníficamente acabado en piel y terciopelo azul. A él no le importó el precio al saber que no había otro igual porque, según les contase el empleado al que preguntaron, su antiguo dueño lo había hecho forrar de aquel modo para su esposa, aunque luego hubo de desprenderse de él.

Por el rabillo del ojo vio que Ania apartaba sus cuatro libros y abría su bolso. «Independiente hasta la tumba», se dijo con una sonrisa.

—Espero que a Jade le guste —comentó mientras sacaba su propio dinero.

—Ann Radcliffe es única escribiendo novelas de intriga. Y *Los misterios de Udolfo* le encantará, estoy segura.

Cada uno con el paquete de sus libros debajo del brazo, salieron a la calle. Lo que comenzase como un día espléndido había cambiado a otro nublado y estaba empezando a llover. Ania estiró el cuello por ver si se acercaba algún coche de alquiler. Por desgracia, a pesar del intenso tráfico por Piccadilly a aquellas horas, con la llovizna encima no se veía ninguno libre.

—Imagino que no admitirá que le ofrezca mi carruaje. Está a la vuelta de la esquina. —Ella negó—. ¿Qué tal entonces si nos refugiamos del agua en Fortnum & Mason?

El famoso establecimiento estaba justo al lado y a Ania se le hizo la boca agua; con los nervios de tener que encontrarse con él no había desayunado y tenía un apetito voraz.

—Tengo muchas cosas que hacer, gracias.

—Solo un momento, mientras deja de llover y me cuenta de qué van esos misterios del libro.

—Es que...

—Por favor.

Dos palabras. Solo dos palabras y la había desarmado. Por descontado, no quiso reconocer otra cosa, lo achacó a la demanda de su estómago que pedía alimento y a las gotas de lluvia, cada vez más gruesas, que empezaban a empaparla.

## Capítulo 12

—¿Tiene un momento, padre?

—¿Qué quieres ahora?

La joven titubeó al escuchar su tono desabrido, entrelazó con más fuerza las manos, inspiró hondo y se atrevió a hacer su petición animada por la palmadita que su madre le dio en la espalda.

—Quisiera que me permitiera acudir a la fiesta de lady Cotton.

Yerik se volvió a mirarla mientras se colocaba el guante que cubría su mano izquierda, sin disimular el fastidio de la demanda.

—Aún eres muy joven para ese tipo de fiestas.

—Voy a cumplir dieciocho años dentro de un par de meses, padre. Además, es un baile de máscaras, nadie me reconocerá.

—Ella y yo abandonaremos el lugar antes de que haya que quitárselas —intercedió su madre.

—No pienso gastar un penique en trapos.

—No será necesario, Yerik, arreglaré uno de mis antiguos vestidos.

—Ya veo que lo habéis planeado a conciencia sin haberme consultado —refunfuñó.

—Es una oportunidad, ya que hemos recibido una invitación. Por cierto, no sabía que conocieras a esa dama.

—Y no la conozco. Pero hay quien me debe algún favor y no ha sido complicado conseguir que me incluyeran en la lista. Está bien, haced lo que os venga en gana —acabó por acceder ajustándose el otro guante y echando mano al sombrero.

—¡Gracias, padre! —La joven se acercó para darle un ligero beso en la mejilla, guiñó un ojo a su madre y, recogiendo el ruedo del vestido, se perdió en la habitación adjunta.

Sin embargo, la recriminación que escuchó la hizo pararse en seco a escuchar.

—Podrías disimular al menos tu animadversión hacia ella.

—Déjame tranquilo, Irina.

—Veo que vas a salir también esta noche.

Yerik, sin responder a su mujer, se caló el sombrero, ajustó de nuevo el pañuelo frente al espejo y tomó el bastón. Ya con la puerta abierta se giró un poco hacia ella.

—¿Por qué siempre preguntas lo evidente, mujer? No me esperes levantada, puede que pase la noche en casa de algún amigo.

Irina Záitseva se mordió el labio inferior. Su esposo, con el que se casó enamorada, se había convertido en un ser vil y despreciable que la humillaba a cada segundo. Mentía con descaro,

además. Demasiado sabía ella que no dormiría en casa de ninguno de sus amigos, sino entre las sábanas de alguna mujerzuela. Otra se hubiese sentido ofendida, pero no ella, había acabado por odiarle y cuanto menos estuviese en la casa, mejor. La convivencia con él se había vuelto insoportable porque, aunque ella nunca le pidió más de lo que podía ofrecerle, lo cierto era que abandonó a su familia por él y la estaba arrastrando hacia la ruina. Solo había que mirar a su alrededor para ver las condiciones en las que vivían. Aunque lo que más le dolía era el desprecio que demostraba hacia su hija.

—Mañana temprano volverá el empleado de tu sastre y el chico de la carnicería. ¿Qué les digo? ¿Que estás de putas?

Yerik se volvió como si le hubiese picado un escorpión y la miró con odio.

—¿Han estado hoy?

—Como cada principio de semana desde hace un mes.

—¿Los criados deberían haberlos echado, maldición! Ni siquiera sirven para eso.

—¿Los criados? —Se le enfrentó ella— ¿Qué criados? ¿Los que hubimos de despedir por no tener dinero para pagarles el sueldo? Sabes que solo tenemos a los Miller, y son demasiado mayores para bregar con alguien que llega encorajinado pidiendo lo que se le debe. Los pobres siguen aquí solo por la comida y el techo, hace meses que no cobran ni un penique.

—Debería haber echado también a ese par de carcamales.

—¿Y planchaste tus propias camisas, querido? —Se burló—. Porque no creerás que yo...

La bofetada le llegó sin previo aviso, lanzándola contra la pared. En el cuarto adyacente, la muchacha se cubrió la boca para ahogar un grito. Vio a su madre que, con la mano en la mejilla lastimada, miró a su progenitor con asombro. Hasta entonces nunca se había atrevido a golpear a ninguna de las dos, aunque los desprecios y las ofensas a ambas eran constantes.

—Ni tu hija ni yo nos merecemos este maltrato, Yerik.

—Mi hija, no. ¡La tuya! Ni siquiera serviste para quedarte embarazada —recriminó él, hiriente—. Te procuré una hija porque te estabas volviendo loca y en ese tiempo no me convenía tener una esposa demente. Ahora ya me daría igual que acabaras en Bedlam. Olga nunca ha sido hija mía y nunca lo será, métete eso en la cabeza.

Irina ahogó un sollozo.

Olga se metió el puño en la boca para que no escuchasen su grito de agonía y subió a su cuarto. Se echó sobre la cama y se entregó a un llanto rabioso contra la almohada. Tantos años intentando conseguir el amor de un padre que siempre la trató mal y acababa de enterarse de que no llevaba su sangre, que la habían recogido en un orfanato.

En la planta de abajo, Irina tuvo tiempo de hacer una última pregunta antes de que su esposo se marchase de la casa.

—¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Por qué has cambiado tanto?

Sin querer responder, Yerik salió y cerró a su espalda con un portazo. Estaba encrespado y la discusión había terminado por ponerle rabioso. Maldiciendo su suerte entre dientes se alejó calle abajo. Esperaba que la fortuna le sonriese aquella noche, al menos para cerrar la boca a aquellos dos acreedores de los que hablase Irina, y volvió a preguntarse quién sería el desgraciado que le estaba reclamando cada poco tiempo los importes de algunos pagarés por deudas de juego. Nunca era el mismo fulano quien le exigía el dinero, de modo que no tenía manera de saber quién estaba detrás, quién estaba comprando los puñeteros papeles que firmaba cuando una mala racha le hacía perder. Solo gracias al chantaje podía continuar con su vicio por el juego, meterse en la cama de alguna golfa y mantenerse más o menos a flote. Sí, aquello era una fuente de

ingresos, pero no suficiente; tendría que estrujar un poco más a aquella aristócrata estúpida. Y tendría también que averiguar la identidad de quien quería arruinarle la vida.

\*\*\*

James Cork se pasó una mano por el cabello despeinándolo más si cabía.

—¿Solo eso?

—Será suficiente.

—Si me permite que le diga algo, lord Seymour, dudo mucho que una dama como ella esté metida en algún asunto turbio.

—Usted sígala e infórmeme, nada más —zanjó Justin.

Dejó la cantidad acordada sobre la pingosa mesa del despacho del detective y fue hacia la puerta. Estaba deseando salir de allí. Olía a rancio, era un espacio tan reducido que apenas cabían la mesa y un par de sillas, hacía un calor insoportable porque el escocés mantenía la estufa encendida a pesar de que el tiempo no la hacía necesaria, y hasta allí llegaba el bullicio de una pelea callejera.

—Le informaré en cuanto sea posible.

—Procure no tardar y tendrá otro tanto como eso, Cork. —Señaló el dinero.

Bajó las estrechas y desgastadas escaleras e inspiró aire con ansia al encontrarse en el exterior del ruinoso edificio. Su cochero lo vio apenas poner un pie en la calle y acercó el carruaje.

—¿Adónde, milord?

—Al Hades.

Subió a la cabina, se dejó caer en el asiento y elevó una ceja al ver el gesto socarrón de Rowley.

—Te estás tomando el asunto demasiado en serio.

—Esconde algo, Ethan. Y quiero saber qué es.

—Que no consiguieras que soltara prenda cuando fuiste con ella a la librería no quiere decir que esconda algo.

—Sé lo que oí. Y alguien que tiene tratos con ese fulano, Tigre, no puede estar inmaculado como un bebé.

Su amigo podría tener razón, de todos modos, pensó. Acaso Ania Markova no ocultase nada que pudiera tacharse de deshonesto, pero tenía que estar seguro de con qué tipo de mujer daba clases su hermana. Recordar el modo sutil en que había esquivado sus preguntas mientras tomaban un refrigerio, solo hizo que sus dudas aumentaran. Con todo el tacto del mundo había llevado la conversación a lo obsceno de comprar a jóvenes o niños para emplearlos en los trabajos más execrables, como el robo o la prostitución, y había esperado un atisbo de inquietud en la rusa. Pero ella solo le había dado la razón y cambiado de tema de inmediato.

—¿No sería mejor acudir hoy a White's? He oído que se están apostando buenas cantidades a que el vizconde Arley no se acabará casando con lady Violet. ¿Tú qué opinas? ¿Conseguirá ese crápula enamorar a la muchacha?

Justin lo miró como si se acabase de dar cuenta de que iba en el carruaje.

—Mañana, Ethan. Esta noche tengo otros planes. Si quieres ir tú, te acerco.

—No, tranquilo, igual me da perder unas libras en un sitio que otro. Y, para ser franco, me encanta seguirte los pasos... tras de la Markova.

—Vete al infierno.

—Justo ahí es hacia donde nos dirigimos, amigo mío —dijo soltando luego una carcajada.

## Capítulo 13

Volvía a vestir de rojo.

A Justin le había parecido preciosa llevando un atuendo más sencillo, dando la imagen de una dama más. Pero allí, en el Hades, en su papel de dueña del club, luciendo vestidos bastante más atrevidos y siempre rojos, parecía una diosa vengadora. Su apariencia iba muy en concordancia con el lugar, y a él le gustaba más su faceta de intrépida y audaz antes que la de mosquita muerta.

Lo que no le agradó tanto fue descubrirla volcada sobre el hombro de un sujeto que sonreía de oreja a oreja y empujaba, en ese momento, las fichas de su apuesta a las cartas. Por Ethan sabía que aquel individuo compartía con Ania la nacionalidad rusa, y le atacó la desazón de que ella mantuviese algún lazo más cercano con él que con otros clientes.

—Si no te importa, voy a ver si consigo hueco en alguna mesa. O, en todo caso, que Lizzy me dé algo de conversación —dijo Ethan, alejándose hacia el fondo del salón.

A Justin no le extrañó la segunda opción de su amigo, había notado cierto interés en la joven. Era una beldad y a él le caía bien, igual que le agradaban las otras muchachas, Daphne y Bonnie. Las tres lucían aquella noche túnicas azules, sencillos peinados y, como de costumbre, sus rostros carecían de maquillaje. Sus modales eran inmejorables y, desde luego, estaban lejos de parecerse a las mujeres que trabajaban en otros locales de esparcimiento. Hubieran tenido un pasado más o menos azaroso, no había duda de que allí eran unas señoritas respetables; Ania Markova sabía muy bien cómo poner una nota de distinción en su negocio, tal vez por eso tenía tanto éxito.

Záitsev, por la risotada que soltó llamando su atención, ganó la mano. Hizo ademán de abrazar a Ania por la cintura, pero ella se retiró a tiempo con la sonrisa congelada en los labios. Llamó a una de las chicas y pidió una botella de licor para los componentes de la partida, que se lo agradecieron con entusiasmo. Rechazó con otra sonrisa, aquella vez más abierta, acompañarlos a beber y se retiró de la mesa.

Las miradas de ambos se cruzaron. La de Justin, turbia; la de ella, serena. Ania notó el momento en el que el marqués había entrado en la sala; un hormigueo cálido recorrió todo su cuerpo sin haberlo visto siquiera, como si su sola presencia en el salón hubiera hecho el aire más denso. Irguió el mentón antes de dirigirse hacia él.

—Buenas noches, milord.

—Buenas noches.

—¿Ha venido solo?

—Mi amigo estaba más interesado en una partida o en conversar con una de sus empleadas

que en soportar mi aburrida compañía. Yo tenía la esperanza de jugar con usted una partida de ajedrez, me han dicho que es una maestra con las figuras.

La risa femenina, algo ronca, un poco irónica, deliciosamente erótica, produjo en Justin un escalofrío de placer.

—No quiero engañarlo, se me da bastante bien.

—¿Entonces? ¿Esa respuesta es un sí? Tampoco yo soy un neófito en ese juego.

Ania lo miró a los ojos, de un verde que le recordó la campiña rusa en verano. Luego desvió la atención a su boca. Y tardó más de la cuenta en poder apartar su mirada de aquellos labios que la hacían pensar cosas indebidamente. Carraspeó, encogió un hombro y dijo:

—Si está dispuesto... Gabriela, por favor —llamó a la muchacha portuguesa que pasaba en ese momento a su lado—, sube una botella de champán y dos copas a la sala del ajedrez; milord y yo vamos a jugar una partida. No la apuntes en su minuta, va a cuenta de la casa, será una compensación por perder.

—Ahora mismo, señora —repuso la joven, no sin antes dejar que sus oscuros ojos recorrieran desde la cabeza a los pies al apuesto caballero que conversaba con su patrona.

Justin, cruzado de brazos, había apoyado el hombro en la pared, junto a una reproducción de buen tamaño del Discóbolo de Mirón.

—Está muy segura de ganarme.

—Digamos que convencida. —Sonrió Ania. Sin ser consciente de lo que hacía, pasó la yema del dedo corazón por la pierna de la estatua—. Puedo perder, claro, pero suelo jugar sobre seguro, marqués.

La visión de aquel dedo enfundado en un guante rojo recorriendo el muslo del Discóbolo excitó a Seymour, que se lo imaginó en el suyo; se movió para cambiar de postura y disimular cuánto le había afectado un gesto tan simple.

—Debo decirle que soy un contrincante duro.

—También yo —aseguró ella acariciando de nuevo el mármol; sin apreciarlo, sus dedos casi rozaron las partes pudendas de la imagen.

Justin cerró los ojos un instante. Porque su imaginación ya se había disparado por completo. Los latidos del corazón se hicieron más fuertes y la rigidez de cierta parte de su anatomía le obligó de nuevo a cambiar de posición.

—No suelo rendirme.

—Entonces ya somos dos. —Los dedos trazaron círculos en la rodilla masculina.

—¿Puede dejar de hacer eso, por favor? —gimió él.

Ania elevó una ceja sin entender a qué se refería. Luego siguió la línea invisible que separaba los ojos verdes de la estatua, dándose cuenta de lo que había estado haciendo. Apartó la mano del mármol como si se hubiera quemado y le dio la espalda para ocultar el sonrojo de sus mejillas, que casi adquirieron el mismo tono que su vestido.

—¿Me acompaña?

Sin comprobar si la seguía comenzó a subir la escalera mientras se abanicaba con la mano. Solo se volvió a mirarlo por encima del hombro cuando llegaron a la sala en cuestión, mostró una sonrisa de disculpa y le fue correspondida por un guiño que hizo que le temblaran las rodillas. Por desgracia, o por suerte para ella, se encontraron con que los tres tableros estaban ocupados por otros clientes. Cerró Ania la puerta de nuevo para permitir intimidad a los jugadores y enfrentó a Seymour.

—Deberá ser en otra ocasión, milord, lo lamento.

Justin iba a contestar cuando Gabriela pasó junto a ellos con una gata negra como la noche en los brazos y avisó:

—Al comprobar que no había mesas libres, la botella y las copas las he dejado en su despacho, señora. Tendrá que utilizar su juego. Me llevo a Zoya para que no moleste.

Se alejó de prisa escondiendo una sonrisa que ninguno de ellos pudo ver, perdiéndose escaleras abajo. Ania apretó las manos en puños y maldijo cien veces a su empleada y amiga. Ya le pasaría factura por la encerrona. Estaba a punto de buscar una excusa para no quedarse a solas con el marqués en su despacho cuando él preguntó:

—¿Me ha parecido entender que tiene otro juego ahí dentro?

Era inútil negarlo después de que Gabriela hubiera hablado de más, de modo que asintió de mala gana y abrió la puerta.

—¿Puede colocar las sillas una frente a otra, por favor?

Justin asintió, pero se tomó un momento en dar un vistazo a la habitación: escritorio de madera oscura, con una preciosa escribanía y dos lámparas de aceite, dos sillas tapizadas en rojo, un sofá, una mullida alfombra; en una de las esquinas había una mesa con un globo terráqueo. Le gustó el hecho de que una de las paredes estuviera cubierta de estanterías repletas de libros. Y le llamó la atención la chimenea, sobre la que había un busto y un reloj, flanqueada por dos estatuas que representaban a la diosa Afrodita.

Entretanto, Ania se había quitado los guantes y sacado de la parte baja de uno de los muebles una pequeña mesa con ruedas. Sobre ella estaba el tablero de sesenta y cuatro escaques, la mitad de ellos blancos y la otra mitad dorados, encima del que descansaba una caja de caoba. Esperó a que Justin colocara las sillas como le había pedido y situó la mesa entre ambas. Tomó asiento, le invitó a hacer otro tanto y abrió la caja para ir sacando las figuras.

—¿Le gustó el libro a su hermana, milord?

—Mucho. Gracias por haberme ayudado a elegirlo.

—Fue un placer.

Para él sí que lo había sido poder pasar aquel tiempo a su lado, pero no lo dijo, aprovechó el momento para descorchar la botella que aguardaba dentro de la cubitera con hielo, servir dos copas y entregarle una. El ligero roce de sus dedos desnudos al tomarla le hizo vibrar. Se acomodó con la vista clavada en los elegantes movimientos de la mano femenina colocando las figuras en sus casillas correspondientes. Bebió un trago de champán, que encontró deliciosamente frío, desvió la mirada hacia los hombros de Ania, bajó hasta el sensual canal que conformaba la unión de sus pechos, donde se perdía una cinta de terciopelo, y su loca imaginación le hizo tejer una escena en la que él bebía el burbujeante líquido que caía entre aquellos globos perfectos y...

—¿Lo encuentra de su gusto, milord?

Despertó de tan agradable y erótica ensoñación al escuchar la pregunta. Carraspeó, respondió con un movimiento de cabeza y se centró en el juego. Entonces dejó escapar una exclamación, olvidó la copa, que dejó a un lado, y se inclinó para verlo mejor.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Lo encargué tallar.

—Nunca he visto nada tan original —aseguró, tomando una de las figuras de cristal negro para observarla con más detenimiento. El rey era un hombre con cabeza de bestia, mitad lobo, mitad cerdo con enormes colmillos; la reina, una princesa; los alfiles eran rosas; las torres y los caballos no mantenían gran diferencia con otros juegos, pero los peones estaban representados

por pequeños labradores. Una auténtica joya de artesanía—. ¿La pieza del rey representa algo en especial?

—Quise que personificasen los protagonistas de un cuento que solía leer a mi hermana por las noches.

El tono de tristeza que empleó hizo que Seymour recordara que había muerto. Depositó el rey en su lugar.

—Si desea que pospongamos la partida...

—De ningún modo. ¿Blancas o negras?

—Siempre blancas para las damas —dijo, haciendo intento de girar el tablero.

—Suelo jugar con las negras.

—¿Por qué lo había imaginado? —ironizó, y adelantó un peón.

## Capítulo 14

—¿Qué nos jugamos, marqués? —preguntó ella al tiempo que comenzaba su partida moviendo un caballo.

Justin se retrepó en el respaldo de la silla. Se cruzó de brazos y dejó vagar su mirada por la gloriosa mujer que tenía delante. Si no le hubiesen enseñado prudencia, su respuesta habría avergonzado a Ania Markova a pesar de su audacia y liberalidad. Pero se consideraba un caballero, y a ella, por mucho que regentase un club, una dama, de manera que echó aquellos pensamientos a un lado y se limitó a hablar de apuestas menos carnales.

—Una respuesta.

—¿Cómo dice?

—Si gano yo, tendrá que responder con la verdad a lo que le pregunte. Si pierdo, seré yo quien deba hacerlo.

—Podríamos quedar en tablas, milord.

—En ese caso, contestaremos los dos.

—O ninguno.

Justin se echó a reír con ganas y adelantó otro peón blanco.

—No me diga que le da miedo tener que responder, no da la imagen de mujer medrosa.

—Usted no me conoce en absoluto, lord Seymour.

—Mueva. Arriéguese, *madame* Markova. Es su oportunidad para conocer un poco más de mí.

—Lo que no me interesa en absoluto —afirmó, pero adelantó una pieza, arrancando una sonrisa a Justin.

Uno y otro eran buenos jugadores, pensaban muy bien el movimiento antes de efectuarlo y Ania hubo de concentrarse al máximo porque no quería perder. Sobre todo, no quería tener que contestar a ninguna de las preguntas del marqués de Seymour. Había creado a su alrededor un muro de discreción y deseaba que siguiera así.

Pero casi una hora después, suspiró y se dio por vencida.

—Tablas, milord.

—Es usted más dura de lo que pensaba —asintió él—. De acuerdo, las damas primero.

Justin hubiese esperado cualquier tipo de curioso por parte de ella, de modo que le dejó desubicado su pregunta:

—¿Qué opina de que las clases trabajadoras pudieran participar en decisiones políticas, milord?

Nada más lanzar el obús desvió su mirada de la de Justin y comenzó a guardar las fichas en la

caja. Imaginaba que acababa de dejarlo perplejo y se felicitó por ello. Porque, para un hombre con poder y dinero que tenía voz en la Cámara de los Lores por el hecho de haber nacido noble, poca o ninguna gracia debería hacerle que las clases desfavorecidas quisieran tomar parte en los designios del país.

Por eso fue ella quien quedó turbada al escuchar:

—Si está apoyando ese movimiento que acaba de surgir y que está agitando a las clases trabajadoras, reclamando justo eso, espero que sea discreta. No a muchos de sus clientes les agradaría saber que vienen al club de una... revolucionaria.

—No soy una agitadora, milord. Pero la clase obrera está en su derecho de no querer ser explotada, y si, de algún modo, puedo echarles una mano, tenga por seguro que lo haré.

—No seré yo quien la denuncie por ello, puesto que estoy en total acuerdo con los cartistas.<sup>[1]</sup> Inglaterra, como otros países, lleva demasiado tiempo siendo dirigida por petimetres que pocas veces buscan más que su bienestar, desoyendo el clamor del pueblo; me gustaría ver que la tierra en la que nací empieza a cambiar. ¿He contestado a su pregunta?

Ania se puso en pie, empujó la mesa del ajedrez a un lado y asintió, disimulando que se sentía gratamente sorprendida.

—Ha sido un placer batirme con usted en el juego, marqués, pero ahora debo seguir atendiendo mi negocio. Si no le importa... —Señaló la puerta.

—¿No se olvida de algo, *madame*? —Ella parpadeó de seguido sin comprender—. Acordamos que, de acabar en tablas, cada uno de nosotros respondería a una pregunta. Usted, aún, no ha contestado a la mía.

Se envaró al darse cuenta de que Seymour llevaba razón. Habían hecho una apuesta y era de buena jugadora pagar la deuda, de modo que elevó el mentón mirándolo a los ojos.

—Sea. ¿Qué es lo que quiere saber de mí?

—Algo a lo que no me contestó en su momento: ¿hay un señor Markov?

Justin la vio tragar con dificultad, aunque, como era de esperar, no le rehuyó la mirada.

—Lo hubo. Se llamaba Maksim. Murió de fiebres a los tres meses de habernos casado.

Él cabeceó. No había notado congoja al hablar de él, de modo que asumió que o hacía tiempo de aquel fallecimiento, o no había estado enamorada. Y ella era una mujer hermosa y joven que, tarde o temprano, buscaría los brazos de otro hombre, si no los había encontrado ya. De ser que no, tenía el propósito de ofrecerle los suyos.

—Gracias por concederme este tiempo, señora. Buenas noches.

\*\*\*

Sin haber pegado un ojo, otra vez, había desestimado visitar a alguno de sus conocidos de antaño y se recluyó a leer en su gabinete con la única compañía de Bronco.

Se removió en el asiento sin acabar de encontrar una postura adecuada para disimular la reacción de su cuerpo al recuerdo de la noche en que jugó con Ania. Se levantó, volvió a llenarse la copa de brandy y se acercó a la ventana. Empezaba a oscurecer y las sombras se apoderaban con sigilo del jardín, donde ya destellaban las llamas de las farolas encendidas por alguien del servicio. Apoyó la frente en el frescor del cristal y suspiró.

Se preguntó si Ania estaría tan intranquila como él mismo. Y su mente voló, una vez más, al instante en el que ella, con una graciosa mueca de disgusto, había admitido que estaban en tablas.

Hubiera querido apostar con ella otra cosa, algo mucho más carnal, como un beso. Porque solo podía pensar en tener aquella boca pegada a la suya.

La voz de su mayordomo fue como un jarro de agua fría que le devolvió a la realidad y a su solitario despacho.

—El señor Cork está aquí, milord.

Arqueó una ceja, extrañado. No esperaba al detective en su casa tan pronto, pero le animó pensar que, si se presentaba allí y a aquellas horas, era que había descubierto algo interesante.

—Gracias, señor Duggan, hágalo pasar.

Cork ni siquiera saludó al entrar, se limitó a dejar un papel doblado sobre la mesa.

—Illusions[2]. La tienda pertenece a una dama francesa y se encuentra en el número 20 de Oxford Street. Por lo que he sabido la visita los primeros lunes de cada mes, es decir mañana, a eso de las seis de la tarde. Luego se pasa, indefectiblemente, por el 3 de Dean Street.

—¿Dónde queda eso?

—En East End.

—¿Es todo?

—Todo. Aparte del Hades y del club de esgrima femenino no hace otros movimientos.

—Espero que valga lo que le pago —asintió, sacando de un cajón la cantidad prometida para dejarla sobre la mesa.

—Mis informadores son los mejores, lo sabe. ¿Alguna cosa más?

—Nada. Gracias por su rapidez.

Cork cabeceó en señal de saludo, tomó el dinero, dio media vuelta y desapareció. Justin se apoderó entonces del papel y leyó las direcciones facilitadas. Oxford Street y luego una callejuela de los barrios bajos. ¿Qué conexión había entre un lugar y otro? ¿Tendría algo que ver con Tigre?

Se pasó la mano por el rostro y se dirigió a su cuarto, cruzándose con el mayordomo por el pasillo.

—¿Todo bien, milord?

—No sabría decirle.

—¿Saldrá esta noche, señor?

—No. Pida que me suban una bandeja con un poco de fruta a mi habitación, por favor, no me apetece cenar. Y que me traigan una botella de brandy.

—Ahora mismo, milord. Buenas noches.

—Buenas noches, Duggan.

## Capítulo 15

La dueña de Illusions, una mujer delgada que vestía con extrema elegancia, puso el dinero en manos de Ania. Hacía varios meses que existía un acuerdo entre ellas del que ambas salían beneficiadas.

—¿Sería posible recibir más mercancía dentro de quince días, señora Markova? Mis clientas están encantadas con el exquisito trabajo.

—Un trabajo demasiado arduo, *madame* Bernard: esas mujeres se dejan la espalda y la vista.

—*Je paie bien pour la marchandise.*<sup>[3]</sup>

—*En effect.*<sup>[4]</sup> No le digo que no, pero hace un buen negocio al vendérsela a sus clientas.

—De eso se trata.

Ania se la quedó mirando durante unos segundos, hasta convencerse de que la había puesto nerviosa. Las mujeres a las que ayudaba realizaban un trabajo excepcional, los encajes que llevaba una vez al mes eran auténticas maravillas. Se merecían más y estaba dispuesta a conseguirse.

—Usted y yo pertenecemos a la parte privilegiada de la sociedad. Pero esas mujeres y esas niñas que se dejan la salud en jornadas inacabables, apenas tienen para subsistir.

—Y ni usted ni yo podemos arreglar el mundo —rezongó, molesta.

—Arreglarlo del todo, no. Pero zurcirlo un poco, sí. Buscaré más encajeras y trataré de entregarle material dentro de quince días, pero deberá pagármelo a tres chelines más por pieza.

—*C'est un prix scandaleux!*

Ania guardó el dinero en su bolsito y se lo colgó del brazo.

—No es un precio escandaloso, es un precio justo, pero ya veo que a usted no le interesan esos encajes; tendré que buscar otra tienda. Que tenga una buena tarde, *madame*.

Antes de que hubiese llegado a la puerta la dueña de la tienda la detuvo tomándola del brazo.

—Un chelín más —ofertó.

—Dos y medio.

—¡Oh, está bien! Es usted una mujer muy dura, señora Markova. Me arruinaré por su culpa, seguro que lo haré. —Lloriqueó—. Dos chelines más por pieza y no se hable más.

Ania contuvo una carcajada porque no había pensado conseguir tal precio. Extendió la mano, que la otra estrechó con renuencia, y dijo:

—Trato hecho. La veré en quince días, *madame* Bernard.

Justin, desde el interior de su coche —aquella tarde había hecho preparar el que carecía del escudo del marquesado en la puerta—, la vio salir de la tienda y dirigirse hacia el carruaje que la

aguadaba y la había llevado hasta Oxford Street.

Pidió a su cochero que esperara y bajó, atravesó la calle, bastante animada a pesar de la hora dada la agradable temperatura. Sabía hacia dónde se dirigía Ania, de modo que perder un minuto o dos en averiguar qué había hecho en aquella tienda, no ocasionaría que se le esfumara su rastro.

Sorteó a damas acompañadas de sus doncellas cargadas de paquetes, a caballeros, a chicuelos que intentaban ganarse una moneda ofreciendo sus servicios para lo que fuera menester, y empujó la puerta de la tienda. Un tintineo de campanillas anunció su entrada y al segundo apareció una mujer, toda ella sonrisa y dientes.

—*Bonjour, monsieur.* ¿En qué puedo servirle?

\*\*\*

La calle, una de tantas en aquel barrio marginal donde la pobreza, el hacinamiento y la delincuencia lo hacían peligroso, estaba sucia y mal iluminada, puesto que algunas de las farolas de gas estaban destrozadas; o bien los chiquillos en sus juegos, o bien los delincuentes, para poder trapichear con mayor impunidad en las sombras, habían acabado con la mayoría. Sin embargo, había suficiente luz aún como para hacerse una idea del lugar que visitaba aquella tarde Ania Markova.

Desde el interior del carruaje, que mandó estacionar a una prudente distancia, echó un vistazo. Sentía una sensación de ahogo por el hecho de imaginarse a la dueña de Hades deambulando por aquellas zonas. A pesar de que se habían abierto varios comercios textiles, propiedad la mayoría de los inmigrantes llegados a Londres, y de que comenzaba a mostrarse cierto progreso, entrar en el East End era arriesgarse a verse mezclado en una reyerta o ser víctima de un atraco, si no algo peor.

Inspiró hondo, abrió la puerta y bajó del coche para dirigirse con paso firme hacia la casa. Era una construcción de una sola planta, de paredes desconchadas y tejado a punto de venirse abajo. Las ventanas, desprovistas de cristales, habían sido cubiertas con tela de saco. Dio un pequeño salto para esquivar los restos de algo que ni quiso saber qué era, se apostó junto a una de aquellas ventanas y aplicó el oído; otra de las cosas que se estaba convirtiendo también en una costumbre desde que conocía a la rusa, pensó con desagrado. Dentro, escuchó susurros y alguna risita infantil, lo que le tranquilizó en parte porque imaginó que no podía existir peligro en una casa donde había niños.

Con cuidado de no ser descubierto ahuecó la arpillera y atisbó el interior de la vivienda. Una única habitación en la que se habían colocado algunas lámparas de aceite en el suelo que provocaban un ambiente insano y denso. Alrededor, un corro de mujeres de edad indefinida y alguna chiquilla. Unas y otras cuchicheaban mientras no levantaban la vista de la labor que tenían entre las manos.

Ania conversaba a un lado del cuarto con una mujer de aspecto enfermizo que asentía con la cabeza a sus palabras. Puso un paquete en las manos de Ania y, a cambio, recibió otro más pequeño que examinó con interés. Una sonrisa hermoseó aquel rostro taciturno y agotado por la falta de sueño y las prolongadas jornadas de trabajo. Justin la vio tomar una de las manos de Ania y hacer intención de besársela, pero ella la retiró, negó con la cabeza, le dijo algo y la abrazó durante unos segundos antes de despedirse del resto y ser correspondida con un coro de

adioses.

## Capítulo 16

Justin se alejó hacia su carruaje antes de que ella abandonara la casa, subió a él y cerró de un portazo. Justo entonces, al fondo de la calle, vio acercarse dos sombras que, durante un instante, se confundieron con la penumbra de los portales. Algo le puso en guardia sin saber el motivo y palpó la pistola que ocultaba bajo la chaqueta. Por nada del mundo se le hubiera ocurrido adentrarse en aquella zona de la ciudad sin ir debidamente protegido.

La misma intranquilidad pareció atacar al perro flaco y de sucio pelaje que, agazapado en una de las esquinas, gruñó a los hombres que se aproximaban al tiempo que mostraba los colmillos.

Ania salió de la casa, los dos fulanos se aproximaron de inmediato a ella y Justin, desde su posición, apreció el brillo de las navajas en sus manos. Conteniendo una blasfemia empuñó la pistola y saltó del carruaje... a tiempo de ver a Ania, blandiendo una daga y en posición *en garde*[5], enfrentarse a los dos patibularios sujetos. A su vez, descubrió que el perro se acercaba al trío aumentando el sonido de sus gruñidos; sin más aviso, lo vio alzarse sobre sus patas traseras y lanzar una dentellada a uno de los malhechores, que respondió de inmediato con una blasfemia, asestándole una cuchillada que le arrancó un gemido, aunque no soltó su presa, a la que había agarrado por la manga de la chaqueta.

Los malhechores, al ver a Justin llegar armado de una pistola, se lo pensaron poco antes de olvidarse de la dama. El que se encontraba trabado por el animal le soltó una patada que lo lanzó lejos junto a un ladrido de dolor. Ese logró escapar, pero no así el segundo, más torpe, que fue atrapado por Justin y recibió un derechazo que lo estampó contra la pared.

—¿Se encuentra bien? —se interesó por ella.

—Perfectamente. ¿Se puede saber qué hace aquí, milord? —preguntó a su vez Ania, guardando la daga en la funda que colgaba de su cadera, y disimuló cubriéndola con el chal.

Justin, que mantenía a su contrincante agarrado por la pechera de la raída chaqueta, esbozó una sonrisa y regresó la pistola a la cinturilla del pantalón.

—No sé por qué imaginaba que una mujer como usted llevaría el puñal en una liga. ¡Quieto o te parto el cuello, desgraciado! —avisó al tipo que intentaba escapar—. ¿Qué pretendíais, robarle? —El tipo negó con la cabeza—. Entonces, ¿qué? Habla o mañana van a estar cavando una fosa y diciendo una oración por ti.

—Solo asustarla, señor —balbució el bribón, haciendo esfuerzos por aflojar la tenaza que lo ahogaba.

—Asustarla, ¿eh?

—Déjelo —pidió Ania posando una mano en su brazo—, no es más que un pobre diablo.

Justin frunció el ceño, pero liberó a su presa, que salió corriendo como si lo persiguiera Satanás.

—No sé si está loca o el loco soy yo por preocuparme de usted.

—Mi salud mental no es de su incumbencia, marqués. En cuanto a la suya, no me interesa en absoluto. Vuelvo a preguntarle: ¿qué hace aquí?

—¿Protegerla de unos facinerosos?

Ania no se reprimió en soltar una carcajada antes de darle la espalda y acercarse a su otro salvador que, gimiendo, trataba de lamerse la herida del costado. Se agachó para interesarse por el estado del perro al mismo tiempo que lo hacía también Seymour.

—Pobrecillo, es todo huesos y pulgas.

Justin examinó el corte producido por la navaja y acarició las orejas del can, un mestizo del que no podía jurar si el pelaje era canela, tan sucio estaba.

—La cuchillada no es grave, se curará en unos días.

—No podemos dejarlo aquí.

—Y no vamos a dejarlo —aseguró cargando con él en brazos—. Ánimo, compañero; te has ganado un buen baño y una buena cena por haber hecho de paladín de una dama en apuros. ¿Dejamos ya este barrio, madame?

Ania no tuvo reflejos para responderle en ese instante. Solo lo miraba. Jamás hubiese imaginado que el siempre pulcro marqués de Seymour se atreviera a poner su elegante ropa perdida por socorrer a un perro callejero. El animal miraba a Justin con adoración; ella carraspeó al darse cuenta de que estaba haciendo lo mismo.

—Cuídelo, por favor —pidió después de acariciar las orejas del can y dar media vuelta.

—No, *madame*. —Ella se volvió a mirarlo con el ceño fruncido—. Despida su coche, iremos en el mío y me explicará qué negocios se trae entre manos.

Las perfectas cejas oscuras de la rusa subieron casi hasta el inicio del cabello.

—¿Perdón?

—Que vamos a...

—Le he oído perfectamente. ¿Y hace un momento me ha llamado loca? Es usted el hombre más bromista que he conocido. Ni voy a subir a su carruaje ni voy a explicarle nada, no tengo por qué.

—Lo hará si no quiere que haga circular el rumor de que la dueña del club Hades trafica con la peor escoria del East End.

Ania se envaró. Sus ojos relampaguearon ante la directa amenaza y Justin pensó que incluso lo abofetearía. Se lo tendría merecido por su bravata, aunque no pensaba hacer nada semejante. La vio suspirar y acabar por encogerse de hombros.

—Hablemos pues, milord. No tengo nada que ocultar.

Ella esperó a que él subiera primero al carruaje e instalara al animal, que se hizo un ovillo y aceptó que lo cubriera con su propia chaqueta. En tanto dejaba a un lado el envoltorio con los encajes y ocupaba el asiento frente a él, le oyó dar la dirección del Hades y arrancaron.

Hablando en tono quedo con el perro, que acabó cerrando los ojos, era muy consciente de la proximidad masculina, porque verlo en camisa hizo que se le secara la garganta. El lino se pegaba a sus hombros, brazos y pecho, demostrando que tenía un cuerpo delgado pero fibroso, y se le aceleraron los latidos del corazón al imaginarse pasando sus manos por aquel trapecio perfecto que...

La repentina pregunta la hizo envararse.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

Ania suspiró, negándose a mirarlo mientras se alisaba la falda y ordenaba a su corazón volver a latir con normalidad. Una vez conseguido, elevó los ojos hacia él.

—Primero: hay que ser muy villano para amenazarme con difundir un bulo que me incrimine en algo ilegal. Segundo: no tendría que darle ni una sola explicación, no le debo nada y nada es mío, marqués. Pero todo sea por quitármelo de encima cuanto antes y que el animalillo sea atendido: hago de intermediaria entre esas mujeres y una tienda de Bond Street.

—He hablado con *madame* Bernard. —Ella esbozó una mueca de incredulidad—. Sin embargo, parece tenerle cierta estima y no ha querido soltar prenda.

—Así que me está espiando.

—No voy a negarlo.

—Su insolencia sobrepasa los límites. ¡¿Cómo se atreve?!

Seymour maldijo algo entre dientes y acarició la cabeza del perro para tranquilizarlo porque se había removido al escucharla gritar. Se recostó en el asiento y dejó que su mirada se perdiese en el ir y venir de las calles. Lo cierto es que ella tenía todo el derecho del mundo a mandarlo a tomar viento fresco, se estaba comportando como un estúpido y no tenía excusa alguna. Porque no se conocían lo suficiente como para decirle que le preocupaba su seguridad, sería lógico que malinterpretara su interés.

—Es usted una mujer desesperante, Ania Markova.

Ella lo observó durante un momento. Fruncía los labios en una mueca muy graciosa, como un niño al que le negaban un caramelo, y estuvo a punto de echarse a reír a pesar del enfado. Por otro lado, verlo tan cariñoso con el compañero peludo entibió sin quererlo su corazón; alguien que se preocupaba por un pobre chuchito vagabundo no podía ser mala persona. Nunca, salvo su padre cuando vivía, permitió que un hombre le pidiera cuentas, pero cada vez que miraba aquellas lagunas verdes que eran sus ojos su coraza se resquebrajaba un poco más. Acabó por asentir, decidida a finalizar aquella conversación absurda cuanto antes y alejarse de él, porque la perturbaba demasiado.

—Las mujeres a quienes he ido a visitar se dedican a confeccionar encajes. Un trabajo artesanal de calidad que les obliga a estar horas y horas dejándose la salud y la vista, y por el que les pagan una miseria que apenas les da para malvivir. Me entregan la mercancía y yo se la vendo consiguiendo mejores precios que los que obtendrían ellas; ni siquiera las dejarían entrar en una de las elegantes tiendas de Bond Street.

—¿Esos son encajes? —Señaló el paquete.

—Que venderé a *madame* Bernard, en efecto.

—Lo que hace es muy loable, pero no deja de ser una temeridad arriesgarse a venir sin escolta a esta zona. Tiene a dos hombres como montañas que trabajan para usted en el club, podría enviarles a ellos.

—Ambos tienen familia, nunca me perdonaría si les sucediera algún percance.

—Pero no le preocupa ser usted quien sufra un tropiezo, como acaba de suceder hace unos minutos. Me parece que no tiene idea de lo que podría haberle...

—¡Deje ya de reprocharme, milord! ¡Sé cuidarme sola!

—Su insolencia va de la mano con la mía, señora.

—Volvemos a estar en tablas.

—Volvemos. Y hablando de otra cosa: ¿hay alguien que tenga algo en su contra y haya enviado a esos dos sicarios para asustarla?

—Si así fuera, sería asunto mío y lo solventaría a mi manera, no sea cansino, lord Seymour. — Echó un vistazo fuera; acababan de llegar a la parte trasera del club, de modo que se hizo con el paquete y abrió la puerta—. Le agradezco el viaje. Si cuando se adecente pasa por el club, tendré mucho gusto en invitarle a una copa.

—Es Tigre, ¿verdad?

Ania parpadeó varias veces al escuchar la aseveración, con la mano quieta en el picaporte. ¿Cómo diablos sabía él que...?

—Se lo repetiré solo una vez más, lord Seymour: no se meta en mis asuntos —avisó saltando a la acera.

No pudo saber cómo, pero antes de poder alejarse Justin la tenía atrapada entre el vehículo y sus brazos. Las miradas de ambos mantuvieron una guerra silenciosa durante unos segundos.

—Me importa lo que pueda pasarte —confesó por fin, tuteándola—. Y si no fuera porque podría pegarte alguna pulga de nuestro querido amigo, te demostraría cuánto.

Al segundo siguiente los labios masculinos se apoderaron de los suyos en un beso tan breve que podría haberse tratado de una ilusión, y al que ella respondió sin pensarlo.

Viendo alejarse el coche, Ania tardó un momento en recuperarse de la sorpresa. De la doble sorpresa, en realidad, porque le conmocionaba por igual haber recibido el beso que haberlo devuelto. Buscó la llave y entró en el edificio.

Gabriela la esperaba al final de la escalera.

—¿Qué ha sido eso, Ania? Os he visto desde la ventana.

—Pues olvídale, tenemos un negocio que atender. Acompáñame al despacho.

Una vez en él guardó lo encajes, buscó una llave oculta tras un libro y procedió a introducirla en la disimulada cerradura del globo terráqueo, que se abrió con un chasquido. Eligió un par de documentos, se los tendió a Gabriela y cerró de nuevo el orbe de madera.

—Que se los reclamen mañana a nuestro «amigo».

—Si Záitsev sospechara que estás detrás de esto te mataría.

—Si lo intentara no vería el amanecer —aseguró con voz dura, dejándose caer en uno de los sillones—. Me estoy cansando de este juego, Gaby, quiero acabar con ese hombre cuanto antes, verlo en la cárcel por deudas o, puesta al caso, ahorcado por su propia mano al encontrarse sin salida.

—¿Acabar cuanto antes con él para comenzar una nueva vida?

A Ania se le escapó una carcajada ronca.

—Tengo la vida que me he creado, ni hay otra ni la quiero.

—Tal vez con lord Seymour... —insinuó. Pero una mirada fría selló sus labios.

—El marqués es solo un entretenimiento mientras llevo a cabo mi venganza, Gabriela. Tú misma me aconsejaste: «no cierres los ojos ante una aventura amorosa», dijiste. Y no pienso cerrarlos. Es un hombre muy atractivo y yo soy joven. Puede que consienta tener un ligero flirteo con él, pero te aseguro que lo haré a un lado cuando me convenga.

## Capítulo 17

—Dígame que la sangre de su camisa no es suya, milord —se alteró Duggan al abrirle la puerta.

Justin puso en manos de su mayordomo la chaqueta manchada, sonrió al ver que la agarraba con dos dedos como si pudiera contaminarle, y respondió mientras se dirigía con el perro hacia las cocinas. Bronco, que había salido a recibirle, emitió un ladrido y caracoleó a su lado, dispuesto a averiguar quién era el intruso al que su amo llevaba en brazos.

—No es mía. Llame al veterinario, haga el favor, este muchacho necesita que lo cosan.

Los criados dejaron lo que estaban haciendo al verlos entrar. Mirna Page puso el grito en el cielo al advertir que su señor iba en mangas de camisa, con una mancha de sangre en el finísimo lino, y un bicho que debía tener roña a espuestas. Pero, amante como era de los animales, se hizo cargo de inmediato de la situación: ordenó al personal que continuara con su trabajo y, moviéndose a una velocidad que parecía mentira dado su volumen, preparó una tina de madera en el patio trasero, quitando antes las sábanas que se oreaban para evitar mancharlas.

El callejero, como si se avergonzase de su lamentable aspecto, miraba con ojos tristes a Bronco, que arrugaba el morro al olisquearlo; no protestó mientras lo aseaban y lo secaban. La señora Page puso después ante él un cuenco de agua y otro con restos del estofado. A pesar de que se notaba que estaba famélico, el pobre animal miró primero a su congénere y empujó hacia él el cuenco de la carne con el hocico; Bronco emitió un gemido, retornándolo a su lugar. Solo entonces el recién llegado empezó a comer con ansia.

Viendo los ojos enaguados de la cocinera, que disimuló la emoción lo mejor que pudo porque debía mantener una pose firme ante los que estaban a su cargo, Justin supo que aquel perro no saldría más de Seymour House y aprovechó para adecentarse un poco y cambiarse de ropa, aunque regresó a los pocos minutos.

Una hora más tarde, después de que el veterinario hubiese curado y vendado el corte del costado que, en efecto, no revestía mayor peligro, el pobre animal se rindió al sueño en el improvisado cesto preparado entre el gabinete y la estufa. Bronco, que parecía comprender las vicisitudes por las que había pasado su compañero, dio varias vueltas sobre sí mismo hasta buscar postura y se quedó a velar su descanso.

—Dean y tú os llevaréis bien —le prodigó Justin una caricia antes de abandonar las cocinas seguido de su mayordomo y ayuda de cámara.

—¿Saldrá esta noche, milord?

—No, Duggan. Cenaré algo frugal en el despacho, tengo documentos que revisar.

—Si me permite el consejo, milord, debería abstenerse de entrar en las dependencias del servicio; a la señora Page no le hace gracia que revolucione a todo el personal con su presencia.

Seymour se limitó a mirarlo con una ceja arqueada, aunque entendía sus reticencias. Los amos en la zona de los amos, los criados en la de los criados; siempre le había parecido una estupidez arcaica, mucho más después de haber compartido con dos amigos una buhardilla cerca del Sena. En sus labios se formó una sonrisa de añoranza recordando aquellos momentos en los que solo había sido Justin Wallston.

—No me sean esnobs, Duggan —gruñó.

\*\*\*

La joven colocó una pieza más del rompecabezas en tanto la muchacha que la acompañaba buscaba alguna otra que encajara.

—Esa azul debe ir colocada aquí —indicó.

La vio suspirar, por completo descentrada, y echó el tablero a un lado. Le encantaba aquel entretenimiento inventado por el grabador y cartógrafo John Spilsbury hacía más de medio siglo; de hecho, estudió geografía con ellos. Su amiga, la que en ese momento tenía la mirada perdida, había encargado varios para ella, partiendo de óleos, con distintos temas.

—Algo te preocupa.

—No es nada. —Quiso sonreír pero solo le salió una mueca.

—Podría obligarte, lo sabes, soy tu soberana. —Alzó el mentón con gesto regio para después poner los ojos en blanco—. Si bien hace menos de un año que he heredado la responsabilidad de regir el Reino Unido, lo que no sé si sabré hacer. Con sinceridad, me da pánico la ceremonia de la coronación.

—¿Ya hay fecha?

—Me han... chivado que, a pesar de algunas objeciones, anunciarán en breve que será al final del período parlamentario. —Golpeó con el índice y el meñique la madera del brazo del sillón.

Entonces sí que la sonrisa de su amiga fue auténtica. Se quedó mirándola unos segundos y acabó por dejar que una carcajada flotara en la salita, a la que se unió Victoria.

—Eres única —aseguró mientras se limpiaba las lágrimas.

—Quiero saber lo que te tiene abstraída. —Tomó sus manos entre las suyas—. Nos conocemos desde niñas, Aurore, sabes que puedes confiar en mí y que te ayudaré en lo que pueda.

—El pueblo te quiere y vas a ser una gran reina, Vicky.

—Al menos lo intentaré. Pero no me cambies de conversación y cuéntame qué te tiene preocupada.

Hubo de esperar un momento demasiado largo antes de obtener respuesta.

—Me están...

Una discreta llamada a la puerta hizo que guardara silencio. Dio gracias al cielo por la interrupción, porque había estado a un paso de contarle a Victoria que la estaban chantajeando.

La baronesa Louise Lehzen entró en cuanto le dieron permiso; no disimuló el malestar que le causaba ver a la hija del conde de Bilbury allí. Se trataba de un fastidio mutuo; a la muchacha tampoco le agradaba aquella mujer severa que manipulaba desde el puesto oficioso de secretaria particular de la reina, ocupando las habitaciones adyacentes a ella.

—Alteza —saludó con una corta reverencia—. Lady Aurore.

—¿Qué sucede, baronesa?

—Vengo a recordaos que tenéis pendiente la firma de algunos documentos que han de entregarse mañana. Y lord Melbourne os espera en vuestro despacho.

—Había olvidado la cita, gracias por avisarme. Volveré lo antes posible, Aurore.

Se levantó con gesto serio y precedió a la baronesa camino del gabinete.

Apenas las vio desaparecer, su amiga tomó su bolsito y se escabulló de palacio; su soberana y amiga ya tenía suficientes quebraderos de cabeza como para darle uno más.

\*\*\*

Yerik pateó furioso la silla en la que había estado sentado, barriendo después cuanto objeto se encontraba sobre la mesa de su despacho. Arrugó entre sus dedos la nota recibida y maldijo en voz alta. Volvían a exigirle que hiciera efectivo el importe de dos pagarés. No eran cantidades demasiado onerosas, pero andaba escaso de recursos, como siempre. De poco había servido que interrogara con cajas destempladas al individuo que se presentó en su casa con la misiva, ya que no tenía ni la más mínima idea de qué ponía la carta ni quién era la persona que le encargó llevársela.

Paseó a un lado y otro del cuarto, con la rabia en aumento según pensaba en el nuevo revés. Apenas le quedaba dinero del último chantaje a la hija de lord Hunting, no podría hacer frente al pago de aquellas deudas salvo que vendiese otra de las escasas alhajas que le quedaban a su esposa, cuyo joyero había ido esquilmando. Aún tenía una gargantilla por la que el repulsivo prestamista le daría el montante de la presente deuda. Pero el cabrón que empezaba a asfixiarle no parecía tener intenciones de parar. Si no hubiese tenido algunas malas rachas por las que se vio forzado a firmar los pagarés...

Por suerte, podía apretar a aquel aristócrata al que había descubierto en una situación comprometida. Pero hasta sacarle más dinero, no le quedaba otro recurso que vender la gargantilla y dejar el importe exigido en el tugurio que le indicaba la nota.

—Me importaba un comino si a Irina le da un ataque de histeria —dijo en voz alta, subiendo las escaleras de dos en dos para hacerse con la joya.

Cuando sonaban las diez en el reloj que adornaba una de las chimeneas del salón principal de Hades, Yerik ya se encontraba enfrascado en una partida de cartas, convencido de que los dioses estaban de su parte aquella noche.

## Capítulo 18

Justin pidió carta y ella puso otra junto a sus dos naipes boca abajo, dos doses, el diez de corazones. El marqués tamborileó los dedos sobre la mesa y clavó sus ojos en el gesto impertérrito de su contrincante. ¿Sería su procedencia rusa la que la convertía en una mujer tan fría? Regresó la atención a las cartas: catorce puntos no era suficiente, debería arriesgarse.

—Una más. —El cinco de diamante le hizo relajarse. Diecinueve estaba muy bien—. Me planto.

Ania dio un traguito a su copa y acarició con la yema de un dedo la siguiente carta del taco. Llevaba de mano un cinco y un as, que habían determinado valdría un punto. Se sirvió pues mostrando otro diez, esta vez el de picas. Dieciséis en total. Volteó una más. Un cuatro.

—Me planto —dijo también mostrando su juego—. Veinte.

Justin ahogó una maldición, enseñó el suyo y se retrepó en el respaldo del asiento.

—Pregunte lo que quiera.

Ella se lo pensó durante un momento, en tanto recogía todas las cartas, las barajaba con dedos ágiles y dejaba de nuevo el taco listo para repartir. Cuando Seymour había propuesto jugar al blackjack aquella noche su primera intención había sido negarse. Pero la apuesta, igual que en la partida que jugasen al ajedrez, volvía a resultarle atrayente: el perdedor de la mano debería contestar una pregunta. Porque, a pesar de querer convencerse a sí misma que no se sentía interesada por saber cosas de él, lo estaba. Se arriesgaba a tener que ser ella la que respondiera, claro, pero merecía la pena; desde su encuentro en el East End una semana antes veía al arrogante marqués con otros ojos y, muy a su pesar, lo había echado terriblemente de menos durante aquellos días en los que no había ido por el club.

—¿Cómo se encuentra el perro?

—¿Es su pregunta?

—Por supuesto que no, milord. Es que no me ha dicho nada de él. De haber sido posible lo habría traído conmigo.

—Yo diría que a esa fiera que tiene por compañera no le habría hecho mucha gracia —bromeó echando una mirada a la gata, que les observaba con gesto aburrido desde la atalaya de una de las estanterías.

—Zoya no es muy sociable con los extraños. Sin embargo, a usted no le ha bufado, lo que representa un triunfo —siguió la chanza.

—Será porque intuye que le he tomado aprecio a la dueña.

—¿De veras, milord? —Como respuesta se encontró con los ojos verdes fijos en sus labios; se

le atoró el aire en los pulmones y hubo de carraspear para poder hablar de nuevo—. Y bien, ¿cómo está?

—Maravillosamente, como cada vez que me encuentro en su compañía.

—El perro, milord. —Sin querer esbozó una sonrisa divertida. Los comentarios guasones de Seymour cada vez eran mejor recibidos.

—¡Ah, eso! Dean..., le he puesto el nombre de la calle donde lo recogimos, se ha recuperado por completo y ha hecho buenas migas con Bronco, son inseparables. —La vio elevar las cejas en muda pregunta—. Bronco es mi perro.

—Me gustan los nombres.

Justin la observó mientras servía un poco más de champán en las copas. Cada movimiento de aquella mujer le parecía una danza; cada mirada, un pozo donde se perdería; cada caída de pestañas, la perdición de cualquier varón. Al conocerla había pretendido llevar a cabo una simple conquista, pero empezaba a darse cuenta de que sus prioridades habían cambiado. No solo le atraía su belleza y el misterio que parecía rodearla, sino que, a cada segundo que pasaba, admiraba más su inteligencia. Sobre todo a la hora de evadir una respuesta, como estaba haciendo en ese momento.

—Alargar su pregunta solo hará más dilatada la partida. Tarde o temprano me tocará el turno de interrogar y deberá contestarme.

Ania soltó el aire que había estado reteniendo bajo aquella atenta y sensual mirada. Dio un trago de la bebida y acató las reglas. Él llevaba razón: demorarse no le serviría de nada.

—¿Cómo fue su infancia, lord Seymour?

No supo el porqué de preguntar eso, pero se arrepintió de inmediato al ver que el gesto divertido de él cambiaba tornándose en otro adusto.

—Desconozco la suya, pero seguro que fue mucho mejor que la mía.

—Lamento que mi curiosidad le haya...

—No pasa nada —le restó importancia aunque tomó el taco de cartas y comenzó a barajarlo para ocultar el repentino temblor de sus manos—. Llevó mucho tiempo con esos recuerdos bajo llave, puede que sea el momento de dejarlos salir a la luz.

—No quisiera que...

—Mi infancia transcurrió en una casa donde, cuando estaba mi padre, no se podía escuchar el ruido de una mosca. Donde unos niños tenían que comportarse como estatuas de mármol ante el grandioso y solemne marqués de Seymour. Una casa donde nunca hubo amor porque se fue con la muerte de mi madre. De mi progenitor solo conocí órdenes, amenazas cuando algo de lo que hacía le desagradaba, castigos para que aprendiera a hacer las cosas como él quería. Nunca le importó un ápice lo que pensaba o deseaba, su prioridad era convertirme en un ser tan despreciable y frío como él, en el perfecto heredero del marquesado. Por fortuna solo yo fui el centro de sus «desvelos», a las trillizas ni las miraba.

Ania estiró el brazo por encima de la mesa y posó su mano sobre la de Justin. De inmediato él la atrapó entre sus dedos; necesitaba aferrarse a ella para revivir un pasado que dolía.

—¿Por eso se marchó a Francia? —Justin frunció el ceño—. Me lo comentó su hermana.

—Le amenacé con no regresar, pero casi nunca somos dueños de nuestro destino.

Ania estuvo de acuerdo, aunque no lo dijo. Ella mejor que nadie sabía que era así.

—Bueno, milord, a pesar de haber ganado, le concedo que haga también una pregunta. ¿Cuál es? —inquirió para alejarle de tan nefastos recuerdos.

Justin se rehízo, agradeciéndole con una cansada sonrisa que cambiara de tema.

—¿Le une algo a Záitsev?

En esa ocasión fue ella la que cambió el gesto y casi derramó el contenido de su copa. Sus rasgados ojos se achicaron al mirarlo. ¡Condenado fuese!, pensó. ¿Hasta dónde había hurgado en su vida? Empezaba a resultar peor que una pústula en el trasero. De todos modos, se veía obligada a responder y lo hizo en un tono tan bajo y sombrío que a Justin se le erizó el vello de la nuca:

—Záitsev es el hombre al que voy a hundir.

## Capítulo 19

Ambos habían olvidado el juego. Después de la respuesta de Ania no venía a cuento seguir con la estupidez de apostar, sobre todo cuando ella abandonó la mesa de forma abrupta, dominada por la rabia, y se acercó a los ventanales. Pero aquella ira de hacía un momento se tornó de repente en angustia y Justin vio que le temblaban los hombros bajo un llanto silencioso. Fue hacia ella y se quedó a su espalda, deseando abrazarla pero no atreviéndose a hacerlo. Condenado juego el que iniciasen, pensó, porque los dos habían abierto viejas heridas sin querer.

—Ania...

Su voz, tan cerca de ella, le provocó un estremecimiento y el deseo de abrirle su corazón. Estaba harta de callar lo que sentía. Harta de batallar sola contra sus fantasmas. Harta de hacerse la dura ante todos cuando, en las noches, temblaba de rabia añorando a su familia. Escuchar de nuevo su nombre en los labios masculinos acabó por hacerla ceder en su silencio.

—Ania...

—Mis padres murieron lejos de su amada tierra por culpa de ese malnacido —escuchó que decía entre sollozos que acabaron haciéndose desgarradores.

Entonces sí, Seymour le ofreció su pañuelo, la rodeó con sus brazos y la chistó para calmarla. Ella se relajó, se apoyó en el pecho masculino y se limpió las lágrimas y la nariz, estrujando después el lino en su mano.

—¿Quiere contármelo?

Asintió, sin fuerzas ya para oponerse a la agradable sensación de estar rodeada por aquellos brazos fuertes. Con la mirada perdida en la luz tintineante de las farolas de la calle, desierta a aquellas horas, dijo:

—Mi padre fue el barón de Otkim, consejero del emperador Alejandro I hasta su muerte, pasando a serlo después de su sobrino Nicolás. A pesar de odiar el liberalismo, y mi padre era liberal, elogió su trabajo y le admitió a su lado. Sin embargo, había quien deseaba su puesto, quitarlo del medio, nunca supimos quién fue; se valió de Záitsev, que fue la mano ejecutora, quien lo acusó.

—¿Por qué?

—Por dinero. La mayoría de las veces se traiciona por dinero, milord, igual da que sea Inglaterra que otro punto del mundo. El tintineo de las monedas hizo que incluso Judas vendiera al Maestro, ¿verdad?

—No puedo contradecirla.

—La amistad de mi padre con Mijaíl Pávlovich, un joven militar al que quería como un hijo,

les facilitó la llave para prenderlo. —A esas alturas ambos habían tomado asiento, uno frente a otro, y Ania hablaba con voz átona, como una sonámbula que se encontrara muy lejos de allí—. Pávlovich tomó parte en la revolución del 26 de diciembre de 1825, se le consideró traidor a Rusia y, por tanto, se acusó a mi padre de colaborar con los revolucionarios para derrocar al emperador. No tuvimos más opción que tomar lo que teníamos de valor y escapar. Mis padres murieron lejos de su amado San Petersburgo.

Su gata, adivinando tal vez su congoja, y cosa extraña en ella, se le acercó para restregarse contra sus piernas.

Justin se daba cuenta de que la presa construida por Ania Markova para retener sus emociones empezada a resquebrajarse, pero no quería presionarla para poder conocer más de su vida, de modo que solo empatizó con su angustia.

—Lamento que haya tenido que vivir unas experiencias tan aterradoras.

—Bueno, no todo fue malo antes de que mis padres fallecieran. —Se sobrepuso y hasta logró esbozar una triste sonrisa—. Con Misha, el primo de mi madre, aprendí a justipreciar lo importante para salir adelante. El valor, el esfuerzo y la decisión. Él me enseñó eso; en realidad me enseñó todo cuanto él sabía y fue el que me animó a venir a Londres.

—¿Murió también?

—No. De hecho, seguimos carteándonos.

—¿También le enseñó a jugar a las cartas? —quiso Justin quitar hierro a tan penosos recuerdos.

—A las cartas, sí. Al ajedrez, a montar a caballo, esgrima... —Fijó sus ojos en él y su expresión se endulzó al evocar momentos felices de aquel tiempo—. Incluso a ordeñar una vaca, aunque la primera vez que lo hice, Anastasia, que así se llamaba la muy ladina, me coceó y acabé rebozada en leche y estiércol.

El jocosos comentario, en medio de una narración repleta de dolor, relajó la tensión e hizo reír a ambos.

—Yo intenté torear a una cabra —le confió Justin. Aunque los ojos de ella seguían acuosos por las lágrimas, sus labios se estiraron en una sonrisa—. Había visto unas láminas de un español con un trapo rojo delante de un toro, así que tomé prestada una falda roja de mi madre y quise emularlo frente a una de las cabras de un vecino del pueblo.

—¿Y...? —quiso saber Ania al ver que callaba.

—Estuve sin poder sentarme una semana. La muy artera me atacó por detrás cuando huía. —La escuchó estallar en carcajadas—. Sí, lo sé, no es muy honroso.

Ania se levantó, algo más tranquila tras haber abierto un resquicio a las compuertas de su pasado, y se quedó mirando al único que hombre que, hasta ese momento, había conseguido que le contase parte de su vida. ¿Qué extraño embrujo tenía que no se había podido resistir a hacerlo? Apenas lo conocía y, sin saber la causa, confiaba en él; estaba segura de que, si se lo pedía, incluso la ayudaría a acabar con Yerik. Sin embargo, no quería involucrarlo ni compartir con nadie el placer de la venganza, era un plato que degustaría frío y a solas.

Al verle pasar un brazo por encima del respaldo del sillón, relajado, mientras no dejaba de mirarla, añoró la gratificante sensación de haber estado apoyada en su pecho hacía unos minutos, porque le hubiese gustado volver a ellos y probar esos labios carnosos que le sonreían. Empezaba a sentir algo por el marqués y no debía alimentarlo; aunque ella hubiera nacido hija de un barón, ya solo era la extranjera que regentaba una sala de juego, pertenecían a mundos distintos.

—Dejaremos el blackjack para otro momento, si no le importa, milord.

—Sus deseos son órdenes, Ania.

La dueña de Hades hubo de reprimir el deseo de acariciar aquel rostro varonil con el que había soñado unas cuantas noches.

—No sé por qué le he contado todo esto. Confío en que nuestra conversación quede entre nosotros.

—Guardaré sus secretos si usted promete no decir a nadie mis desavenencias con la cabra.

—Prometido. —Le ofreció la mano para sellar el acuerdo después de liberar la risa.

Justin no se la estrechó, sino que se la llevó a los labios haciendo que se estremeciera.

—Gracias por confiar en mí. En cuanto a su compatriota, no entiendo por qué le permite entrar en Hades.

—Aquí está en mi terreno, milord. Y aquí encontrará la perdición.

No quiso él entrar en más detalles, convencido de que una mujer como ella habría planeado bien su estrategia para conseguir su objetivo. Así y todo, ofreció:

—Cuenta conmigo para lo que necesite antes de dar un paso en falso.

—No será neces...

Guardó silencio al oír la llamada a puerta, dio permiso y entró Daphne, que anunció:

—Los marqueses de Sutton quieren saludarla, señora. Según le han asegurado a Jones, han sido invitados por lord Seymour.

Ella elevó las cejas y miró a Justin, que se encogió de hombros.

—Jasmine se resistía a visitar Hades de día, dijo que quería verlo en todo su apogeo, de modo que mi cuñado claudicó a traerla esta noche. No me extrañaría que incluso apostase a la ruleta.

—Bajemos pues, milord. No puedo defraudar a unos posibles socios de Hades, he de cuidar mi negocio.

El marqués le ofreció el brazo y, tras un titubeo, se tomó de él para descender la escalera. En tanto bajaban lo miró de reojo.

«Sí, sería muy fácil enamorarme de este insolente aristócrata».

## Capítulo 20

Jasmine no solo quiso apostar a la ruleta sino que, tras visitar cada dependencia atendiendo a las explicaciones de Ania y haciendo preguntas sobre dónde había adquirido algunas de las obras que adornaban los salones, se empeñó en hacerse socia junto a su esposo. Después, por petición explícita de Rowley, que aquella noche no tenía la suerte de cara, accedió a ser su pareja en el whist, en tanto la rusa formaba dúo en otra de las partidas con un comandante retirado que acudía con frecuencia al club.

Abandonados pues por las damas, Justin y su cuñado se retiraron a uno de los salones con la intención de tomar una copa y charlar un rato.

Lord Cotton escuchaba a alguien que le hablaba en tono bajo, de espaldas a la entrada. Nada más verlos, el joven conde se excusó con el sujeto, que no era otro que Záitsev, para ir a su encuentro. Por su gesto angustioso y su rostro demacrado Justin adivinó que con su aparición acababan de librarle de una situación nada agradable.

—Sutton, no sabía que fueses socio del club.

—Hace menos de cinco minutos.

—¿Puedo invitaros a una copa?

—Tomarla era nuestra intención —aseguró—, pero si estás ocupado...

—No. No, claro que no, el señor Záitsev y yo ya habíamos terminado, ¿no es cierto?

—En efecto, milord. Lo veré en la fiesta. Caballeros.

La sonrisa que les dedicó para despedirse fue tirante. Justin ni se molestó en corresponder al saludo. Después de saber cuál era su verdadero rostro, temió que su amigo hubiera caído en sus redes de un modo u otro.

—¿Te sucede algo, James? No tienes buen aspecto.

—Nada en absoluto, salvo que necesito beber algo. —Alzó una mano para llamar la atención de una de las muchachas, que se acercó presurosa—. Una botella de brandy, por favor.

Seymour arqueó una ceja. Lo más fuerte que le había visto tomar a Cotton era clarete. Supo que lo que fuera que había hablado con el ruso lo había desestabilizado, pero no quiso incomodar a su amigo y, en tanto les traían lo solicitado, condujo la conversación a las inversiones que había hecho en el ferrocarril. Animado por el interés demostrado también por Sutton, el joven se explayó y pareció olvidar a su anterior interlocutor.

Aunque simuló atender a las explicaciones del conde, la cabeza de Justin se encontraba en otro lugar. Desde su época de estudiantes conocía las inclinaciones sexuales de James, aunque las llevaba con discreción e incluso había tenido un par de amantes; no le extrañó, dado lo que sabía

ya de Záitsev, que lo hubiese averiguado de algún modo y le estuviera coaccionando. Apreciaba de veras a Cotton, de manera que tenía otro motivo más para aplastar a aquella cucaracha. Solo lo haría, eso sí, cuando Ania Markova decidiera que era el momento, pero mientras lo tendría vigilado. Con el pretexto de querer saludar a alguien conocido dejó la sala y se dirigió hacia el otro salón, donde se escuchaban risas masculinas y algún que otro «bravo». La causa: Ethan y su hermana estaban ganando a la pareja de juego habitual formada por el vizconde Merkel y el hierático mayor Woodward.

—Se lo advertí, mayor —oyó decir a Ethan—, es mi diosa de la fortuna.

—Caer en batalla ante una mujer tan hermosa como lady Sutton no es ninguna deshonra, muchacho.

La intención de Justin era unirse a la partida en la que tomase posición el ruso, acercarse a él todo lo posible, incluso trabar amistad por mucho que le repeliese, pero le vio recogiendo ya su sombrero y su bastón. Debería esperar a mejor ocasión. Lo que tenía claro es que no iba a perderlo de vista.

—Menos mal que su hermana apuesta contra otros clientes, milord —escuchó a su derecha, lo que hizo que se volviera hacia Ania—; de hacerlo en la ruleta, contra la banca, estaría mermando mis ganancias considerablemente.

—Los Wallston llevamos el juego en la sangre, *madame* Markova. ¿No le he contado que nuestro tatarabuelo fue pirata y ganó su fortuna en los peores garitos de Tortuga?

Ella tardó algunos segundos en darse cuenta de que bromeaba de nuevo.

—Ya me parecía haber notado cierto aire aventurero en usted, marqués.

—Lo malo es que la única empresa arriesgada en la que ahora me gustaría estar inmerso, no está a mi alcance.

Durante un momento se quedaron mirándose a los ojos. Justin no había podido ser más claro en sus intenciones; Ania notaba que le flaqueaban las rodillas de solo pensar en ser partícipe de esa aventura a la que él se refería. Porque el simple beso dado hacía días al despedirse de ella, si es que podía llamar así al leve roce de sus labios, seguía acelerándole el pulso.

—¿Se refiere a abordar alguna nave, milord? —preguntó con gesto inocente.

—No lo dude usted, señora mía. Abordaría la nave y saquearía hasta el último rincón de ella.

Ania notó que le faltaba el aliento y que sus mejillas se acaloraban.

—Ese tipo de andanzas puede acarrear peligros.

—¿Qué importa si, al final, el pirata consigue hacerse con el botín? —preguntó acercándose un poco más a ella, de modo que el suave perfume que llevaba lo envolvió.

Ania puso los ojos en blanco. Aunque resultaba alentador batallar dialécticamente con Seymour, y notaba un calorcillo agradable recorrer su espalda escuchando sus veladas insinuaciones, no pensaba caer en su juego. Siempre le gustó saber dónde se encontraba, tener los pies en el suelo y controlar la situación. Con él, sin embargo, tenía la sensación de navegar en un mar encrespado, si era válido el símil ya que hablaban de piratería. Por un segundo lamentó haberle contado cosas de su pasado en un momento de desconsuelo. Salvo a Gabriela, a ninguna otra persona le había abierto su corazón. Y a él no lo conocía lo suficiente. ¿Y si lo utilizaba para...? Desechó el pensamiento según llegó, lord Seymour podía ser inmodesto, arrogante y atrevido, pero estaba segura de que su bandera no era otra que la del honor.

—Tenga cuidado, milord, no sería el primer corsario que acaba ahorcado —bromeó—. Y ahora, si me disculpa, he de atender a los clientes. Disfrute de la velada.

Justin maldijo para sus adentros. Habían estado tan cercanos hacía unos minutos...

¿Ahorcado? Pensó que no le importaría «ahorcarse» junto a aquella mujer. Darse cuenta de ello lo aterró y, a la vez, le provocó una sensación de felicidad que no llegó a comprender. Echó un vistazo a la salita donde su cuñado y Cotton seguían hablando, luego la miró a ella con fijeza y preguntó:

—¿Qué tal otra partida de ajedrez?

—No más preguntas, milord.

—Estoy pensando en otro tipo de apuesta, *madame*. ¿Subimos?

A modo de respuesta ella se dirigió a las escaleras. Justin la siguió encantado al piso superior.

## Capítulo 21

—Bien —Ania permitió que él moviese la primera figura—, y ¿se puede saber qué nos jugamos esta vez, milord?

—Apuesta un beso, si te atreves.

Markova abrió los ojos como platos, la mano que sujetaba el peón negro quedó suspendida en el aire, asombrada tanto por el inesperado envite como por el espontáneo tuteo. No pudo negarse a sí misma que se sentía tentada a probar de verdad la boca que le lanzase el desafío. Porque era un desafío en todo el sentido de la palabra. El dilema consistía en que si se negaba quedaría ante él como una melindrosa, lo que no era, y si aceptaba, podía pensar que era una mujer con poca moral.

—Bueno, a fin de cuentas seguro que ya lo piensa —se contestó a sí misma en voz alta, al tiempo que dejaba la figura.

—¿Perdón?

—Que acepto su apuesta, milord, aunque es jugar con ventaja porque, gane o pierda la partida, usted obtendrá un beso —dijo, aunque se negó a tutearlo.

Justin sonrió y adelantó un peón.

—¿Acaso eres una de tus múltiples estatuas, Ania? —continuó tuteándola—. Si pierdes, me darás un beso; si soy yo el que caigo, te lo daré a ti. Pero sea cual sea el resultado, será boca contra boca y los dos disfrutaremos del momento.

En los labios de Ania se alojó una sonrisa tensa, fruto del repentino nerviosismo. Había estado casada, era una mujer de mundo, dirigía un local de juego... Sin embargo, imaginarse besando a Seymour la ponía nerviosa como una adolescente hasta el punto de mover la pieza equivocada y darle ventaja en el siguiente movimiento. Sí, no tenía duda alguna de que compartir un beso apasionado con el insolente y arrogante marqués inglés, podía ser una experiencia única.

Concentrados en la partida apenas se dieron cuenta de que pasaban los minutos. Ania, demasiado pendiente de la cercanía de Seymour, acabó viéndose obligada a tumbar su rey.

—Una partida bien jugada, milord.

—La apuesta merecía concentrarse al máximo —declaró él con una sonrisa—. ¿Una última copa de champán?

—Por favor.

«Necesito una botella entera, no una copa, por amor de Dios», barruntó para sí Ania. No se había centrado en el juego, aunque en su desquite debía reconocer que le resultó imposible porque las manos masculinas la distrajeran todo el tiempo. Nunca antes había cometido tantos

fallos, dejando más de una figura al alcance de su oponente. Y lo peor de todo no era su orgullo herido, sino que tendría que pagar la apuesta. Besarla. Ella. Debería hacerlo con frialdad, demostrarle que solo se trataba del pago de un desafío, pero ¿cómo demonios conseguirlo cuando de solo pensar en posar sus labios en aquella boca le temblaba todo el cuerpo?

Justin le entregó la copa, brindaron y ella se la bebió de un trago; tenía la garganta como lija y temía ponerse en pie porque las rodillas se habían vuelto de gelatina. Le vio dejar ambas copas sobre la mesa y volverse hacia ella. Sus ojos la acariciaron sin disimulo alguno y Ania volvió a preguntarse qué poder tenía aquel hombre para conseguir ponerla nerviosa con una simple mirada. Hasta conocerlo, nunca se había sentido intimidada por un varón.

«Y no voy a permitir que ninguno lo consiga, ni siquiera el cínico marqués de Seymour», se prometió. Se levantó, se puso ante él y posó la mano derecha en la nuca de Justin para atraerlo hacia ella.

Él se dejó hacer, los brazos caídos a los costados, orgulloso del triunfo y, aunque no quisiera reconocerlo, inquieto y excitado como un adolescente. Porque iba, por fin, a probar aquellos labios como deseaba.

Sin embargo, sus expectativas se velaron cuando la boca de Ania Markova se posó sobre la suya un instante, tan efímero que podía no haber existido, tan etéreo que podía haberse tratado de una ráfaga de aire. Tan indiferente que le hizo encajar las mandíbulas. Ella se apartó de inmediato y él recostó la cadera en el borde de la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Es así como besan las rusas?

Ania, que ya guardaba las figuras del ajedrez en la caja, se tensó. Pero no se atrevió a mirarlo.

—No se especificó cómo debería de ser el beso, milord. Y yo he pagado.

—¡Y un cuerno, señora mía!

Ella dio un respingo al escuchar la maldición. Lo miró con desagrado, cerró la caja y empujó la mesita a un lado para encararlo.

—Le pediría que no utilizase esas expresiones.

—Y yo que cumplas, Ania —la siguió tuteando adrede—. No apostaste un roce de buenas noches a un niño al que quieres enviar a la cama. Apostaste un beso de verdad.

—No voy a...

—¿Acaso no sabes hacerlo mejor? —pinchó él— ¿Nadie te ha enseñado cómo satisfacer a un hombre? Puedo ofrecerte de maestro.

El sarcasmo de Justin fue como un latigazo para su autoestima. Lo hubiera abofeteado con ganas. Lo maldijo mentalmente, irguió el mentón y se acercó de nuevo a él. Sus oscuros y rasgados ojos llameaban cuando los clavó en los verdes del marqués.

—Ni usted ni nadie va a enseñarme nada porque...

No la dejó terminar. El brazo izquierdo de Justin rodeó su talle para acercarla a él y los nudillos de la mano derecha acariciaron su mejilla. Le vio inspirar hasta donde le permitieron los pulmones antes de escucharle murmurar, con la mirada fija en su boca:

—Hueles como debe de oler el cielo. Ahora quiero comprobar si sabes al néctar de los dioses del Olimpo.

La yema del dedo pulgar se paseó por el labio inferior de Ania y ella lo miró, embargada por el repentino deseo de arrasar la boca masculina hasta saciarse, hasta demostrarle que sí sabía besar a un hombre. Hasta tenerlo rendido a sus pies.

—Déjame que cobre mi recompensa —rogó él, perdido en la profundidad de aquellos ojos insondables, al fondo de los cuales le pareció ver puntitos dorados—. Déjame, Ania. Déjame.

Fue ella quien se aupó sobre la punta de sus zapatos rojos ofreciéndole su boca. Al segundo, sintió la presión del brazo masculino abarcando su cintura con más fuerza. Sus pechos se aplastaron contra el duro tórax y él devoró sus labios como un sediento. Respondió a la caricia con toda su alma, privada ya de voluntad propia, anhelante y excitada. Sus lenguas se entrecruzaron, empujaron y retrocedieron en un juego erótico que les hizo a ambos perder la cordura. La boca de Justin sabía a champán, sus labios acariciaban los suyos, sus dientes los mordisquearon, tiraron con suavidad de ellos antes de soltarlos y volver a saquear el interior de su boca para llevarla a un mundo desconocido, al paraíso del placer.

Cuando quiso darse cuenta estaba sentada sobre la mesa del despacho, con las piernas abiertas, la falda subida hasta los muslos, y las manos de Justin ascendían por su piel provocándole mil escalofríos deliciosos. Ella quería que continuara, que la acariciase más íntimamente. Deseaba a Seymour como nunca antes había deseado a nadie.

Sin embargo, él se quedó de pronto quieto, con la respiración alterada, su frente apoyada en la de ella y los ojos cerrados con fuerza. Apartó sus manos, le bajó la falda y, tomándola por la cintura, volvió a dejarla en el suelo. Ella hubo de apoyarse en el borde de la mesa para no caer porque las rodillas se le doblaron.

Justin le dio la espalda. Le vio pasarse la mano por el cabello con gesto nervioso.

—Lo lamento.

—Yo no, milord.

Seymour se volvió a mirarla, asombrado por su respuesta. Era lo más hermoso que había visto nunca, con las mejillas arrojadas, los labios hinchados, los ojos brillantes. Hubo de contenerse para evitar tumbarla sobre la alfombra y acabar lo que habían empezado. Pero no era momento ni lugar.

—Ania, ¿vendría conmigo al baile de máscaras de lady Cotton? —Volvió al trato formal, puesto que ella no parecía querer tutearlo.

—No suelen invitarme ni frecuento ese tipo de eventos, marqués. —Se acercó a la ventana y la abrió para que la brisa nocturna refrescase el ardor que sentía—. Puede que aquí me codee con duques o condes, pero fuera de Hades digamos que soy... una paria para la sociedad. Para su sociedad.

—Quiero que sea mi pareja esa noche.

—Usted no lo entiende. —Lo miró de reojo—. Acabo de decirle que...

—Solo entiendo que me apetece que me acompañe. Quiero bailar con usted. Imagino que sabe bailar, ¿verdad?

—Imagina bien.

Bailar con él. Era una fantasía imaginarse a su lado en la pista. Dada la posición que mantuvieron en Rusia, sus padres le habían procurado una buena educación en la que, por supuesto, entraban las clases de baile. Recordaba con cariño las indicaciones de Gregory Borov, su profesor, preparándola para cuando hubiese de acudir a las fiestas en palacio. Pero aquello quedaba ya muy lejos, la huida a la que se vieron obligados truncó los sueños de aquella muchachita que fantaseó una vez con ser la pareja de danza de algún joven en los resplandecientes salones de la corte. Un ramalazo de rabia la invadió ante todo cuanto había perdido. ¿Por qué no?, se dijo. ¿Por qué no disfrutar de la velada que nunca pudo saborear?

—Nunca he acudido a una fiesta de gala, milord. No tuve oportunidad.

Justin frunció el ceño. Le resultó extraño en un primer momento, pero comprendió. Ella misma había dicho que hubieron de escapar y vivieron lejos de la corte.

—Entonces, hágalo ahora. Conmigo. O me aburriré tan soberanamente que es incluso posible que decida suicidarme.

La desmedida afirmación arrancó una carcajada a Ania, que acabó asintiendo.

—No me gustaría ser la causante de dejar a Inglaterra sin uno de sus pares, milord. De acuerdo, iré, pero luego no se queje de que sus iguales le critiquen.

—Mis iguales, como usted dice, me envidiarán —aseguró arropándola con una mirada tan penetrante que a ella volvió a acelerársele el corazón—. La recogeré el sábado a las ocho. Y prometo comportarme como un caballero, no volviendo a besarla.

Ania cabeceó y dejó que se marchara. Hubiera querido decirle que era ella la que no deseaba comportarse como una dama, que quería besarlo hasta el agotamiento, que...

Nada más cerrar Justin la puerta tras él, se acercó al aparador donde tenía las bebidas y se sirvió un dedo de brandy, que apuró de un trago. Respiró hondo después para tranquilizarse.

Gabriela dio dos toques en la puerta y entró al obtener permiso. De inmediato se dio cuenta de que algo le sucedía a su amiga.

—¿Qué te pasa?

—Que me he vuelto loca y he aceptado ir con lord Seymour a una fiesta, eso pasa —gimió, dejándose caer en uno de los sillones.

—Seymour, ¿eh? —Sonrió la portuguesa—. Bueno, ya iba siendo hora de que un hombre te alterase las plumas.

—¡¡Gaby!!

## Capítulo 22

Ania estaba asustada. Hacía años que había relegado su miedo trocándolo por la furia y la sed de venganza. Furia contra Dios por haberle arrebatado a su hermana y a sus padres; sed de venganza contra su mano ejecutora. Sí, hacía mucho tiempo que no sentía miedo y, sin embargo, aquella tarde era incapaz de luchar contra él. Le temblaban las rodillas y el nudo que tenía en el estómago se acrecentaba según se acercaba la hora.

«¿Por qué demonios tuve que acceder a la petición de Seymour?», se recriminó.

Permitió que Miriam Weston terminase de colocar las horquillas de plata con zafiros que sujetaban el sencillo recogido. Habían pertenecido a su madre, un regalo de su padre por su décimo aniversario de boda, y era de las pocas joyas que no vendió al llegar a Inglaterra. El vestido, de un color azul medianoche, dejaba sus hombros casi al descubierto, elevaba sus pechos y las mangas caídas llegaban cerca del codo.

Su empleada le entregó los guantes y retrocedió un par de pasos para mirarla mientras se los ponía. Acto seguido le pasó el antifaz de encaje negro que simulaba las alas de una mariposa.

—Gracias, Miriam.

—Va a causar sensación —alabó la otra antes de salir.

Gabriela le acercó el pequeño bolso que ella colgó de su muñeca izquierda. Luego le entregó un abanico blanco del que colgaba un diminuto lapicero.

—No hace tanto calor como para...

—Las damas lo llevan, y si lord Seymour es la mitad de hombre que me imagino, vas a necesitarlo.

—¡Gabriela Ruivo!

—Además, es tu carnet de baile —explicó, abriéndolo para mostrarle dónde deberían apuntar sus nombres los caballeros—. Haz buen uso de él, me ha costado una pequeña fortuna.

—Gracias, es precioso. Pero no deberías haber gastado tu dinero, dudo que pidan muchos bailes a una desconocida.

—Hasta que llegue la hora de quitarse la máscara todos seréis desconocidos, Ania. Trata de relajarte, ¿quieres? Más parece que vayas a asistir a un velatorio.

—Es que estoy nerviosa.

—¿La dueña del club más famoso de Londres al que todos llaman la antesala del infierno, asustada? No me hagas reír.

—No te burles, es mi primera fiesta.

—Por eso debes disfrutarla. Prométeme que lo harás y que bailarás hasta que te duelan los

pies.

Ania se abrazó a su amiga con los ojos acuosos por las lágrimas.

—Hubiera dado media vida por estar acompañada de Olena —gimió.

—Desde donde esté, ella querrá que seas feliz esta noche, no nos decepciones a ninguna de las dos.

—Lord Seymour espera abajo, señora —les interrumpió Lizzy.

—Ve. —Gabriela le dio un pequeño empujoncito tras ponerle sobre los hombros un ligero chal. Cuando la vio salir se acercó a una de las ventanas, ahuecó la cortina y oteó la calle. Un carruaje oscuro en cuya puerta destacaba un escudo de nobleza, tirado por cuatro caballos negros como la noche, aguardaba en la parte trasera del edificio. El marqués se paseaba por la acera mientras esperaba. Salió Ania, él extendió su mano para ayudarla a subir y el coche se perdió segundos después calle arriba.

—Vive, amiga mía, te lo mereces —musitó antes de dejar caer la cortina y dirigirse al piso inferior; esa noche se haría ella cargo del local.

\*\*\*

Olga Záitseva estaba ilusionada porque, a pesar de lucir un vestido arreglado y algo pasado de moda de un descolorido azul, se sentía como la princesa de un cuento y era la primera vez que iba a asistir a una velada como aquella. Alejó de sí el amargo descubrimiento que hiciese días antes escuchando a su padre gritar que no era su hija. Había llorado hasta el agotamiento mientras se preguntaba por qué se lo habían ocultado, quiénes habrían sido sus verdaderos padres, si Yerik la habría sacado de un orfanato, por qué la abandonaron. De vez en cuando llegaban a su cabeza fogonazos de una voz melodiosa, risas y juegos que le parecían pertenecer a otra persona, pero jamás le había dado mayor importancia. Entendía ya que aquel hombre al que había intentado siempre arrancar una muestra de cariño sin conseguirlo, la detestaba. Pero aquella noche no quería pensar en ello. No quería pensar en él, solo en su madre que, aunque no fuese la biológica, la había cuidado y amado siempre. Esa noche le bastaba ver la sonrisa de Irina cada vez que la miraba, pendiente en todo momento de ella, colocándole el peinado, alisando su falda y dándole los últimos consejos para que supiera cómo comportarse en el baile. La veía dichosa, y que su esposo no les hubiese dirigido la palabra a ninguna de las dos desde que tomaron el coche alquilado, no había mermado su alegría. Se prometió, pues, ajustándose el antifaz azul con piedrecitas blancas, disfrutar de la noche por ella.

\*\*\*

Yerik, a pesar de su gesto adusto, ya que hubiera preferido ir solo a la fiesta, resolver el asunto que tenía entre manos con el joven lord y marcharse lo antes posible, estaba pletórico. Había conseguido más de lo previsto por la gargantilla de su esposa y, a pesar de haber tenido que entregar casi todo el dinero a cambio de los pagarés, iba a resarcirse aquella misma noche. Descubrir a James Burton en una situación hartamente comprometida con otro muchacho le iba a proporcionar una nueva fuente de ingresos. No tenía, como en el caso de lady Aurore, ningún documento con que llevar a cabo el chantaje, pero el posible escándalo si se expandía la voz

entre la aristocracia, era más que suficiente para tener al muchacho en sus manos.

\*\*\*

Justin la observó fascinado. Ya había comprobado que Ania Markova era una mujer hermosa, pero esa noche, cuando fue a recogerla, lo dejó sin palabras. Ni la más rutilante estrella del firmamento podía brillar como ella. Su cabello parecía más negro, el vestido destacaba su esbelta figura, sus oscuros ojos tras el antifaz de encaje eran dos pozos sin fondo en los que se encontró absorbido sin remedio. La deseaba de tal modo que no podía pensar más que en volver a posar su boca sobre la de ella y envolverla en sus brazos. Quería tenerla en su cama y en su vida. Se daba cuenta de que, desde que la conociera, había emprendido un camino de difícil retorno que, a cada minuto, le acercaba más a ella. Le daba miedo, pero le era imposible no seguir caminando tras la estela de aquella hechicera mujer.

En los alrededores de la mansión se encontraban unos cuantos carruajes, las luces estaban encendidas y en el camino que serpenteaba en el jardín frontal se habían colocado lámparas que asemejaban luciérnagas en medio de la oscuridad. Un par de criados vestidos de librea se encargaban de atender a los que iban llegando y se escuchaba la música.

Ania agradeció llegar a la fiesta cuando ya había un buen número de invitados, creyendo que pasaría desapercibida entre tanta máscara. Las había de todo tipo: sencillas, trabajadas, de animales, incluso terroríficas... No contaba con que su presencia iba a levantar tanta expectación y notó, incómoda, que unas cuantas cabezas de los que aguardaban en la fila para saludar a la anfitriona, se volvían a mirarlos. Dio gracias al cielo por poder ocultar su rostro y prestó atención a cuanto la rodeaba una vez entraron en el salón. Conocedora de las normas y estando en primavera, la dueña de la mansión había hecho que lo adornaran recordando la campiña; había arreglos florales en todos los rincones y ornamentos en amarillo, verde y violeta.

La fila avanzó, se encontró a poca distancia de lady Cotton que, a cara descubierta y acompañada de su heredero, iba recibiendo a los asistentes, y se envaró.

—Relájese —oyó que le susurraba él, poniendo su mano sobre la que ella tenía en su brazo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —aseguró en el mismo tono de voz.

—Solo agradezca a la dama estar aquí, ni se le ocurra felicitarla por su cumpleaños o es capaz de mandar echarnos a patadas, odia hacerse vieja.

—¿Y sin embargo, organiza una fiesta?

—Querida, se trata de demostrar su posición social y aprovechar para redecorar el salón; eso sí que le gusta.

Disimuló Ania una risa histérica, fruto del nerviosismo y de haberse escuchado decir «querida». Mordiéndose un carrillo, hizo lo que él le había indicado y un minuto después estaban mezclándose entre los demás. No por eso dejó de sentirse intranquila.

—No debería estar aquí.

—Recuerde que me está salvando la vida. Vamos, respire hondo, si es que ese vestido se lo permite —dijo, clavando su mirada en el amplio escote que le dejaba admirar el inicio de un valle secreto y se prometió saborear algún día—, eche mano del valor. Es la dueña de Hades, por amor de Dios.

—Le aseguro que ahora mismo no sé qué es eso de tener valor, estoy temiendo que alguien me reconozca.

Justin ajustó sus manos a sus muñecas sujetándola con ternura, le sonrió para darle confianza y ella se perdió en el brillo de aquellos ojos verde musgo tras el simple antifaz de seda negra.

—¿Y qué? La puritana alta sociedad se alimenta de escándalos, señora mía. Además, solo la han visto vestida de rojo infierno, Ania. Y hoy va envuelta en metros de tela azul que recuerda un cielo estrellado, es como un sueño. Usted permita que los caballeros anoten su número en el carnet y baile.

—¿Número?

Él tomó entonces el abanico, lo desplegó y anotó el suyo en un par de piezas, la de inicio, que sería un vals según le dijese Cotton, y un vals posterior cerca de la media noche. Si por él hubiese sido se habría adjudicado todos y cada uno de los bailes, porque el hecho de tener que soportar verla en brazos de otros hombres lo encolerizaba.

Mientras lo hacía, Ania se dijo que él también estaba espléndido con aquellos pantalones oscuros, la camisa blanca, casaca burdeos con hilos plateados y el pañuelo debidamente anudado al cuello. Era la elegancia personificada. Un hombre capaz de hacer latir hasta un corazón congelado. Un caballero al que...

—Lady Cotton ha pretendido mantener el misterio de quién es quién hasta que suenen las doce —oyó que le explicaba él, sacándola de sus ensoñaciones—. No se ha fijado, pero según íbamos entrando, un lacayo nos ha entregado una tarjeta con un número. Como ve, el mío es el 45. Por otro lado, ¿le importaría demasiado dar un escándalo?

—A mí no me afectaría uno, marqués, en todo caso sería una publicidad gratuita para mi club. Pero ¿y a usted?

—Sería capaz de besarla aquí mismo, delante de todos, Ania —declaró con gravedad; los ojos verdes tras la máscara negra relucieron—. O de hacerle el amor. Hasta ese punto me importa lo que diga el resto del mundo.

—¿Porque un noble de su categoría puede hacer lo que le venga en gana? —preguntó con una sonrisa sesgada para disimular el nerviosismo que le produjo su insolente declaración.

—Porque estoy cansado de ceñirme a las normas que dictan los demás. ¡Y porque pensar en besarla de nuevo y tenerla entre mis brazos hace que me hierva la sangre!

Ella notaba el corazón golpeando contra las costillas. Le veía muy capaz de hacer lo que decía. Si con solo tocarla en las muñecas por encima de los guantes había conseguido alterarla, no se imaginaba lo que iba a ser bailar con él. Besarla otra vez, prefería ni pensarlo. Yacer a su lado, ambos desnudos, era una fantasía que la excitaba hasta límites insospechados, pero que debía borrar de su mente. Gabriela no se confundía, iba a tener que usar el abanico y no solo para anotar los números de quienes le pidieran una pieza.

No se reconocía, se estaba comportando como una pusilánime cuando siempre había sabido enfrentar las situaciones comprometidas. ¡Pero es que Seymour parecía no tener escrúpulos morales!!

Inspiró todo lo hondo que le permitió el ajustado corsé y, escuchando sonar los primeros compases de la pieza que abría el baile, dijo:

—Empecemos, pues, a provocar, señoría.

Justin se echó a reír, lo que atrajo de nuevo las miradas hacia ellos.

## Capítulo 23

—Estoy deseando que llegue la hora de quitarse la máscara para conocer a la acompañante de Justin —dijo Jade tras dar un sorbito a su ponche.

—Yo estoy intrigadísima —afirmó Jessa abanicándose con brío.

—Ya os enteraréis.

Las otras dos centraron su atención en Jasmine, que degustaba un pastelillo de limón, segura de que la misteriosa dama que acompañaba a su hermano no era otra que su profesora de esgrima. Era imposible ver su expresión detrás de la máscara veneciana que le cubría el rostro, pero no engañó a sus hermanas.

—Sabes quién es —aseveró Jessa.

—Vaya si lo sabes —avaló la otra.

—Es posible.

—¡Oh, Jasmine! Deja de hacerte la interesante y dinos su nombre. ¿La conocemos? Nuestro hermano no se separa de esa mujer.

—¡Y parecía querer comérsela mientras bailaban! Todo el mundo lo ha visto.

—Me temo que vais a tener que soportar la intriga un poco más, preciosas, porque tengo comprometido este baile.

Dejándolas con la palabra en la boca, aceptó el brazo del caballero al que correspondía aquella pieza según su carnet de baile y se alejó hacia la pista.

En el otro extremo de la alargada mesa, donde un sinfín de canapés hacían las delicias de muchos y tres camareros servían las bebidas, Olga Záitseva apuró lo que quedaba de su refresco.

—Necesitaría salir un momento al jardín, madre, aquí hace demasiado calor.

—Y tú no has dejado de bailar, por fortuna, desde que hemos llegado, cariño.

Irina, radiante por el éxito de su pequeña, volvió a echar un vistazo al salón por ver si localizaba a su esposo. No había indicios de él, con seguridad se habría marchado dejándolas solas. Después de la agria discusión que habían tenido en la galería, por fortuna lejos de oídos indiscretos, cuando él intentó que dieran el evento por terminado apenas una hora después de llegar, prefería que se hubiera esfumado, ya encontrarían modo de regresar a casa.

—¿Salimos, madre?

—Sí. Sí, tesoro, vayamos a dar una vuelta ahora que los músicos se toman un descanso.

Ania, por su parte, agradeció con una inclinación de cabeza al caballero con el que acababa de compartir una pieza y se acercó para tomar un refrigerio. Estaba acalorada, empezaban a molestarle los zapatos de tacón y había mirado al menos veinte veces la hora en el reloj de

carrillón colocado en una de las esquinas del salón. Quedaba menos de media hora para que dieran las doce de la noche y todos hubieran de quitarse las máscaras. Debía marcharse antes. Estiró el cuello para localizar a Seymour, que se había excusado un momento cuando a ella le solicitaron el último baile. Lo vio al otro lado del salón, hablando en voz baja con el conde de Cotton, que se había puesto la máscara pero era fácil de identificar por su casaca verde con hilos dorados. Como si intuyera que ella lo buscaba, Justin volvió la cabeza, dijo algo a su acompañante y, con pasos ágiles y elegantes, atravesó la estancia.

—¿Lo está pasando bien?

—Mucho. Pero queda poco para que deba marcharme. Antes de que den las doce y deba quitarme el antifaz.

—¡Oh, vamos!

—Antes de que den las doce —repitió.

—Entonces deberemos montar el escándalo prometido antes.

—Ni se le ocurra pensarlo —advirtió, pero sonrió.

—Cambie de idea, por favor.

Ella le sonrió. Haber estado entre sus brazos durante el primer vals había sido maravilloso. Aún le hormigueaba el cuerpo recordando el tacto de su mano en la cintura, la fuerza de sus dedos sujetando los suyos, el agradable perfume a bergamota con un toque cítrico. Y su mirada. Su mirada fija en ella en tanto la hacía girar, girar y girar por la pista provocándole la sensación de que sus pies no tocaban el suelo. Era imposible no irse enamorando de él poco a poco.

—Hace calor. —Se abanicó para escapar de aquellos ojos que la abrumaban.

—Demos un paseo por el jardín.

—¿Sin carabina, con un pirata de su condición? —bromeó.

—Le aseguro que no soy tan temible como Barbanegra. Además, no he visto en el salón ni a su madrastra ni a sus hermanastras, señorita Cenicienta, de modo que tendrá que arriesgarse a pasear sola conmigo.

Ania estuvo a punto de echarse a reír.

—De acuerdo, me aventuraré, pero solo porque desde aquí el jardín parece precioso.

—Lo es, lady Cotton cuida sus flores en persona. Aunque no es tan hermoso como el de Seymour House.

—Insolente, descarado, pirata y, para rematar, inmodesto.

—Si dijera que estoy con la mujer más hermosa de la fiesta no sería inmodestia, sino realidad. Y la realidad es, también, que mis jardines son especiales. Espero que un día de estos acepte mi invitación para tomar el té, así podrá comprobarlo. No, no, no —alzó las manos antes de que ella protestara—, invitaré también a las trillizas para que se sienta segura. Ellas serían capaces de hacerme caminar por la plancha si me comporto como un villano.

A ella se le escapó al fin una risa.

—No tiene usted remedio —suspiró, aceptando su brazo para salir al jardín, donde algunas parejas iban y venían buscando un recoveco para perderse y, tal vez, compartir un par de caricias.

Enseguida se dio cuenta de que él conocía la propiedad porque, dejando atrás las amplias veredas por las que paseaban algunos invitados, la fue adentrando en senderos más estrechos flanqueados por cuidados aligustres, donde la luz se atenuaba. El profundo aroma a jazmín hizo que cerrara los ojos y aspirara con fuerza. Cuando Seymour se paró estaban en una pequeña plazoleta en medio de la cual se erigía un pequeño templete de columnas corintias. A derecha e izquierda del mismo, estatuas de mármol gemelas: dos mujeres vestidas con túnicas griegas

sujetaban sendas vasijas de las que surgían chorros de agua que caían en los pilones.

—Es precioso.

—Me da la impresión de que los pies la están matando.

—No se confunde —dijo agachándose para masajearse el empeine de uno.

—Sentémonos. —Indicó el banco que había en el interior del templete, deseoso de tenerla más cerca.

Antes de poder dar un paso escucharon una exclamación seguida de un gemido, que les hizo volverse sobresaltados.

Olga estaba disfrutando de la tranquilidad del jardín, del olor de las flores y de la maravillosa visión de miríadas de estrellas que cubrían el firmamento. Tan ensimismada iba que no se percató de un canto desprendido de los que delimitaban el caminito, lo pisó, se le dobló el tobillo y cayó de rodillas.

Ania y Justin se aproximaron de inmediato para atender a la joven que, con lágrimas en los ojos, intentaba ponerse en pie ayudada por otra dama de mayor edad.

—Olga, cariño, ¿qué te ha pasado?

—¿Se encuentra bien, señorita? —se interesó Seymour.

—No ha sido nada, gracias —repuso ella aceptando la mano que le tendía—. Soy un poco torpe y no he visto la piedra.

—Vamos, venga hasta el banco, allí hay más luz y podrá descansar un momento, seguro que se le pasa enseguida —propuso Ania.

—Son ustedes muy amables —intervino la mujer mayor, pendiente de su hija, que dio un paso y dejó escapar otro gemido.

Justin, viendo las dificultades de la muchacha para caminar miró a su madre.

—Si me permite, *madame*... —Ella asintió y él tomó a la joven en brazos para llevarla hasta el banco. Olga lo miró arrobada y le sonrió como si fuese un príncipe encantado. Y a Ania, aquella sonrisa le hizo que el corazón le diera un vuelco doloroso—. Hay que ver ese tobillo, una torcedura puede traer consecuencias desastrosas.

—De eso ya me encargo yo, marqués, gracias —intervino ella, haciéndole una discreta señal.

Justin, comprendiendo que era lo correcto, se alejó unos pasos del templete dejándolas intimidad; por nada del mundo quería avergonzar a la joven viendo cómo le quitaban el zapato y la media. En tanto aguardaba, volvió a pensar en las palabras que había intercambiado con Cotton; su amigo había terminado por confesarle que estaba siendo víctima de Yerik Záitsev, aunque solo le contó por encima las circunstancias por las que se encontraba atrapado en sus garras; somera explicación que a él le resultó más que suficiente, conociendo sus gustos.

Un lamento hizo que se volviera hacia las mujeres. Sin pensar en la etiqueta se acercó a ellas y la más joven bajó de un manotazo su falda. Justin ni siquiera se fijó en ella porque la extrema palidez del rostro de Ania lo asustó de veras.

—¿Qué sucede?

Las otras dos la miraban sin entender qué era lo que había pasado. En un segundo examinaba el tobillo lastimado y al siguiente se le demudaba el rostro y se apartaba de ellas como si acabara de encontrarse con un fantasma.

—Nada —contestó. La vio erguirse y hasta esbozar una torcida sonrisa, aunque no volvía el color a sus mejillas—. No pasa nada, milord. Descanse unos minutos, señorita, la torcedura no es importante, aunque es conveniente que se ponga paños fríos en cuanto le sea posible.

Justin hubo de ofrecerle su brazo porque temió que cayera redonda. ¿Qué se le estaba

escapando?

—¿Puedo saber su nombre? —oyó que preguntaba a la muchacha, en tanto se aferraba a él.

—Olga, milady. Ella es mi madre, Irina Záitseva.

Justin encajó las mandíbulas al escuchar el apellido.

—Y su edad...

—Cumpliré los dieciocho a no mucho tardar.

—¿Por qué tantas preguntas, señora...? —intervino su madre, extrañada.

—Markova. Sí, soy rusa —señaló ante el fruncimiento de ceño—. Y es posible que pueda tener información relevante para el futuro de su hija.

—Nosotras no la conocemos, no la hemos visto nunca.

—Le repito, señora, es importante que hablemos. Por favor —pidió con voz rota.

—Pues... Yo... No sé si mi esposo... No le gustan las visitas.

—A Yerik Záitsev no le gusta nada —secundó la joven.

Justin creyó percibir, por el tono empleado, un profundo desprecio hacia el sujeto.

Ania estaba mareada, el suelo parecía estar hundiéndose bajo sus pies, era incapaz de asimilar lo que acababa de descubrir. Cuando creía tener su mundo controlado este se había dado la vuelta por completo, primero conociendo a Seymour y enamorándose de él, porque se estaba enamorando y no podía negarlo; luego, siendo víctima de una sangrante duda sobre aquella muchacha. Tenía que comprobar si no se trataba de un error.

Justin, sintiéndola flaquear, la pegó a su costado y se presentó:

—Soy el marqués de Seymour. Creo que lo mejor para aclararlo todo es que me honren tomando el té en mi casa mañana. Si está usted de acuerdo, señora Záitseva, un carruaje las recogerá a las cuatro de la tarde en la puerta principal de Hyde Park.

La rusa asintió, bastante confusa. Cuando segundos después se encontró a solas con su hija en el templete, se dio cuenta de que ni siquiera habían visto los rostros a aquella elegante pareja.

—¿De verdad tomaremos el té con ellos, madre?

Irina se encogió de hombros y se dejó caer en el banco.

—¿Tú sabes cómo se hace para despreciar la invitación de un marqués, cariño?

## Capítulo 24

Ania no había puesto impedimento alguno a que la reunión se llevase a cabo en casa de Seymour, más aún, le agradecía la deferencia de haberse ofrecido porque no vio adecuado citarlas en la suya, aunque no se avergonzaba de su vida.

Cuando la había sacado de la fiesta, pálida como un cadáver, con las piernas temblando y el corazón latiendo con tanta fuerza que le retumbaba en la cabeza, le había pedido que no la llevara al club. De repente, sintió la necesidad de alejarse de allí, de volver a ser la persona que fuese antaño, una joven llena de ilusiones y no la mujer fría y calculadora en la que se había convertido. Necesitaba pensar en cómo encarar la nueva situación... si es que eran ciertas sus dudas. No vislumbró otras intenciones en Seymour más que las de ayudarla ofreciendo una habitación en su mansión para pasar la noche. Mucho menos pensó en las posibles consecuencias de aceptar dormir bajo el mismo techo que un hombre soltero.

Como una sonámbula, había mirado el paisaje sin verlo durante el trayecto en el carruaje y ascendido las escaleras de la entrada apoyada en el brazo masculino. Tampoco fue consciente de que el mayordomo, al escuchar las precisas órdenes de su señor, se alejaba presuroso para regresar con una muchacha de servicio que la acompañó a una de las habitaciones de invitados. Escuchó, mientras subía por la alfombrada escalera, que una voz templada le decía algo acerca de avisar para que no se preocuparan por ella y conseguirle algo de ropa, pero no pudo contestar siquiera.

Dejó que la criada, preocupada por su estado casi catatónico, la ayudara a quitarse el vestido, la embutiese en un camisón, que debió pertenecer a una de las hermanas del marqués, y la llevase hasta la cama para cubrirla luego como si fuese una criatura.

Lloró al quedarse a solas sumida en la oscuridad del cuarto. Lloró como nunca antes lo había hecho, destrozada entre el aterrador sentimiento de pérdida que la bloqueó años atrás y acudía de nuevo para atormentarla, y sacudida por la conmoción de lo que había descubierto. O creía haber descubierto. ¿Y si estaba confundida? ¿Y si solamente había visto lo que quería ver, imaginado lo que deseaba imaginar?

Se había quedado dormida sin darse cuenta, y se despertó cuando la misma muchacha que la atendiese la noche anterior descorrió las cortinas, permitiendo que la luz del nuevo día inundase la habitación. Extrañada de haber dormido tanto, pues era casi mediodía, y al descubrir sobre una butaca uno de sus propios vestidos, aceptó las atenciones de la joven para adecentarse e incluso dejó que la peinase.

Al mirarse en el espejo no se reconoció, estaba demacrada y sus ojos, rodeados de oscuras

ojeras, aparecían sin brillo.

—¿Se encuentra mejor, señora? —preguntó la chica con gesto turbado— ¿Quiere que le suba una bandeja con algo caliente o prefiere bajar al comedor?

—Gracias... —dijo, dedicándole una sonrisa, pero negó con la cabeza.

—Daisy, señora.

—Gracias, Daisy, pero ahora soy incapaz de tragar un solo bocado, tal vez más tarde.

—¿Aviso a milord de que ha despertado? Lleva desde muy temprano dando vueltas, preocupado por usted.

Volvió a negar. No podía ver a Seymour en ese momento, necesitaba tiempo para recuperar el coraje. Acercándose hasta el ventanal, lo abrió para permitir que la abrazaran los rayos de sol y el aroma que llegaba desde el jardín. No, no era capaz de enfrentarse a él en ese momento, estaba abochornada por haber perdido los papeles, y aunque Justin merecía una explicación...

«¿Cuándo ha dejado de ser lord Seymour para convertirse solo en Justin?», se preguntó, sintiendo que el muro de contención tras el que había protegido su corazón se derrumbaba al invocar su nombre.

—Me vendría bien dar un paseo por el jardín.

—Bien, entonces le mostraré la salida.

—Gracias. Daisy, ¿podrías hacerme un favor?

—Lo que precise, señora, el señor Duggan me ha puesto a su servicio.

—Necesito algo para escribir.

—En el cajón de la cómoda tiene papel y tinta.

Ania se hizo con lo necesario, redactó una breve nota, dobló el papel y escribió una dirección en él antes de entregárselo a la muchacha.

—Cuando llegues, pregunta por la señorita Gabriela. Tráeme lo que ella te entregue lo antes posible.

—¿Quiere que vaya ahora mismo, señora?

—Por favor.

—Tardaré un suspiro. Ahora, si lo desea, le mostraré por dónde salir al jardín.

—Gracias de nuevo, Daisy.

A solas ya, y antes de salir de la casa, la curiosidad hizo que Ania se permitiera dar una pequeña vuelta por las dependencias del piso inferior, asombrada del lujo y la profusión de obras de arte que encontraba a su paso. Los sirvientes con los que se cruzó la saludaron con inclinaciones de cabeza y sonrisas; sin duda Seymour debía haber avisado que era su invitada, pero no se atrevió a alargar el recorrido para no parecer una curiosa y salió al exterior.

A punto estuvo de tropezar con los dos perros que, jugando entre ellos, se cruzaron en su camino. Dieron algunas vueltas a su alrededor olisqueándola y acabaron sentándose ante ella con las lenguas fuera. Casi no reconoció al animal que el marqués había rescatado de las calles, lucía un pelaje lustroso y se veía que estaba bien alimentado. Se agachó para hacerles una carantoña a cada uno.

—Así que has encontrado un hogar donde te tratan como un príncipe, Dean. Y tú debes ser Bronco. Sois dos caballeros guapísimos.

Recibió dos ladridos como agradecimiento al piropo antes de que salieran a la carrera, persiguiéndose de nuevo en su juego, y ella inició por fin el recorrido con una sonrisa.

Constató entonces que su anfitrión tenía razón, el jardín de Seymour House era una maravilla. Perdió la noción del tiempo deambulando por todos lados, recorrió los senderos y se paró en

cada rincón. De estilo *gardenesque*, albergaba plantas exóticas que podían admirarse desde cualquier parte. Un deleite para los sentidos, rodeaba la magnífica mansión de tres plantas y tejado de dos aguas en una profusión de helechos, fuentecillas y pequeñas construcciones rocosas con rosaledas. Sonrió al descubrir un encantador jardín de hadas en el que el visitante podía imaginar a pequeños duendecillos jugando entre los parterres y plantas trepadoras.

Pero su pensamiento voló de nuevo, se alejó a más de mil setecientas millas de distancia, a una casa rodeada de un cuidado vergel cubierto aún por las últimas nieves del invierno, donde el amor ocupaba cada espacio y una niña pequeña jugaba a esconderse cubriéndose la boca para que no la escuchase reír; ella, haciendo que no la había descubierto, la llamaba.

—*Olena Borisova, no vas a poder esconderte de mí. Sal de donde estés, pequeña brujilla, o las dos acabaremos congeladas.*

—Ania, el carruaje está llegando.

Dio un brinco y regresó al presente de golpe al escuchar la voz. Justin estaba a su lado y la miraba con preocupación. También él mostraba pronunciadas ojeras y sus verdes ojos hablaban de agotamiento.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde hace más de una hora, no he podido remediar seguirte, parecías un hada perdida en el bosque. ¿Has descansado algo? Te confieso que yo no he pegado ojo.

Habían vuelto a tratarse con cercanía y Ania hubo de admitir que le gustaba. Lo miró con una sonrisa y alzó la mano para acariciarle el rostro recién afeitado, lo que él aprovechó para aprisionar sus dedos y besarlos provocándole un estremecimiento. Era tan atractivo que le quitaba la respiración.

—Envié a Daisy a buscar...

—Lo ha traído y le he dicho que lo dejase en el salón donde se servirá el té. Imaginé que si querías tenerlo era importante para la reunión. ¿Querrás que esté o prefieres hablar con ellas a solas?

—No, por favor, no te ausentes. Es posible que todo esto sea una locura mía, pero tengo que comprobar si mis sospechas son ciertas, de no ser así quiero tenerte a mi lado. Justin, he de explicarte...

—Calla. —Le puso un dedo en los labios—. No tienes que hacerlo, jamás te pediré cuentas, pero podrás contar conmigo siempre. ¿Sabes? Al verte la primera vez te deseé como un loco, me propuse conocer todos los secretos de aquella diosa vestida de rojo que resplandecía en medio del inframundo de Hades... Y seducirte. Ahora solo deseo que estés bien, que sea lo que sea que sucediese anoche o lo que pase esta tarde no te quite la sonrisa, porque es la más hermosa que he visto nunca. Daría mi vida por verte feliz, Ania.

Sus palabras la conmovieron y le dio la espalda para que no viese las lágrimas en sus ojos. Se hubiese anudado a su cuello para besarlo hasta que los dos perdiesen la cordura. Algo debería haber hecho bien en la vida para ser premiada con el afecto de aquel hombre. Sin embargo, Justin no había pronunciado la palabra amor y sintió una punzada en el corazón, de la que se rehízo con premura. De haber sido una jovencita soñadora le habría hecho falta que él le dijese que la amaba del mismo modo en que ella había empezado a amarlo. Pero no era una de las protagonistas de las novelas de su adorada Jane Austen, sino una mujer adulta y viuda con los pies en la tierra. Justin la deseaba, cada una de sus palabras se lo confirmaba, cada mirada lo corroboraba. Había subido al cielo en sus brazos durante el breve interludio en el despacho, se había sentido dichosa bailando con él. Era suficiente. Los separaba un mundo, sabía que no podía

aspirar a más, no le importaba convertirse en su amante para atesorar el tiempo que durase su relación y recordarla cuando acabase, porque en algún momento él debería cumplir con las exigencias a la que le obligaba su posición y su título.

—Milord, señora —llamó su atención el mayordomo—, sus invitadas aguardan en el salón verde.

—Haga que sirvan el té, Duggan, gracias. ¿Vamos, Ania?

Ella suspiró. Había llegado el momento que ansiaba y temía a la vez. Porque si Olga Záitseva era quién ella creía, encontraría la dicha; si estaba equivocada, se hundiría de nuevo en la desesperanza, y no se veía capaz de pasar otra vez por el amargo trago de perderla.

—Vamos —asintió, tomándose del brazo que le ofrecía.

## Capítulo 25

Fue la propia Ania quien sirvió el té en una vajilla tan delicada que a las invitadas casi les daba miedo tocarla.

Irina se veía bastante incómoda sentada en aquel sillón de carísima tapicería verde con listones blancos, pisando una alfombra que debía costar lo que la mitad de su vivienda, frente a un caballero tan imponente como el marqués de Seymour y una dama que ponía un punto de intranquilidad en su corazón sin saber la causa.

Tanto ella como su hija se habían puesto sus mejores vestidos y guantes nuevos pero, así y todo, se encontraban fuera de lugar, eran como dos pordioseras en un palacio. Rehuyó la mirada de aquella hermosa mujer que le entregaba la taza de té, presintiendo que no iba a gustarle lo que iba a desvelarle: «*importante para el futuro de su hija*», le había dicho.

Olga, por su parte, desviaba su atención a cada poco hacia los pesados muebles oscuros, los cuadros o las estatuas que adornaban distintos rincones de la sala. Pero indefectiblemente, sin poder remediarlo, sus ojos regresaban al rostro de la mujer que les había citado allí. No podía explicarlo, pero la sentía cercana, sus oscuros y rasgados ojos le recordaban otros que veía en sus sueños intercambiándose con imágenes que hacían que se despertara alterada y sudorosa.

—Señora Markova —abrió la conversación la esposa de Záitsev—, le agradecería que nos explicase por qué estamos aquí.

Ania dio un pequeño sorbo a su té, depositó la taza con mano temblorosa sobre el platillo y entrecruzó los dedos antes de mirarla de frente.

—Antes, es necesario que su hija vea un par de cosas.

Tiró de la cinta de terciopelo que llevaba al cuello y entregó el colgante a la muchacha. El destello que vio en sus ojos al tomarlo en sus manos hizo que el corazón se le parase un segundo.

—Cuarzo rosa —la escuchó decir mientras lo acariciaba y hacía intención de devolvérselo, aunque ella no lo recogió—. Es mi piedra preferida.

—Era de mi hermana.

Olga la miró sin entender regresando la atención a la joya, pero su madre sufrió un sobresalto.

Ania se levantó, se hizo con el paquete envuelto en un lienzo blanco que descansaba en la mesa auxiliar y lo desenvolvió antes de ponerlo en manos de Olga que, al verlo, lanzó una exclamación.

—*La Bella y la Bestia* —musitó pasando los trémulos dedos por la cubierta de la edición en inglés de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont.

Parpadeó de seguido, tragó saliva con esfuerzo y clavó sus ojos en Ania, que narró:

—Bella y el príncipe se casaron y, junto a su padre, fueron felices por siempre en el castillo y comieron ganso asado.

—Serían perdices —corrigió con voz estrangulada.

—Ganso asado —repitió Ania, que ya fue incapaz de contener las lágrimas.

Olga examinó de nuevo el cuento, no podía despegar sus ojos de él. Fue a ojearlo, pero se detuvo y miró a Ania, que apretaba un puño contra su boca para no estallar en sollozos. A ella el corazón le latía muy deprisa y por su cabeza desfilaban escenas de otro lugar, de otro tiempo, de otras personas que le resultaban vagamente familiares... Imágenes borrosas donde se veía rodeada de cariño y una muchacha sonriente, con voz pausada, le leía el cuento.

—¿Puedo?

Ania asintió y gimió cuando Olga abrió el libro justo por la página en la que aún guardaba una flor seca: la violeta que ella había puesto allí. Vio entonces que los ojos juveniles se cuajaban de lágrimas que descendieron por sus mejillas y ya no pudo callar por más tiempo.

—Olena...

—¿Cómo la ha llamado, señora? —preguntó Irina Záitseva, quien hacía minutos era presa de una espantosa duda y notaba que el mundo se le estaba cayendo encima.

—Olena. Hija de Luka Borisov, barón Otkim, y Yarina. Mi hermana —dijo con voz ahogada por el llanto a la vez que le mostraba la marca de nacimiento de su brazo: una media luna.

\*\*\*

La rotunda afirmación dejó a los tres sin posibilidad de respuesta.

Justin encajó las mandíbulas y apretó con fuerza los brazos del sillón que ocupaba hasta que sus nudillos se le pusieron blancos. Su hermana, según ella misma le confesase, había muerto, pero las pruebas parecían irrefutables; ver el tormento por el que Ania estaba pasando, a la vez que intentaba mostrar fortaleza, lo estaba matando. Le hubiera gustado acabar con todo aquello, pero ella tenía derecho a poner las cartas boca arriba y comprobar si estaba en lo cierto, como le había dicho.

Irina acalló el lamento que se le escapaba y le sobrevino un vahído; Olga estalló en sollozos y en sus labios se formó un nombre que había permanecido oculto en su mente hasta ese instante.

—Ania.

—Me recuerdas, pequeña brujilla. —Asintió la muchacha y se lanzó a sus brazos.

Se fundieron en un abrazo, llorando ambas, intercambiando frases en su idioma natal, acariciándose el rostro, maldiciendo mentalmente el tiempo que habían estado separadas, aceptando los cambios que los años habían pintado en sus caras... Dando gracias al cielo por volver a encontrarse. No querían soltarse y así, unidas como un solo ser, permanecieron varios minutos hasta que se fueron calmando.

—¿Cómo es posible? —preguntó Irina, más para ella que para los presentes.

Sin querer despegarse de su recién recuperada hermana, sentada sobre sus rodillas y colgada de su cuello, Ania se limpió las mejillas húmedas con el dorso de la mano, secó las de Olena y preguntó:

—¿Cómo llegó mi hermana a su vida?

—Mi esposo... Yerik me aseguró que era huérfana, que la adoptó en un orfanato, hasta me mostró un documento que lo confirmaba.

—Mi hermana desapareció una semana antes de cumplir seis años. La policía peinó la ciudad, la buscamos por todos lados sin resultado alguno, hasta que nos dieron la desgarradora noticia de que habían encontrado el cadáver de una niña, por desgracia irreconocible, a la que solo pudimos identificar por el colgante que llevaba al cuello, ese que acabo de entregarle.

—Todo esto es un error, debe tratarse de un error —se resistía la rusa con ahínco, deshecha ya, a aceptar una verdad que la lanzaba a la locura—. Olga no recordaba nada, ni siquiera sabía su nombre o quién era cuando mi esposo la trajo a casa, de haber sabido que tenía una familia nos lo habría dicho.

—Esas pesadillas que tenía, madre —intervino entonces la joven, recuperada parte de su entereza, sentándose a su lado para tomar sus temblorosas manos entre las suyas—, ¿recuerda que se las contaba? Soñaba con voces que me resultaban conocidas, rostros que nunca conseguía ver con claridad. Que alguien me contaba cuentos. Me despertaba agitada, a veces temerosa de estar perdiendo la cabeza.

—Solo son coincidencias.

—Usted misma acaba de ver la marca en mi brazo, idéntica a la suya, Olena ha reconocido su colgante y recuerda el libro que yo le leía por las noches. Hasta sabía dónde había guardado esa flor. Lo siento. Lamento que deba sufrir por culpa de lo que hizo su esposo, pero negar lo evidente no hará que la realidad desaparezca. Olena no es su hija y sí mi hermana.

Irina acabó por asentir, su rostro crispado, sus claros ojos perdidos en un punto lejano, más allá de aquella sala. Sin mirar a nadie musitó, tan bajito que hubieron de hacer un esfuerzo para oír lo que decía:

—La quise desde el momento en que él me la trajo a casa. No podría haberla querido más de haberla llevado en mi vientre. Es todo lo que tengo. No sé lo que hizo mi esposo, de qué manejos se sirvió para conseguir a Olga... a Olena. Pero es toda mi vida. —Su mirada acuosa y rebosante de dolor imploró a Ania—. No puede quitármela. ¡No puede separarme de ella!

—Madre, cálmese, nadie va a arrancarme de su lado. Ania, yo no recuerdo a nuestros padres, pero necesito verlos de nuevo y explicarles que...

—Eso ya no es posible, cariño.

La muchacha entendió y ahogó un sollozo. Pasó el brazo por los hombros de Irina y dijo:

—Es la única madre que he conocido. Saber quién soy en realidad, de dónde vengo y que eres mi hermana, no va a hacer que la abandone.

—No es mi intención separaos, tesoro. Pero ahora que te he vuelto a encontrar debo protegerte. Protegeros a ambas, porque su marido, señora Záitseva, es un criminal.

—Usted no tiene derecho a...

—¡Tengo todo el derecho del mundo! Porque él denunció falsamente a mi padre de ser traidor al emperador, por su culpa hubimos de escapar y convertirnos en prófugos cuando nada habíamos hecho. Porque él salió de Rusia con los bolsillos repletos de un dinero manchado de calumnia, sin importarle el dolor que causaba su falta de escrúpulos. Y porque raptó a mi hermana haciéndonos creer que había sido víctima de los lobos.

—¿Qué motivo podría tener para hacer todo de lo que le acusa, cuando ni siquiera les conocía?

—Mi padre fue el causante de que, en un duelo, su mano quedase mutilada. No supe nada de aquella disputa de jóvenes alocados que por culpa de una mujer llegaron al campo del honor, hasta que averigüé quién había denunciado a mi padre. Aquel muchacho que ahora es su marido juró vengarse. Tardó años, pero lo hizo al final de la manera más deleznable posible:

arreatándonos a Olena y causando la desgracia en mi familia. Y yo, sefiora Záitseva, he jurado destruirlo.

## Capítulo 26

—¿Crees que he sido demasiado dura con ella? —preguntó viendo alejarse el carruaje.

—Todo lo más le has abierto los ojos al dejar claro quién es en realidad Yerik Záitsev.

—Me duele que mi hermana deba regresar a casa de ese desalmado, aunque sea por poco tiempo.

—No conviene ponerle sobre aviso o podría desaparecer. Ambos nos hemos dado cuenta de que sus vidas junto a ese hombre no ha sido un camino de rosas, pero, así y todo, tengo serias dudas de que nos facilite la entrada; le tiene miedo, más ahora que lo sabe todo.

—Yerik permanece vigilante en su despacho mientras lo limpian y lo cierra con llave al irse, ya la has oído. Estoy segura de que, de haber sido posible, ella misma registraría ese cuarto buscándonos pruebas. Ama a mi hermana, se arriesgará por ella.

—Siento que una de mis habilidades no sea forzar cerraduras, hubiera sido mucho más fácil entrar por la puerta.

—Pues habremos de hacerlo por la ventana, tampoco yo soy experta en ese tipo de manejos.

—Sonrió.

—Menos mal que escalar muros se me da mejor —bromeó, besándola en la nuca para desviar luego sus labios hacia la clavícula—. Solo espero no romperme la crisma.

—Tenemos que encontrar algo que lo acuse.

Justin la obligó a darse la vuelta y la sujetó con fuerza de los hombros.

—En todo caso, tengo. No voy a permitir que te arriesgues.

—¿Quién le ha dado potestad para prohibirme nada, lord Seymour? —Se separó de él, empujándolo airada.

—Déjate de tonterías, Ania, es peligroso.

—Es mi venganza, ¿no lo entiendes?

—Y tú eres la mujer de la que me he enamorado y quiero mantenerte a salvo —dijo con fervor, arropándola de nuevo entre sus brazos.

Ania alzó la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos. Debía haber escuchado mal porque él no podía haber dicho aquello, ¿verdad? Sin embargo, hubo de tragar saliva al ver la decisión pintada en aquel rostro atractivo y varonil. Lo abrazó por la cintura, pegó la mejilla a su pecho, aspiró el aroma que desprendían sus ropas y no se permitió llorar.

—Justin, yo...

—No te pido nada, solo que me dejes quererte. Que te acostumbres a mi presencia. Luego, si Dios lo permite y con el tiempo acabas sintiendo algo por mí, desearía pasar el resto de mi vida

contigo. No hay nada que ansíe más que ver tu rostro cada hora, cada minuto y cada segundo del día. Llueva o luzca el sol, quiero tenerte a mi lado, escucharte respirar mientras duermes y despertarme sabiendo que voy a encontrar tu sonrisa.

—Justin...

—Yo registraré el despacho —aseguró, notando que se le oprimía el corazón al verla dudar en descubrir sus propios sentimientos—. Lo cierto es que no sería muy agradable tener que arrastrar al pastor hasta Newgate, si decides aceptarme al fin, en caso de que te condenen por allanamiento de morada. ¿Qué pensaría mi familia?

Hubo de echarse a reír. Él era único para conseguir arrancarle una carcajada con sus chanzas, incluso en momentos como aquel.

—Así que yo no debo arriesgarme para entrar en la casa de ese sucio perro, pero tú sí puedes.

—Cosas peores he hecho. —Se encogió de hombros, burlón.

—Insolente, descarado, orgulloso, pirata y ahora ratero. Milord, sois un dechado de virtudes. Con franqueza, no sé si debería darte una oportunidad —bromeó también ella.

—¿Estarías dispuesta? ¿Lo estarías, mi vida?

—Lo pensaré, siempre que te acompañe mañana por la noche.

—Te recuerdo que Irina ha dicho que el despacho se encuentra en el segundo piso.

—Cosas peores he hecho —remedó su frase—. Espero que Záitsev no haya puesto impedimento a que ellas acudan a la velada que has inventado, es prioritario que no se encuentren en la casa.

—Seguro que habrá aceptado encantado que hayan sido «invitadas» por la baronesa Cheriligh, a quien, supuestamente, conocieron en el baile de máscaras.

—Menudo par de conspiradores que estamos hechos.

Se aupó sobre las puntas de los pies y lo besó, recibiendo de inmediato respuesta. Sus lenguas emprendieron una muda batalla mientras sus manos se buscaban. Ania metió las suyas por debajo de la levita para sentir en sus palmas la gloriosa sensación de los fuertes músculos masculinos; Justin abandonó los labios femeninos para dejar resbalar los suyos por la mejilla, el cuello, el hombro de la mujer que lo volvía loco de deseo. Fijó sus ojos en aquellos otros, negros y algo rasgados, y se prometió que la ataría y amordazaría antes de consentir que se arriesgase a entrar en casa de Záitsev, aunque luego le descerrajase un tiro.

—La reina de Hades. Por la que iría de cabeza al infierno.

—No creo que te dejase entrar, revolucionarías a todas las diablasas.

—Solo hay una diablesa que me importa tanto como para dar mi vida por ella, y conoces su nombre. Te amo. —Ella no pudo hablar, tenía un nudo en la garganta—. Pasa la noche conmigo, Ania, no te vayas, te necesito.

No fue capaz de decirle que lo amaba, no quería destrozarle la vida sabiendo, como sabía, que ni su familia ni la sociedad a la que pertenecía la aceptarían entre ellos como una igual. Pero asintió a su pedido, porque ni podía ni quería negarse. Era una mujer adulta, dueña de sus actos, y lo deseaba con pasión. Justin se había convertido en el centro de su mundo y aprovecharía lo que el destino le regalaba.

Justin la tomó en brazos, salió del salón en el que se encontraban y se encaminó hacia las escaleras procurando no cruzarse con nadie del servicio. Por ella. Solo por ella. Porque a él no le hubiese importado gritar a los cuatro vientos que la amaba. Sin embargo, no darse de bruces con Duggan, que parecía su sombra, siempre pendiente del más nimio deseo, era pedir demasiado.

—¿Necesita algo, milord?

Con un pie en el primer peldaño y Ania escondiendo el rostro en su pecho, aunque notaba que se estaba riendo, a punto estuvo de negar.

—Yo me muero de hambre —apenas escuchó el susurro.

—Le agradecería que subiese una bandeja con unas cenas frías a mi recámara, señor Duggan. Y, por favor, sea discreto.

—Ahora mismo, milord. A lo segundo, permítame que no le responda como debería, por el respeto que le tengo —dijo antes de alejarse, todo estirado, en dirección a la zona de servicio.

Ania miró por encima del hombro de Justin y se mordió el labio inferior viendo el paso airado del mayordomo.

—Lo has ofendido. Creo.

—Ese hombre no ha cometido una indiscreción en su vida, tendré que disculparme con él mañana. Lo aprecio de veras —aseguró subiendo ya las escaleras con su preciosa carga.

—¿Mañana?

—Esta noche tengo otras ocupaciones, cariño. Muchas otras ocupaciones.

La risa femenina se fue perdiendo escaleras arriba, hasta que él la silenció con un beso repleto de promesas.

Cerró Justin la puerta con el tacón y, sin abandonar los labios de Ania, la depositó en el suelo despacio, deleitándose con el contacto de sus formas, preso de unos brazos delgados pero firmes que le rodeaban el cuello.

—Esto es una locura —gimió ella al separarse, respirando agitada.

Justin no contestó. Locura o no, deseaba fundirse con ella, hacerla suya, entregarle todo cuanto era, el alma incluso. De tácito acuerdo se fueron desnudando uno al otro, las prendas caían una a una al suelo en tanto ella besaba aquí y allá los hombros masculinos, su poderoso tórax, los fuertes músculos de sus brazos. Él aguardó, excitado y ansioso por corresponderla, a que la mujer que amaba le prodigase las tiernas caricias que lo estaban arrastrando a un abismo de placer inigualable. No pudo soportar aquel dulce tormento mucho más, cerró los ojos con fuerza y acabó dejando escapar un gemido. Ania, mientras pasaba la punta de la lengua por una de sus tetillas, abrió una mano sobre su plano vientre, tan cerca de su inflamada masculinidad que se creyó morir.

—Mi vida... —Ella hizo intención de continuar su descarada exploración y hubo de sujetarla de las muñecas para frenarla—. No me hagas quedar en ridículo acabando antes de tiempo.

La vio sonreír al alzar la cabeza buscando un nuevo beso. Atrapó su boca, goloso, como un sediento, en tanto sus manos abarcaban sus senos, los sopesaban y les procuraban mil y una caricias.

Ania no supo nunca cómo llegó a la cama, pero lo que allí ocurrió aquella noche quedaría grabado para siempre en su memoria: besos ardientes, cuerpos enlazados, gemidos de placer, promesas y palabras de amor susurradas al oído. Antes de dormirse abrazada al fibroso cuerpo de Justin, tuvo la alucinación de que los querubines de sonrosados mofletes pintados en las esquinas del alto techo la sonreían.

## Capítulo 27

La luz le dio directamente en los ojos haciéndole jurar entre dientes y cubrirse con el antebrazo. Al segundo siguiente se incorporó buscando el tibio cuerpo que había estado a su lado. La almohada guardaba la forma de su cabeza, olía a ella, pero Ania no estaba.

—La señora se marchó temprano, milord —escuchó decir a Duggan que, tras descorrer del todo las cortinas, le tendió un sobre—. Dejó una nota para usted.

Justin empezó a leer con la respiración agitada, presintiendo que no iba a gustarle el mensaje. Como así fue.

He de arreglar algunos asuntos.

Te veré a las diez de la noche frente al número 4 de Fann Street.

Ania

—¡Condenada sea! —barruntó, haciendo una bola con el papel antes de lanzarlo lejos.

—¿Decía, milord?

—¿Por qué no se me avisó de su marcha?

—La señora me pidió encarecidamente que le dejase descansar, milord. ¿Le preparo el baño?

—Por favor —asintió, saliendo de la cama para cubrirse con la bata que le tendía—. Duggan, ¿alguien la ha visto?

—Hice que saliera discretamente.

—Gracias. Aunque, por su gesto adusto, me parece que está pensando que actué indebidamente. ¿Es así?

—¿Respecto a la dama? No soy quién para...

—¡Por favor! Me conoce desde que era un renacuajo, siempre he podido contar con sus consejos y cariño, que es mutuo, ha sido y es como un segundo padre para mí.

—Y ahora me pide que opine sobre su dudoso proceder con esa dama. ¿Qué debo responder, milord?

—No se calle nada.

—También he sido joven, señor, aunque no se lo pueda parecer. Sé lo que es sentirse atraído por una mujer. Otra cosa es que usted haya obrado con prudencia, porque el nombre de esa dama podría haber quedado deshonrado de haberla visto alguien salir de madrugada de esta casa. Y sabe bien que lo único que podría acallar las malas lenguas sería pasar por el altar. ¿Acaso está pensando en la señora con fines... digamos... matrimoniales?

—No me ha aceptado aún, es demasiado independiente, pero me ha robado el corazón,

Duggan.

—Es muy bella, milord —asintió—, eso no se puede discutir. Pero recuerde que la belleza exterior es efímera, la interior es más duradera.

—Puedo asegurarle que ella es más hermosa por dentro que por fuera —dijo, recordando a las personas que ayudaba.

—Daisy me comentó anoche que la ha tratado con cortesía. Puede que haya encontrado a la mujer adecuada. Si es así, no la deje escapar, señor.

—Usted lo ha dicho, Duggan: es la adecuada y no pienso dejar que se me escape.

\*\*\*

Después de ordenar a su cochero que lo aguardase dos calles más allá, se apoyó en el muro frente a su objetivo. Solo un perro callejero y un individuo que se perdió en una de las bocacalles haciendo eses y canturreando por lo bajini, claramente cargado de alcohol, interrumpieron su espera.

Observó la casa con ojo crítico. Por fortuna, la ventana del despacho que pretendían registrar daba al callejón lateral y los muros les permitirían afianzar pies y manos en las ranuras; esperaba que la señora Záitseva, tal y como prometiese, les facilitase la entrada. De todos modos la altura constituía un riesgo.

Escuchó el traqueteo de las ruedas de un carruaje que se aproximaba y el sonido irregular de los cascos de los caballos sobre el empedrado. Se hizo a un lado, el coche paró y hubo de parpadear al verla descender vestida con pantalones, botas, casaca y una gorra que le cubría el cabello. Se plantó frente a él con los puños apoyados en la cintura y una sonrisa divertida en los labios. Hubiera podido ser un golfillo cualquiera de los que trapicheaban por el puerto.

—¿Preparado, milord?

—Dios Todopoderoso, Ania...

—¿Qué pasa? Imagino que no pensarías que iba a escalar un muro con faldas.

—Eres la mujer más destabilizante y osada que he tenido la desgracia de conocer —gruñó.

Ella se lo tomó como un cumplido, miró a uno y otro lado de la calle y caminó resuelta hacia el callejón. Para asombro de Justin, hizo gala de una elasticidad asombrosa y, como si de un simio se tratase, escaló la pared la primera, regalándole la maravillosa vista de un trasero de lujo enfundado en la burda tela de los pantalones. La siguió sintiéndose casi torpe, y para cuando alcanzó la ventana ella ya encendía una lámpara de aceite.

El despacho no era grande, apenas tenía muebles y las paredes necesitaban ser empapeladas de nuevo. Los Záitsev no vivían en la abundancia. Registraron el armario, el escritorio y el único mueble que tenía algo de valor, un bargueño antiguo bastante deteriorado. Les resultó curioso que nada estuviese cerrado con llave y se miraron dudosos después de encontrar solo facturas y documentos sin relevancia alguna.

—Aquí no hay nada —rezongó Justin.

Ania no contestó, pero se puso a gatas para meterse debajo de la mesa. Él alumbró con la lámpara, intrigado sobre qué demonios buscaba allí abajo hasta que la escuchó decir:

—Premio. Mi padre tenía uno similar.

Escuchó un chasquido antes de que se abriera un compartimento secreto en un lateral del mueble. Solo había unos cuantos documentos, entre ellos las escrituras de la casa, ninguno de se

refiriera a la adopción de Olena. Pero sí un paquete de cartas atadas con una cinta azul. Ania no tuvo reparo alguno en abrir una de ellas y leerla bajo la titilante luz de la llama de la lámpara. La letra, de trazos suaves, decía que era de una mujer, tal y como confirmaba la firma.

—Aurore Hunting. Una amante, acaso.

Al escuchar el nombre, él tomó la carta para leerla, revisando luego el resto de la correspondencia.

—Nada de amante —negó—. Conozco a la dama. Es amiga personal de la reina e hija del conde de Bilbury, un hombre al que siempre he admirado y al que las trillizas querían como a un tío carnal. Ahora no nos hablamos, por desgracia.

—Y es un hecho que lamentas.

—Profundamente. Por culpa de mi padre lord Bilbury creyó que yo difundí algunas mentiras sobre él y... Bueno, no importa, es agua pasada, aunque sigue doliendo. En cuanto a las cartas, me temo que Aurore es otra más de sus víctimas.

—¿Otra? ¿Acaso sabes de alguna más?

—Un amigo de la infancia —asintió.

—Y a ese caballero, ¿con qué lo está chantajeando?

—Con un encuentro con... otro hombre. No me preguntes de quién se trata.

—No pensaba hacerlo, no es de mi competencia juzgar, cada uno es libre de dar su amor a quien quiera siempre que sea por voluntad propia. —Ató las cartas de nuevo y se las entregó, cerrando después el compartimento secreto—. Habla con ese amigo tuyo y asegúrale que no tendrá que preocuparse más por Záitsev. Se me acaba de ocurrir el modo de acallarlos. Las cartas habrás que devolvérselas a la dama —determinó dirigiéndose hacia la ventana.

Antes de que pudiera llegar a ella y abrirla, se halló prisionera en los brazos masculinos. Justin buscó sus labios, que besó con delicadeza haciendo que deseara mucho más; de no haberse encontrado en tan comprometida situación se habría entregado a aquella caricia en cuerpo y alma.

—Ya hablaremos de eso, ahora salgamos de aquí de una vez —pidió Justin, dejándola libre, y apagó la lámpara.

Ania pasó una pierna por encima del alféizar de la ventana y, antes de que él pudiera ayudarla, la vio desaparecer tragada por la noche. Se le dio la vuelta el estómago. ¿Qué demonios había enseñado el tal Misha a aquella mujer que se movía y escalaba muros como un felino? Iba a costarle acostumbrarse a su modo de actuar; no era quién para prohibirle nada, pero debería controlar su singular manera de hacer las cosas si no quería matarlo de un ataque al corazón cuando se casaran.

«Porque voy a casarme contigo, amor», se prometió en tanto cerraba la ventana y descendía hasta la calle.

Caminaron raudos hacia donde se encontraba el carruaje, montaron y emprendieron camino. Justin suspiró, más tranquilo, pero aún con los nervios en tensión, pasó el brazo por los hombros femeninos para atraerla hacia él y robarle otro beso que, de inmediato, fue correspondido. La oscuridad de la cabina arrojó la caricia compartida mientras se alejaban.

## Capítulo 28

Apenas despedirse de Justin, subir a su habitación y cambiarse de ropa, Ania bajó al salón del club. Aspiró el ambiente algo cargado de perfume y humo de los cigarros y distinguió a Záitsev apostando en una de las mesas. Buscó a Isaac con la mirada. Al no encontrarlo hizo una seña a Gabriela.

—¿Cómo ha ido la excursión? ¿Pudisteis sacar algo en claro? —quiso saber su amiga al llegar a su lado.

—No hubo contratiempos. Y encontramos algo con lo que poder terminar de ahorcar a nuestro amigo. —Señaló al ruso con el mentón—. Hoy, más que nunca, necesito que se quede en el club, haz lo imposible por retenerlo si quiere dar la noche por terminada.

—Yo me encargo, tranquila.

—Localiza a Isaac y que venga a verme, estaré arriba.

Wood se personó en el despacho poco después, atendiendo a su llamamiento.

—Toma un coche de punto, acércate a casa del sastre que os confecciona la ropa a Jones y a ti, despiértalo aunque sea a punta de pistola y consigue un traje completo, zapatos, guantes, sombrero y bastón, que la ropa sea más o menos de tu talla. Luego ve al 3 de Dean Street, pregunta por el esposo de Eveline, Anton Belov, dale esto —le puso en la mano una bolsa de monedas—, que se vista con lo que le llevas y tráelo contigo. Dile que es importante que nos veamos esta misma noche. Cuando lleguéis, lo subes directamente aquí.

—¿Alguna otra cosa?

—Nada más, Isaac, gracias.

—¿Hay algún problema? La veo un poco tensa, señora.

—Al contrario, el círculo empieza a cerrarse. —Sonrió de modo enigmático.

Wood no entendió a qué se refería, pero tampoco eran de su incumbencia los negocios de su empleadora, de modo que asintió y se marchó.

Exactamente una hora y media más tarde, Anton Belov hacía su entrada en el despacho. Se le veía nervioso e incómodo enfundado en las caras ropas que llevaba; miraba a todos lados sin entender qué era aquello tan importante que quería la dama que ayudaba a las encajeras para haberlo sacado de la cama a esas horas.

—Gracias por venir, señor Belov. Tome asiento, por favor. ¿Le apetece una copa?

—Gracias.

Ania sirvió un brandy, que le entregó.

—Necesito que haga un trabajo para mí, le pagaré bien.

—Su hombre ya me ha pagado, señora Markova.

—Y yo le entregaré otro tanto cuando acabe esta noche.

—Usted dirá entonces, aunque no sé si soy el hombre adecuado para usted.

—Es ruso, como yo. Suficiente para lo que voy a encomendarle.

Tras una breve charla en la que Ania le explicó lo que debería hacer, y dinero suficiente en el bolsillo como para apostar en las mesas de juego, Belov abandonó el despacho, bajó al salón y buscó al sujeto que, como ella le indicase, cubría su mano izquierda con un guante de cuero negro. Tal y como le pidiese lo saludó llamándolo por su nombre.

Yerik lo miró de arriba abajo, extrañado de la familiaridad con que se dirigía a él.

—¿Nos conocemos?

—Yuri Andreyev —mintió, dando el nombre indicado por Ania—, nos conocimos en San Petersburgo.

—Lo siento, pero no le recuerdo, debe confundirme con otra persona —zanjó el otro, dándole la espalda y alejándose hacia la sala de la ruleta.

Anton sonrió, se encogió de hombros y se mezcló con los clientes, iniciando el cometido para el que acababan de contratarle.

\*\*\*

A esa misma hora Justin se personaba en White's, donde se encontraba James Burton. No tardó en localizarle compartiendo una copa con un caballero de edad avanzada.

—¿Nos disculpa? Cotton, tengo que hablarte.

Mantuvieron una pequeña conversación en uno de los apartados. Al finalizar, James se abrazó a él con las lágrimas a punto de saltársele.

—Nunca podré pagarte esto, Justin.

—No es a mí a quien debes agradecer librarte de esa sanguijuela.

—Le daré las gracias personalmente, puedes jurarlo. ¿Cómo va a conseguirlo?

—No tengo ni idea, pero si Ania Markova dice que no volverá a molestarte, dalo por hecho.

## Capítulo 29

El salón en el que aguardaba a ser atendida tenía un toque romántico y femenino. Las paredes, forradas de un tono ocre, daban calidez al cuarto; los muebles, de madera maciza y patas torneadas, contrastaban de modo exquisito con las alfombras de tonos cálidos y el adamascado de la tela de los sillones y los cojines; los espejos destacaban por sus marcos labrados, dos candelabros dorados de cuatro brazos adornaban la repisa de la chimenea, sobre la cual había colgado el óleo de una mujer muy bonita vestida de azul en un campo de margaritas.

Absorta en aquella dama de apariencia etérea que le sonreía desde el cuadro, no se percató de que alguien entraba en la sala.

—Era mi madre.

Se volvió rauda para encontrarse frente a frente con una muchacha bastante joven, tan semejante a la mujer de la pintura que parpadeó asombrada.

—Se le parece mucho.

—Agradezco el elogio. Soy Aurore Hunting —se presentó, ofreciéndole asiento con un gesto, antes de dirigirse al hierático mayordomo que aguardaba en la puerta—. Por favor, señor Lewis, haga que nos sirvan el té.

Esperó a que el sirviente se fuera y ocupó una de las butacas. Solo entonces hizo otro tanto Ania.

—Gracias por recibirme, milady.

—¿En qué puedo serle de utilidad, *madame* Markova?

Ania maldijo a Justin por haberla convencido de llevar a cabo aquella visita, aduciendo que para la joven sería menos impactante si era una mujer quien hablaba con ella.

—Usted no me conoce, pero...

—Dudo mucho que alguien en la ciudad desconozca quién es la dueña del único club de esgrima para damas de Londres. —Sonrió de modo encantador al ver su gesto de estupor, teniendo además la delicadeza de no mencionar Hades—. Puedo asegurarle que incluso en palacio se habla de usted.

—Desconocía ese hecho —musitó Ania, un tanto pasmada.

—Y bien, ¿cuál es el motivo de su visita?

No respondió hasta que la criada que entró empujando un carrito depositó varias bandejas con un servicio de té y distintos pastelillos sobre la mesa lacada, hizo una reverencia y las dejó a solas.

—Creo que tengo algo que le pertenece, milady —dijo al fin, sacando el paquete de cartas de

su bolso.

Aurore Hunting perdió el color de las mejillas al verlo, sus ojos claros volaron hacia los oscuros de Ania y se levantó como impulsada por un resorte.

—¡Así que es usted! ¿Qué es lo que quiere ahora? —gritó sin elevar la voz—. ¿Más dinero? ¿Tiene la osadía de venir a mi propia casa para...?

—Para devolverle lo que es suyo y pueda librarse del indeseable que la está extorsionando —la cortó tendiendo los sobres—. Porque la chantajea con esto, ¿verdad?

—Pero... Pero... ¿Cómo sabe...? —Tomó las cartas y las apretó contra su pecho antes de dejarse caer en el asiento tan pálida como un cadáver—. ¿Quién es ese individuo? ¿Cómo ha podido recuperarlas?

—Conseguirlas ha sido cuestión de suerte, no viene al caso saber cómo. Lo importante es que no podrán volver a incomodarla. Y si admite un consejo, milady, destrúyalas. Ahora, si me disculpa, he de marcharme, lamento no poder quedarme a tomar el té.

Antes de que pudiese llegar a la puerta, Aurore estaba a su lado.

—Espere, por favor. Quiero el nombre del sujeto que ha estado chantajeándome. Tiene que decírmelo.

Solo lo pensó unos segundos. Al fin y al cabo, la muchacha tenía derecho a saberlo.

—Yerik Záitsev.

—No le conozco.

—Él a usted, sí. No debe preocuparse más por él, pronto estará fuera de circulación. Solo olvide este asunto y siga con su vida.

—Pero debería...

—No puede hacer nada, milady —cortó Ania—. Si lo denunciase sería tanto como gritar a los cuatro vientos el contenido de esas cartas.

—Las ha leído, ¿verdad? —preguntó con el sonrojo coloreando sus mejillas.

—No he tenido otro remedio, lo siento.

—No se lo reprocho. Fue una equivocación, ahora lo sé, pero en su momento creí estar enamorada.

—Estar enamorada es, a veces, un desatino en el que las mujeres caemos, milady.

—¿Cómo puedo devolverle el favor? Pídame lo que quiera, estaré gustosa de hacer cualquier cosa por usted.

Recordó entonces Ania las dolidas palabras de Justin respecto a su distanciamiento con los Hunting.

—Aprovecharé su buena disposición para pedirle algo, entonces.

—Lo que sea.

—Consiga que su padre reciba al marqués de Seymour.

Aurore se irguió como si le hubiesen clavado un alfiler en el trasero.

—Eso es algo que...

—Conozco el alejamiento que existe entre ustedes desde hace tiempo, pero todo se debió a un malentendido, culpa del anterior marqués. Justin nunca... —carraspeó al darse cuenta de su deslizo—. Quiero decir que lord Seymour nunca difamó a lord Bilbury, al que admira profundamente, él es incapaz de un acto así.

Aurore inclinó un poco la cabeza al mirarla.

—¿Me equivoco o es usted quien lo admira a él?

—Yo no...

—Le han brillado los ojos al pronunciar su nombre, *madame*. —Sonrió, haciendo que se le formasen dos hoyuelos en las mejillas—. Me parece que el marqués no le es indiferente. ¿Me equivoco?

—No, milady, no se equivoca —musitó enfrentando su mirada.

—Reconozco que soy una romántica empedernida, señora Markova. ¿No querría sentarse un rato conmigo y contármelo? —Alzó el índice para acallar su protesta—. Es una única condición que pongo para hacer que mi padre reciba a lord Seymour y, quizás, puedan resolver sus diferencias.

—Ahora es usted quien me chantajea a mí.

La joven se echó a reír con ganas, la tomó del brazo y la condujo de nuevo hacia las butacas. Una vez tomaron asiento Aurore se inclinó un poco hacia adelante, chispeantes los ojos de anticipación.

—Cuénteme —pidió.

—No hay mucho que contar, milady, salvo que, a pesar de haberme enamorado de él, como ve no es la única que ha errado, nunca podré ser para él más que una buena amiga.

## Capítulo 30

No había visto a Justin desde la noche en que asaltaron el despacho. De eso hacía tres días porque él había tomado como misión personal encontrar una vivienda para Olena e Irina, a la que se trasladarían en cuanto fuese posible y Záitsev fuese arrestado. Solo se había comunicado con él enviándole una nota en la que le confirmaba haber entregado las cartas a la hija de lord Bilbury, sin mencionar, por supuesto, lo que ambas habían hablado respecto a sus sentimientos por él.

Había pasado cada hora del día y de la noche pensando en Justin, recordando cada beso, palabra y caricia que compartieron en Seymour House. Por fortuna, el señor Duggan le había facilitado la salida de la mansión, nadie la había visto y su nombre no estaba en entredicho. Tampoco es que le importase demasiado lo que Londres rumorease de ella, sabía que la tenían por una mujer con ideas demasiado innovadoras para el tiempo que corría, lo que venía a ser poco o nada recatada.

Pero ¿cómo iba a vivir sin él cuando su relación acabase? Tarde o temprano Justin debería buscar a una dama de su posición social para hacerla su marquesa. Entonces, ella sobraría, debería hacerse a un lado, olvidar los gloriosos momentos compartidos. Desaparecer de su vida. Porque no iba a convertirse en «la otra» por mucho que lo amase. No por ella, que podría asumir el rol de amante sin vergüenza con tal de estar a su lado. Desaparecería por respeto a su futura esposa porque, aunque fuese otra quien ocupase un lugar en la cama del hombre al que amaba, no se veía capaz de humillarla engañándola con su esposo.

Repasó de nuevo las notas del pequeño Jimmy, el hijo de Gabriela, que ella le había dejado orgullosa para que viera sus avances en el colegio. Las había mirado tres veces y seguía sin enterarse del contenido, por lo que acabó haciéndolas a un lado. Se pasó las yemas de los dedos por los párpados para aliviar la tensión que sentía en ellos tras las constantes noches en duermevela, y no pudo reprimir un sollozo. Al menos Gabriela tenía un hijo por el que luchar. A pesar de haberle dicho a su amiga que no quería más en la vida, siempre soñó con tener una familia, un esposo al que amar y unos hijos a los que adorar. Pero después de Justin ningún otro hombre podría ocupar un puesto en su corazón, porque le pertenecía a él.

Inmersa en la autocompasión, no escuchó la puerta del despacho cerrarse, ni el pestillo al ser echado, ni los pasos que acercaban al recién llegado hasta ella. Fue consciente de su presencia cuando una mano de dedos largos y elegantes apagó la lamparilla, sumiendo la estancia en la penumbra a la que solo accedía la luz titilante de la farola de la calle. Dio un brinco y se giró en el asiento para encontrarse presa de unos brazos que, tomándola por los hombros, la obligaron a

levantarse. Entonces, una boca que conocía bien se apoderó de la suya llevándola de nuevo al cuento de hadas que vivía junto a Justin. Se colgó de su cuello, le devolvió el beso con toda la pasión que inundaba su corazón y dejó que él la tomase después de la cintura para sentarla sobre la mesa.

—¿Se puede saber qué haces?

—Completar lo que dejamos pendiente en este despacho hace tiempo, señora mía —musitó él, subiéndole ya las faldas del rojo vestido, agachándose luego para depositar un beso en su muslo desnudo, por encima de la liga.

—¡Justin!

—No te imaginas las de noches que he pasado sin poder dormir imaginando esto, Ania.

Su voz, ronca por el deseo, le llegaba como una caricia, sus labios ascendían con lentitud hacia lugares prohibidos, las manos masculinas continuaban enrollando sus faldas para dejar al descubierto los delicados calzones. Y ella fue incapaz de detener ese avance indecoroso porque ya estaba excitada y deseaba a aquel hombre con delirio.

—Estás loco —jadeó.

—Por ti. —Se posicionó entre sus piernas abiertas para hacerle notar cuánto—. Solo por ti, mi vida.

Le arrebató el aliento con otro beso devastador. Luego, con tal parsimonia que acabó por trastornarla, dejó que sus labios descendiesen por la garganta hasta llegar al escote del vestido, que bajó con los dientes haciéndola suspirar. Sus pechos saltaron, libres de la contención de la tela, ansiosos de caricias, y él no se reprimió en mimar los rígidos botones coralinos.

Ania solo podía meter sus dedos entre el espeso y oscuro cabello de Justin, echar el cuerpo hacia atrás para facilitarle la labor y gemir. ¿Qué estaba haciéndole?

—La puerta...

—Está cerrada —dijo él, entre caricia y caricia a sus pechos—. Gabriela tiene orden de no dejar pasar ni a la mismísima reina, cariño.

Los calzones desaparecieron, Ania no supo cómo porque se encontraba en una nube. Y al instante después notó la carne de Justin llenándola, en tanto su boca volvía a arrasarla su cordura. Se abrazó a él, rodeó sus caderas con las piernas y la suyas salieron al encuentro de sus embestidas, cada vez más rápidas, cada vez más potentes, hasta que ambos se abandonaron entre gemidos dejándose llevar por la pasión que los dominaba.

## Capítulo 31

Jorge IV había decidido, en su momento, ampliar Buckingham para que fuese sede de los actos de Estado, hasta que dispuso convertirlo, en 1826, en Palacio Real. A pesar de que a Aurore Hunting le agradaba el estilo neoclásico francés, las obras en escayola y las maravillosas incrustaciones de lapislázuli, las chimeneas expulsaban demasiado humo en invierno, la ventilación era mala, y no acababa de encontrarse cómoda allí.

Por fortuna, le indicaron que la reina la esperaba en la parte trasera de palacio, en los jardines, junto al gran lago artificial cuya agua procedía del Serpentine. Caminó, pues, con paso ligero, deseosa de poner en antecedentes a Victoria de lo que había estado torturándola durante meses. Su madre la había enseñado a ser agradecida con quienes le hacían un favor, fuesen aristócratas o plebeyos, y ella tenía una deuda que pagar.

Hizo una perfecta genuflexión ante la reina. Victoria, sin embargo, se levantó para abrazarla, invitándola después a tomar asiento junto a ella.

—He pedido que nos preparen un dulce típico español recomendado por una de mis damas: pasteles de hojaldre —dijo, sirviendo ella misma el té, aunque eso se saltaba un protocolo que, en la mayoría de las ocasiones, no era de su agrado—. Espero que te gusten.

—Y yo espero no haberte causado molestias, sé que estás ocupada con los preparativos de la coronación.

—Me están volviendo loca —suspiró—, de modo que tu visita es un respiro. Por tu nota he creído entrever que el asunto es importante. ¿Qué sucede?

—Tengo que contarte algo.

—¿Lo que dejaste inconcluso en tu anterior visita?

—Lamento haberme marchado sin despedirme, pero no quería darte más preocupaciones.

—Si tú estás preocupada, yo lo estoy. Y haberme dejado con la intriga en nada ha ayudado a serenar mi ánimo, de modo que ya me estás contando qué es eso que te tiene más tiesa que una vara.

—Verás... Tengo una historia de perfidia y otra de un romance arrebatador. ¿Cuál prefieres primero?

—Las noticias malas, siempre delante. Las buenas después, para endulzar —le guiñó un ojo Victoria.

\*\*\*

Gabriela accionó la manilla de la puerta y, con un irónico floreo de su mano izquierda, invitó a entrar a Yerik Záitsev que, nada más penetrar en el despacho escuchó la madera cerrarse a su espalda, haciéndole dar un brinco. Un hormigueo incómodo le recorrió la columna vertebral al ver que el cuarto estaba en penumbra. Por instinto, tanteó la pequeña pistola de apenas una cuarta que llevaba oculta bajo la chaqueta, pero al segundo se encendió la llama de una lámpara que iluminó el rostro de la dueña del club, haciendo que se relajara.

—Tome asiento, señor Záitsev —pidió ella.

—Su chica me ha dicho que deseaba hablar conmigo —dijo, ocupando una de las butacas frente a la mesa.

Por los oscuros ojos de Ania cruzó un relámpago de enojo al escucharle dirigirse a Gabriela de aquel modo que le pareció despectivo.

—Así es. Deseaba verle para finiquitar una deuda que tiene conmigo y de la que no quiero seguir dilatando su cobro por más tiempo —confirmó a la vez que ponía unos cuantos papeles sobre el escritorio y los empujaba hacia él.

—¿Deuda? No sé de qué me habla, yo no... —Enmudeció al tomar los pagarés.

Los revisó y un nudo comenzó a formársele en la boca del estómago. Todos y cada uno de los diez documentos llevaban su firma. Frunció el ceño y hasta trató de sonreír con sarcasmo, simulando no darle importancia al hecho de que ella los tuviera.

—Quiero el dinero mañana mismo, antes de que acabe el día —impuso Ania.

—Eso es imposible, querida mía, porque...

—Yo no soy su querida, Záitsev —cortó ella en un tono que no dejaba dudas respecto a la aversión que sentía por él—. Mañana, antes de que den las doce de la noche, o le denunciaré y acabará en Newgate por deudas. Es mi última oferta.

El gesto pétreo de Ania gritaba a los cuatro vientos que estaba dispuesta a hacerlo. Otro escalofrío recorrió la espalda del ruso y el nudo del estómago se acentuó. Sabía que ella podía reclamarle las deudas, de modo que no le quedaba otra que pagar si quería librarse de la cárcel de acreedores.

—Desconozco cómo han ido a parar estos pagarés a su poder, pero por descontado que abonaré la suma. Sin embargo, no es factible conseguir dos mil libras de un día para otro. Necesito tiempo.

—Tiempo para chantajear a cierto caballero, imagino —aventuró ella con retintín—. Lamento que no le vaya a ser posible lograrlo. Si recuerda, el otro día conoció a un tal Yuri Andreyev.

—Un tipo al que jamás había visto.

—Lo sé. Como sé que ese no es su nombre auténtico. Pero se encargó, siguiendo mis instrucciones, de hacer correr la voz de vuestras... digamos apetencias hacia los varones. —A Yerik casi se le salieron los ojos de las órbitas—. Si ahora intentaseis chantajear a vuestra víctima, sería tomado por todos como la revancha de un enamorado rechazado.

—¿Pero qué diablos está diciendo?! —Se levantó como si el asiento le estuviese quemando.

—Siéntese.

—¿No pienso permitir que...!

—Usted va a permitir lo que a mí me venga en gana, Záitsev. Esa vía de financiación se le ha terminado, de modo que piense en otra. Y que no sea intimidar a la hija de lord Bilbury, porque ella tiene ya en su poder las cartas con las que la estaba extorsionando.

Yerik miró a la mujer que tenía delante con el asombro pintado en el rostro, y empalidecía por segundos. Aquellos ojos rasgados y casi negros hablaban de venganza. Desconocía qué la había

llevado a urdir el engaño acerca de sus apetencias sexuales ni cómo diablos había conseguido hacerse con las cartas de lady Aurore, pero le quedó claro que se las había robado y que estaban en sus manos. El pánico se apoderó de él.

—Quiere destruirme —murmuró, perplejo y tan asustado que temblaba—. No puede...

—Puedo —le interrumpió Ania tamborileando los dedos sobre la mesa—. De hecho, es lo que estoy haciendo.

Una gota de sudor se coló por el cuello de la camisa del ruso, que había empezado a transpirar copiosamente.

—¿Por qué?

—Porque usted destruyó la vida de un matrimonio acusándolos de traición y murieron en el exilio, en tanto usted venía a Inglaterra con una fortuna. Luka Borisov. ¿Lo recuerda? Era mi padre.

Al escucharlo, Yerik Záitsev supo que estaba irremediablemente perdido. La desesperación hizo que echara mano a la chaqueta en busca de su arma. Iba a llevarse a aquella pécora por delante y... No llegó a sacar la pistola al escucharla decir:

—Sin embargo, destruiré esos pagarés, y con ello su abultada deuda, a cambio de un nombre. El del sucio piojo que le compró para acabar con la reputación de mi padre.

—Yo no...

—Su nombre, Yerik —lo tuteó al tiempo que se echaba hacia adelante, clavando sus ojos en él—. Su nombre y podrás romper tú mismo esos pagarés.

Záitsev tragó saliva con esfuerzo. Todo se había puesto en su contra, no veía escapatoria y nada le debía a aquel encopetado siberiano que le propuso en su día levantar falso testimonio contra el barón Otkim para hacerse con su puesto como consejero del emperador. Si se negaba a dar a aquella mujer lo que quería acabaría sus días en presidio, y no estaba dispuesto a tanto.

—Pavel Dorofeyev —confesó con voz entrecortada, levantándose para hacerse de inmediato con los pagarés, que rompió frenético en pedazos.

—Vuelve a sentarte, Yerik —pidió ella con una sonrisa sesgada mientras anotaba el nombre facilitado—. No hemos terminado aún.

Convencido de que ella ya no podía achantarlo con nada, negó con la cabeza, enseñando los dientes en una mueca de fiereza. Acto seguido sacó el arma que guardaba para apuntar a Ania, que ni siquiera parpadeó.

—Lo que voy a hacer es volarle la tapa de los sesos, condenada zorra. Ninguna furcia se ha burlado jamás de mí y no vas a ser la primera. Te crees muy lista, ¿verdad? Pues yo voy a demostrarte quién manda ahora. Quiero que mi cara sea lo último que veas en esta vida —dijo medio riéndose al alzar la mano armada.

De pronto, el contacto de algo frío en su nuca y el clic de un percutor lo dejó paralizado, aunque no le asustó tanto como la voz que escuchó, suave como la seda y mortífera como el filo de una daga.

—Guarde ese juguete y siéntese, Záitsev.

Pillado por sorpresa por la presencia masculina cuando creía estar a solas con la dueña de Hades, le flaquearon las piernas, volvió la pistola a su lugar y no fue capaz de mover un solo músculo.

—Has tardado en intervenir —recriminó ella a Justin con el ceño fruncido porque, a pesar de simular frialdad se le había subido la bilis al encontrarse frente al cañón del arma de Yerik.

—Cariño, solo te he permitido todo el protagonismo —bromeó Seymour a la vez que

empujaba al ruso del hombro sin miramientos—. ¡Ponga el culo en el asiento de una jodida vez, hombre de Dios!

Ania enarcó las cejas, a punto de echarse a reír escuchando una salida de tono nada habitual en Justin. Parecía tranquilo, pero ella sabía que estaba realmente enojado por una situación que podría haber resultado peligrosa. Clavó sus ojos en las pupilas de su enemigo y dijo:

—Hay algo que me debes aún, Yerik: haber secuestrado a mi hermana Olena haciéndola pasar por tu hija. Y eso, no tiene contraprestación —amenazó mostrándole otro fajo de pagarés que, desde luego, no puso a su alcance—. Ella y tu esposa se encuentran protegidas, lejos de un gusano como tú, y emprenderán una nueva vida con mi ayuda. Y ahora, sí, puedes marcharte, escapa como el cobarde que eres, pero quedas avisado: te escondas donde te escondas la policía te arrestará y vas a pudrirte entre los muros de Newgate, también me he encargado de eso. ¡Largo de aquí!

Si Záitsev había mantenido un mínimo de valentía desde que entrase en aquel despacho, se le volatilizó por completo. Con las piernas sosteniéndole apenas, se levantó, dedicó una mirada vidriosa a ambos y salió de allí como alma perseguida por el mismísimo rey de los infiernos.

Una vez a solas, Ania lanzó un prolongado suspiro y dejó que el temblor se apoderase de ella. Porque había estado en tensión todo el rato. Las ganas de empuñar su propia pistola y meter una bala en la cabeza de Záitsev habían sido tantas que casi se dejó llevar por la ira.

De inmediato se encontró abrazada por los musculosos brazos de Justin, que la chistó como a una criatura y secó con sus labios la lágrima que se le escapaba. Se agarró a su cintura como a una tabla de salvación, porque saberle cerca, oculto en el rincón del despacho, había impedido la locura de matar a su enemigo. Apoyó su mejilla en el pecho varonil y gimió:

—Acabo de destruirlo, de vengar en parte a los míos y, sin embargo, no me siento orgullosa. Me he convertido en una mujer sin escrúpulos, Justin.

—De haber estado en tu lugar ese desgraciado no habría salido vivo de este despacho. Pero la venganza es lo que tiene, mi amor, a veces nos deja vacíos. De todos modos, Yerik Záitsev es pasado, lord Rowley ha avisado a la Policía Metropolitana en cuanto ha entrado en el club, dentro de nada habrá una orden de busca y captura y lo atraparán.

—Aún no te he dado las gracias por conseguir que una de tus hermanas haya dado alojamiento a la mía y a Irina, y por conseguirles una vivienda.

—No es nada espectacular, pero tiene un pequeño huerto y un bonito jardín. Además, está a pocos minutos de Seymour House, de modo que podrás tener a tu hermana cerca cuando nos casemos —dijo mientras le acariciaba el rostro y se perdía en el brillo de sus ojos oscuros.

—No insistas en eso —gimió, con ganas de echarse a llorar—. Sabes que no es posible.

—Tú me quieres, Ania.

—Te amo con todo mi corazón, sí —confesó abrazándose más a él hasta que ni un soplo de aire cupo entre ambos—, pero no es esa la cuestión. Tu posición... Tu título...

—¡Al cuerno mi título, mujer! Yo también te amo, y si he de renunciar a él con tal de tenerte, lo haré mañana mismo. Solo me importa pasar el resto de mi vida a tu lado, igual me da que sea en Inglaterra o en China, pero a tu lado. Te amo, y voy a estar repitiéndotelo una y otra vez hasta que aceptes ser mi esposa.

—Pero... Tus hermanas...

—Aunque podrían compararse a veces con el perro de tres cabezas del dios Hades, son unos corderitos. —Sonrió, besándola en los labios—. Por una vez, Ania Markova, deja de controlarlo todo, vive y permítete soñar.

—Cada vez que me besas me siento como en un sueño —aseguró, mimosa—. Desde que te conocí he estado inmersa en uno y no quiero despertar.

—No voy a dejarte hacerlo, cariño —aseguró él atrapando sus labios.

## Capítulo 32

Impelido por la necesidad de escapar de los agentes de la Policía Metropolitana que tendrían orden de arrestarlo, porque creía a pies juntillas la amenaza de Ania Markova, Záitsev espoleó a su caballo de modo brutal y atravesó las calles de Londres sin dejar de mirar por encima de su hombro. A punto estuvo de llevarse por delante un carro estacionado en Alton Road, lo que evitó de milagro gracias a sus buenos reflejos, ganándose, sin embargo, los acalorados exabruptos del dueño.

No dejaba de preguntarse cómo aquella pécora había podido averiguar la identidad de lord Cotton, pero entendía, en ese momento, las miradas despreciativas de soslayo de unos cuantos caballeros, alguno de los cuales se había negado la noche anterior a jugar con él una partida. ¡Condenada fuese la inteligencia de aquella mujer y maldito el cabrón del marqués de Seymour, que obstaculizaban sus actividades privándole de una víctima que podía haber seguido reportándole un buen dinero!

Lo que no acababa de entrarle en la cabeza era cómo se había hecho con las cartas de Aurore Hunting, cuando nadie, ni siquiera su esposa, sabía dónde las guardaba. Dos buenas maneras de lucrarse se habían ido al garete en un minuto y... Un relámpago de entendimiento atravesó por su cabeza: por fuerza debían haberle facilitado el acceso a su despacho. Tenía que haber sido Irina, esa ramera con la que tuvo la desgracia de casarse. Si tuviera tiempo y no se viera obligado a escapar de la ciudad como una rata asustada, le hubiera causado un gran placer retorcerle el cuello. Markova había dicho que ella y Olga se encontraban en un lugar seguro, de modo que ya no le cupo duda de su traición. Soltó una maldición en voz alta, fruto de su desesperación.

El caballo relinchó, protestando por el violento tirón del bocado, cuando ante él apareció una patrulla. Enfiló hacia Church Road metiéndose por un callejón y espoleó con saña los flancos de su montura clavándole los tacones de sus botas. Luego, se perdió por otras calles, apenas transitadas a aquellas horas, para llegar hasta el puente de Richmond. Si no se daba de bruces con otra patrulla podría llegar a su casa, hacerse con lo poco que tenía de valor y salir pitando de Londres antes de que amaneciera. Por mucho que odiase a los escoceses, no le quedaba más remedio que ir a Edimburgo, donde había un sujeto que le debía un favor; una vez allí ya vería el modo de reconducir su vida. ¡Su vida en libertad, lejos de una mujer que le asqueaba y una anodina muchacha que solo le había causado gastos desde que la raptase!

No tuvo suerte. Una pareja de agentes uniformados le cerraba el paso al puente. Le dieron el alto y él tanteó la pistola antes de apaciguar la carrera de su montura para aproximarse a ellos.

—Su nombre y destino —exigió el más fornido, acariciando el hocico del animal, que

resollaba.

—¿Sucedo algo, agentes? —preguntó con voz gangosa y tambaleándose, como si estuviera un poco ebrio—. Solo he bebido unas copas y eso no es delito, ¿verdad?

—Simple rutina. Su nombre y destino, caballero.

Yerik Záitsev asintió y echó mano al interior de su chaqueta. La vista del arma pilló por sorpresa a los policías y el que se encontraba más alejado no tuvo reflejos para evitar que la bala disparada por el ruso le alcanzase en el hombro.

Aprovechando el momento de desconcierto, Záitsev lanzó al caballo contra el que estaba a su lado, quitándoselo de encima, y trató de emprender la huida para atravesar el puente. Sabía que la Policía Metropolitana no iba armada más que con porras, y a pie no le darían alcance. Sin embargo, su animal corcoveó y relinchó ante el nuevo tirón del bocado, lo que dio tiempo al representante de la ley a ir hacia él.

Menos de cien yardas separaban a Záitsev de la salvación, pero no pudo recorrerlas: mientras entablaba una lucha sorda con su caballo, que parecía enloquecido y no atendía a sus indicaciones, escuchó una voz dándole el alto. Se ladeó casi por completo sobre la silla en una posición inverosímil, alzó la mano armada dispuesto de nuevo a apretar el gatillo y el animal al que torturaba se alzó sobre las patas traseras lanzándolo hacia atrás. Yerik salió despedido, chocó con el parapeto de piedra y se precipitó sin remedio hacia el vacío.

Podría incluso haber salvado la vida de haber caído a las oscuras aguas del Támesis, pero el destino se puso en su contra haciendo que una barcaza pasase justo en ese momento por debajo.

Cuando la policía pudo recobrar el cuerpo, comprobaron que se había roto la columna al chocar contra los pesados enseres de pesca.

\*\*\*

Aun sin estar de acuerdo con la abultada suma que el Reino Unido iba a gastar en la ceremonia, cercana a las setenta mil libras, cuando tanta falta hacía ese dinero para paliar otras necesidades, la joven Victoria reconocía que el pueblo necesitaba olvidarse de las penurias por unos días. Le habían adelantado que habría una feria en Hyde Park que incluiría incluso un ascenso en globo, y se presentaría un magnífico espectáculo de fuegos artificiales en Green Park. Lord Melbourne había pensado en todo.

Con la excusa, pues, de relajarse antes de la coronación, prevista para el veintiocho de junio en la abadía de Westminster, en la que, estaba convencida, se sentiría como un mono de feria, Victoria había reunido a unas pocas damas de relevancia en aquella *soirée*. Era la ocasión propicia para llevar a cabo lo que se había propuesto, de acuerdo con su amiga.

—Es una lástima que *madame* Markova no haya podido acudir esta tarde, lady Aurore —dijo en tono alto, suspirando teatralmente, para que todas escucharan su queja y cesaran las conversaciones.

—¿Markova? —preguntó una de las que habían tenido el privilegio de ser invitada a palacio, con los ojos muy abiertos—. ¿Esa mujer no es la que ha abierto un club de esgrima, Alteza?

—Del que tengo la suerte de ser socia, lady Brunilda —se escuchó la intervención de la marquesa de Sutton—. Deberíais pensar en apuntaros, la esgrima hace que una se mantenga en forma.

Victoria asintió escondiendo con su abanico una sonrisa divertida por la ironía, ya que la dama

a la que iba dirigida la pulla no le caía bien; embutida en un vestido verde con demasiados volantes, que no la favorecía, le recordaba a un repollo.

—He oído que tiene también un club de... de... —esgrimió otra de las damas.

—Un muy selecto club, sí —repuso Aurore, haciendo que todas la mirasen—, al que, según tengo entendido, acuden sus esposos. Mi padre, sin ir más lejos, es socio de Hades.

—Hasta el nombre suena a...

—... a aventura —cortó Victoria con ojos chispeantes—, ¿no es cierto?

—Puedo asegurar que envidié su decoración, *madame* Markova tiene un gusto exquisito —murmuró lady Jasmine.

—¿Lo habéis visitado?!

—Mi esposo, que no me niega nada, me llevó a verlo, sí.

—¿De veras la habéis invitado a palacio, Alteza? —gimió otra.

—No solo la he invitado, lady Emireth, sino que tendrá las puertas abiertas siempre que quiera. Esa mujer ha arriesgado su fortuna, su reputación y hasta su vida para desarticular un complot contra mi persona. Lord Melbourne me ha confirmado, esta misma mañana, que el sujeto en cuestión fue abatido en el puente de Richmond. Espero, claro está —dijo mirando una a una después de hacer un teatral silencio—, que este asunto no salga de estas paredes.

Aquella revelación levantó un coro de exclamaciones de alarma entre las damas, causando el efecto que Victoria deseaba: Ania Markova pasó de ser una extranjera de ideas un tanto agitadoras a la heroína del momento. Más de dos damas discutieron por quién tendría el privilegio de invitar a la rusa a tomar el té, porfía que zanjó la marquesa de Sutton al decir:

—No se molesten, miladies, seré la primera en acogerla en mi casa, no en vano mi hermano, lord Seymour, le ha pedido matrimonio.

Aurore Hunting escondió una sonrisa complacida.

Victoria, sin embargo, no se reprimió y soltó una carcajada.

## Epílogo

Jade, Jasmine y Jessa se colocaron frente a él de igual modo que debía haberlo hecho la infantería a las órdenes de Wellington en la batalla de Waterloo. Sonreían, parecían tres ángeles, pero Justin sabía que no lo eran. Algo tramaban y no se iba a demorar en saber de qué se trataba. Suspiró, cruzó las manos a la espalda y dijo:

—Ya estáis tardando en soltar lo que sea.

Se miraron entre ellas y, por unos segundos, hasta parecieron indecisas. Fue Jade la que tomó la voz cantante, como casi siempre.

—Habíamos hecho una apuesta y...

—... necesitamos que nos aclares... —continuó Jasmine.

—... qué te contestó Ania cuando... —intervino Jessa.

Callaron, volvieron a mirarse y él frunció el ceño.

—Me gustaría que acabaseis cuanto antes para ir a buscar a mi esposa —se impacientó Seymour.

—No es nada que deba incomodarte.

—No es nada.

—No lo es.

—¡Jesús bendito! ¿Ya volvemos al eco? ¿Qué demonios queréis saber?

—No es necesario que te muestres grosero.

—Nada necesario.

—Nada de nada.

—O preguntáis ahora mismo lo que sea que se os está pasando por esa cabecita vuestra, o voy a pasar por encima de las tres. Lo digo muy en serio.

Jade dio un paso al frente; las otras dos hicieron otro tanto.

—¿Cuántas veces lo pensaste antes de pedirle a Ania que se casara contigo? Porque sabemos que no querías casarte.

Justin parpadeó, descolocado. A veces era incapaz de seguir los razonamientos de aquellas tres locas que eran sus hermanas.

—¿Cuáles han sido vuestras posturas, luceros? —quiso saber con una sonrisa lobuna que debería haberlas asustado, pero no lo hizo.

—Yo dije que tres —confesó Jade.

—Yo, cinco —indicó Jasmine.

—La mía fue que tendrías que pedirselo cuatro veces —torció el gesto Jessa.

Justin se mordió el carrillo para no echarse a reír. Comprendía las dudas de las muchachas, ya que siempre había defendido su independencia. Podía haberlas contestado que diez y ellas le habrían creído. Sin embargo, repuso con voz firme:

—Ninguna. Me enamoré de ella nada más verla, apostamos un beso, que gané, e hicimos el amor ese mismo día. Las tres perdéis la apuesta.

Las exclamaciones de espanto llegaron al unísono mientras las hacía a un lado y subía las escaleras de dos en dos hacia su recámara, riendo entre dientes por haberlas escandalizado.

En la habitación, Ania hizo un canutillo con la página del *Védomosti*, el periódico ruso donde aparecía el artículo que informaba, basado más en sospechas que en hechos refutados, el insólito suicidio del consejero del emperador Nicolás, Pavel Dorofeyev, al que encontraron ahorcado en su despacho. Con mucha calma, lo acercó a la llama de la lamparilla, el papel prendió de inmediato y ella lo dejó caer sobre un platillo, donde acabó consumiéndose.

Tres meses atrás, cuando consiguió saber, presionando a Záitsev, quién fue el sujeto que orquestó la destrucción de su familia, escribió a Misha Gólubev. Y aquella mañana, mientras sus invitados esperaban en el comedor para celebrar sus esponsales con Justin, convirtiéndola en marquesa de Seymour, llegaba su repuesta. Su querido mentor había llevado a cabo la promesa que le hiciera antes de que saliera de Rusia: «Tú solo consigue su nombre; yo me encargaré del resto». Y se había encargado. Sus padres habían sido vengados por completo, podían descansar en paz en sus tumbas.

Justin la abrazó por detrás, ciñó los brazos a su cintura, que apenas comenzaba a perder su esbeltez, y depositó un beso en el hombro. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y ronroneó como una gata satisfecha.

—Debería instalarse en Londres —oyó que le decía su flamante esposo, que había leído la carta junto a ella cuando se la entregaron—, y dirigir el club de esgrima.

Ella negó con la cabeza, giró en sus brazos y lo besó en la boca.

—Ese club es cosa mía, milord. Más ahora que las mejores damas de la ciudad se disputan el privilegio de apuntarse a él. Pero sí podría abrir el suyo propio para caballeros, medios no iban a faltarle.

—La marquesa de Seymour dando clases en estado de buena esperanza —rezongó Justin, aunque sonreía y sus ojos chispeaban—. ¡Sois una transgresora, milady!

Ania se echó a reír con ganas.

—He cedido Hades a mis empleados a partes iguales y sé que bajo la dirección de Gabriela seguirá siendo un éxito. También sé que dentro de algunos meses estaré tan gorda que habré de olvidarme de la esgrima. —Sonrió al sentir la mano de Justin sobre su vientre—. Pero, amor mío, hasta ese momento, y después de que me recupere de haber traído al mundo a tu heredero, pienso seguir manejando un florete.

—Eres terca como una mula irlandesa.

—Mientras que yo esté ausente, tu hermana Jasmine me sustituirá, ya lo he hablado con ella; se está convirtiendo en una maestra.

—Otra infractora. —Puso él los ojos en blanco, arrancándole una nueva carcajada—. Eres una mala influencia para las trillizas, amor mío, no sé qué vi en ti la noche en la que Rowley me llevó al Hades, has puesto mi mundo cabeza abajo.

—Pero te hago feliz, ¿verdad?

—Por completo, mi vida —confesó, para luego robarle un beso apasionado que dejó a ambos temblorosos y excitados.

Ania seguía sin creerse que su vida hubiese podido dar un giro de ciento ochenta grados. Tras la muerte de Yerik a manos de la Policía Metropolitana, los acontecimientos se habían precipitado e, inexplicablemente, comenzaron a llegarle invitaciones para tomar el té, asistir a bailes o tomar parte en veladas musicales. Imaginó, con toda lógica, que algo tenía que ver lady Aurore quien, además, facilitó que Justin y lord Bilbury hicieran las paces. Además, la joven se había convertido en la mejor amiga de Olena, a quien arrastraba a cualquier tipo de evento, empeñada en buscarle un buen partido.

Irina, por su parte, pasaba los días recluida en la coqueta propiedad que Justin había conseguido para ellas, colindante con Seymour House y con la finca del barón Lacock, un cincuentón de muy buen ver, amable y dicharachero. La viuda había descubierto que se le daba bien pintar, afición que nunca pudo llevar a cabo en vida de su difunto esposo. Según los informes que tenían de la señora Page, su cocinera, que era prima de la de Irina, el barón Lacock la visitaba con asiduidad, y ella no era remisa a aceptar sus galanteos.

—Hemos de bajar, nos esperan —suspiró, aunque en realidad quería quedarse allí, en la recámara que compartían, dejando que Justin volviera a llevarla a las nubes—. Jessa y Jade ya están suficientemente enfadadas con nosotros por no haber llevado a cabo una gran boda, como correspondería a tu título, eligiendo la iglesia de San Martín en lugar de San Pablo, y celebrando además un desayuno casi familiar con solo algunos amigos y conocidos.

—Nuestro título, Ania —rectificó él.

—No sé si sabré estar a la altura.

—¡Cariño mío! —Rio—. Si conseguiste manejar con maestría la famosa Antesala del Infierno, vas a comerte vivos a todos los petimetres y cotillas de la aristocracia inglesa.

—¡Justin! —Le golpeó con el puño en el pecho, ampliándose su sonrisa al ver la picardía en los ojos masculinos.

Enlazados de la cintura abrieron la puerta, dispuestos a bajar al comedor, desde el que llegaba ya la franca risa de Rowley y los grititos al unísono, no tan escandalizados como querían aparentar, de las trillizas. Hubieron de dar un brinco y retroceder cuando una bola de pelo negro como la noche pasó entre sus piernas, seguida de cerca por Bronco y Dean. Zoya se encaramó al pasamanos de la escalera y bufó a los perros, profiriendo después algo muy parecido a una risa burlona antes de saltar al suelo y volver a salir a escape por la galería, con los dos canes tras ella.

—Esa gata es una bruja sin corazón que tiene a esos dos pobres locos por ella. —Se echó a reír Justin. Luego se puso muy serio, tomó el rostro de Ania entre sus manos y, acercando la boca a la suya, confesó—: Tan loco como a mí me tiene su ama. Te adoro, marquesa.

—Te amo, marqués.

FIN

## Nota de autora

Como siempre, me gustaría añadir algún dato relativo a lo que aparece en la novela. Espero que sea de vuestro interés.

El emperador Alejandro murió en 1825, convirtiéndose en su heredero su hermano menor, Nicolás. Por su crianza, durante la Revolución Francesa y las guerras contra Napoleón, odiaba a los liberales, restableció la autocracia y retiró los poderes al Senado, manteniéndose fiel a la religión ortodoxa. Su política represiva, apoyada en sus consejeros privados y la alta nobleza, que acaparó todo el poder, dio pie a que en diciembre de 1825 surgiera lo que se dio en llamar la Revuelta Decembrista, siendo Mijail Pávlovich uno de sus más conocidos cabecillas.

El cartismo fue un movimiento popular en el Reino Unido, surgido en 1838, que hizo de manifiesto la agitación de toda la clase obrera, asfixiada por los problemas económicos del momento, la Revolución Industrial y las leyes aprobadas en el Parlamento, que hacían la vida más difícil cada día. El objetivo del cartismo era conseguir que las clases trabajadoras pudieran participar en la política a través del sufragio universal masculino.

Contra lo que se pueda creer, la esgrima, en la época en la que sucede la novela, contaba ya con mujeres que la practicaban. En el Renacimiento, por ejemplo, ya se enseñaba a damas de la nobleza o era transmitida de padres a hijas. España, Inglaterra y Francia tuvieron afamadas mujeres que manejaban la espada, como Ana de Mendoza, princesa de Éboli, la cantante de ópera francesa Julie d'Aubigny, o Inés Suárez, que intervino en la conquista de Chile. Sin embargo, quien más me ha llamado la atención ha sido Teresa Castellanos de Mesa, a quien su padre Manuel y su hermano Cándido enseñaron desde niña. Teresa debutó en 1834, con dieciocho años, en una fonda madrileña muy visitada en aquel tiempo, llamada Fontana de Oro. Su demostración impactó tanto que enfebreció al público y hasta escribieron artículos en la prensa, por lo que se trasladó a París para estudiar con los mejores, y consiguió incluso que el afamado maestro Russel la tomara como alumna, cuando no era habitual enseñar a las damas esgrima profesional. Participó en muchas exhibiciones que sufragaron los reyes franceses y en 1841 abrió en París su primera academia de esgrima. De regreso a España, estableció otra escuela, y fue nombrada profesora de gimnasia en el colegio femenino Loreto Francés.

## Agradecimientos

Acabar una nueva historia es decir «GRACIAS».

Gracias a esas personas que, ocupando un tiempo que no tienen, me ayudan a pulir la novela y me hacen pasar los ratos más agradables desde que comienzo a escribirla. Porque para mí lo mejor es arreglarla y echarme unas risas con ellas. Así que, esta nueva aventura va por vosotras. Almudena Muñoz, sigue enseñándome, por favor.

A mi editora, Lola Gude, por seguir confiando en mí y llevarme de la mano cuando me vuelvo vaga.

A mi correctora, Laura Socías, agradeciendo su profesionalidad y pidiéndole excusas por el trabajo que tiene conmigo. Eres un tesoro.

A Bárbara Sanso, la autora de la preciosa portada. Le pidas lo que le pidas consigue montar lo que quieres, y me encanta todo lo que hace.

Y por descontado, gracias a vosotras y vosotros, que sois la diana de mis folletines y seguís apoyándome. ¿Qué me iba a mover a escribir si no estuviésteis ahí?

Se dice que no solo de pan vive el hombre, y es cierto. Pero los comentarios y las reseñas son, para las escritoras, más importantes que el pan, de modo que dejad alguno de vez en cuando, que nos alegráis la vida.

Siempre estoy abierta a recibir vuestros mensajes. Podéis encontrarme en:

X (antes Twitter) @Orgullosaj0n o Nieves Hidalgo

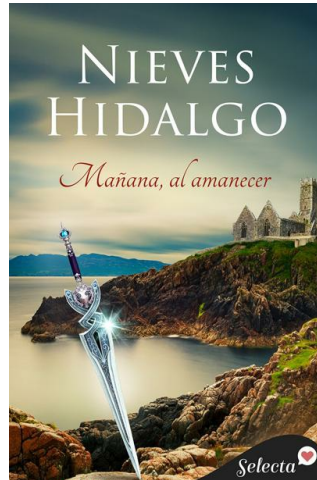
FB: nieves.hidalgo/ (perfil personal)

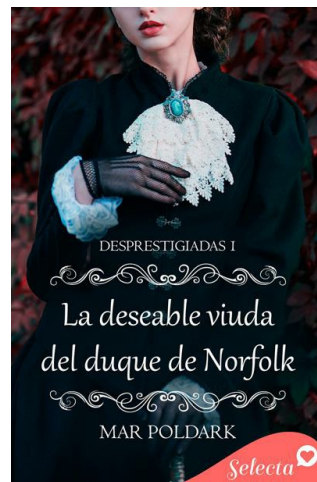
FB: escritorianieveshidalgo (perfil de autora)

Instagram: nieves.hidalgo\_escritora

- [1] Movimiento popular radical que surgió en Reino Unido en 1838
- [2] Ilusiones
- [3] Yo pago bien por la mercancía.
- [4] En efecto.
- [5] En guardia. Posición de ataque en esgrima.

Si te ha gustado  
*Apuesta un beso, si te atreves*  
puedes disfrutar de estas





**Lo había perdido todo y el amor no tenía cabida en su vida; solo el anhelo de la venganza la mantenía en pie.**



**Ania Borisova lo había perdido todo.** Sin terminar de superar la muerte de su hermana ha de escapar de San Petersburgo dejando atrás su mundo, acusada su familia de traición al Emperador Nicolás. Sus padres no consiguen superar la doble desgracia y ella se encuentra sola. Para cualquier otra joven, la situación la habría hundido, **pero Ania tiene un objetivo para seguir viviendo: encontrar al hombre que ha causado la desgracia de su familia.** No tarda en averiguar que se ha afincado en Londres. Allí pone en marcha Hades, un elegante club de juego que atraerá al hombre con el que quiere acabar.

**Justin B. E. Wallston no tiene más remedio que abandonar París y regresar a Inglaterra para hacerse cargo del marquesado de Seymour.** Sus hermanas trillizas intentan emparejarlo con una mujer de su rango, pero él se ha marcado otra diana mucho más apetecible: seducir a la hermosa y elegante mujer de cabello oscuro, ojos rasgados y actitud descarada que dirige con mano firme el club Hades.

**Un secreto que solo conoceremos al final, una pasión arrolladora, una venganza que está a punto de eclipsar el romance entre dos seres con un pasado espinoso.**

**Ania solo busca venganza. Justin solo la busca a ella. ¿Encontrarán un punto medio?**

**Nieves Hidalgo** es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2023

© 2023, Nieves Hidalgo

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-01-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somoselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](http://Penguinlibros.club) encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](http://Penguinlibros.club)



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



[Penguinlibros](#)

## Índice

[Apuesta un beso, si te atreves](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

Sobre Nieves Hidalgo  
Créditos